

WILLIAM SHAKESPEARE

TIMÓN DE ATENAS

Sumario

INTRODUCCIÓN

ACTO I

ACTO II

ACTO III

ACTO IV

ACTO v

Timón de Atenas es la tragedia más amarga y pesimista de cuantas escribió William Shakespeare. La muerte del héroe difiere por completo de la de cualquiera de los demás protagonistas trágicos del dramaturgo. Timón no muere sobre el escenario, ni lo abandona luchando, como Macbeth. Tampoco su cadáver es retirado, sino que el personaje hace el mutis final

por su propio pie, combinando, al tiempo que deja la escena, una maldición sobre la humanidad y su afición al lucro con la petición a la naturaleza de una comprensión que no espera ni desea de sus congéneres. Sus últimas palabras son:

¡Labios, dejad salir esas palabras amargas, y extíngase mi voz! Lo que está mal, enmiéndenlo la peste y el contagio. ¡Las tumbas son los únicos trabajos de los hombres, y la tierra, su único salario! ¡Sol, oculta tus rayos! ¡Timón acabó su reinado!

William Shakespeare

Introducción

Y ya no reaparece, sino que unos veinte versos más adelante, un soldado, al que han enviado en su busca, encuentra su tumba a la orilla del mar. En ella, hay una inscripción que indica que Timón ha muerto, y un epitafio, aunque escrito en una lengua que el personaje desconoce. El público no tiene datos de cómo murió exactamente ni tampoco de cómo el cuerpo ha llegado hasta allí, y el final queda envuelto en el misterio. Sin embargo, la carencia de escenas explícitas no es relevante, ni se enjuicia como un defecto artístico. Por el contrario, parece ser lo más correcto, pues, en ese punto concreto de la obra, Shakespeare está tratando una forma de experiencia que, por su propia naturaleza, no puede expresarse mediante ningún gesto grandioso y heroico, como el que sí servía, por ejemplo, para que Otelo abandonara el escenario de la vida. Desde el final del tercer acto, Timón no hace más que maldecir a un mundo que le ha dado un trato abominable, pero qué se niega a dejarlo solo. Ahíto de la ingratitud y la hipocresía de los atenienses, ha buscado en vano el retiro, e incluso ha hallado algún consuelo en la espontaneidad y simplicidad del universo natural; sin embargo, ello no basta para conferirle la voluntad de vivir. Ha alcanzado una etapa en la que no le queda nada por hacer ni nada más que decir. Sólo la muerte puede concederle el aislamiento total de los hombres y la asimi-

lación en los procesos del universo que tanto ansía. Reconoce que ha llegado a un punto muerto, y actúa en consonancia con este hecho al desaparecer en el interior de una cueva, el oscuro agujero en la tierra del que no volverá a emerger. De hecho, se ha enterrado vivo. Es el supremo acto de protesta contra las condiciones de la existencia, un acto absolutamente impregnado de negatividad. No existe ninguna afirmación de valores, pues la última frase de Timón, en la que proclama su propia naturaleza regia, queda contrarrestada por su renuncia al papel de hombre.

No obstante, por deprimente, amarga y desilusionada que sea, hay algo admirable en la resolución con la que acepta la lógica sombría de la situación. Sea cual sea la opinión que merezca su actitud, al menos tiene la virtud de atenerse a ella y de mantenerla con absoluta coherencia.

A pesar de todo, no es tan sólo el último mutis aquello que diferencia a Timón de los demás héroes trágicos de Shakespeare y que hace que su tragedia se distinga de las otras; también el modo en que el personaje se presenta es excepcional. Aunque los otros héroes son distintos unos de otros, todos tienen en común el hecho de vivir en un contexto de estrechas relaciones personales claramente definido, en las que los lazos sanguíneos son de crucial importancia. Poseen esposas, padres o hijos que están íntimamente involucrados en la situación trágica y que suelen contribuir a crearla. Timón, por su parte, aparece ante nosotros en el estado al que aspira Coriolano, aunque le es imposible alcanzarlo, dado que éste tiene madre, esposa e hijo:

Insensible como un hombre que se hubiera formado a sí mismo y careciese de familia. (Coriolano, V3)

Tampoco es sólo la ausencia de un núcleo familiar lo que nos extraña, porque no parece haber nadie con quien tenga un trato verdaderamente íntimo. Y lo más sorprendente de todo es que no existe ninguna mujer que desempeñe algún papel en su vida.

Además, a pesar de que la obra se titula *La vida de Timón de Atenas*, paradójicamente es la tragedia que menos se asemeja a una biografía. En el conjunto de su obra, Shakespeare muestra una extraordinaria capacidad para conferir un pasado a sus personajes y para dotarles de una historia mediante pequeñas pinceladas, a menudo dispersas, que acaban formando una idea unitaria, y que crean la impresión de que esas figuras de la imaginación han llevado una existencia independiente antes de quedar atrapadas en el devenir de la obra a la que pertenecen. Sabemos, por ejemplo, que Hamlet, de muchacho, tenía un gran afecto a Yorick, el bufón, y que éste sentía especial predilección por él; que fue alumno de la Universidad de Wittenberg; que en otro tiempo fue "el espejo de la moda y el modelo de la forma", e incluso que, en una época pasada de su vida, no quiso emplear la letra legible que le habían enseñado por seguir la moda. Por otro lado, Falstaff prácticamente parece atender a las necesidades de su biógrafo cuando dice al lord magistrado supremo: "Milord, nací a eso de las tres de la tarde, con la cabeza blanca y un vientre asaz redondeado. En cuanto a la voz, la perdí a fuerza de gritar y cantar himnos" (Enrique IV, I.2). Nada de esto aparece en Timón. Shakespeare omite la explicación de cómo este personaje adquirió su fortuna y de si se trata de una herencia ó una recompensa por algún servicio prestado; también de cuánto tiempo lleva regalándola generosamente, como se muestra al inicio de la obra. Incluso su edad es incierta. No sólo se trata de un hombre sin familia ni

relaciones personales íntimas, sino que es un ser humano sin pasado. Con mucho, es el héroe trágico más generalizado de Shakespeare. Asimismo, esta naturaleza se manifiesta en el resto de personajes y en la estructura de la obra como conjunto, en apariencia un experimento radical. Las líneas principales de la acción son inusitadamente sencillas y esquemáticas, de manera que resulta posible resumir la tragedia en unas cuantas frases sin que se produzca ninguna distorsión. Al principio, Timón, encarnación de la filantropía, hace generosos regalos a los hombres que él considera sus amigos. Cree que sus riquezas son infinitas, pero ha dado ya tanto que, en realidad, está al borde de la bancarrota. La aparición de varios sirvientes, enviados por acreedores para exigir la devolución de préstamos, le obliga a darse cuenta de cuál es su verdadera situación financiera. En un primer momento, sin embargo, ésta no le deprime. Desde su punto de vista, extremadamente idealista sobre la bondad de la naturaleza humana y la solidaridad de la sociedad ateniense, considera que se le presenta una excelente oportunidad para demostrar la validez de su convicción acerca de la fraternidad entre los hombres, siempre dispuestos a hacer el bien por los demás. Por esta razón, envía a sus sirvientes a pedir dinero a varios amigos; sin embargo, en todos los casos, la negativa es rotunda. La conmoción producida por esta cínica traición de su confianza en la naturaleza humana será la causa de la transformación de Timón. Su amor a la humanidad se convierte en odio, y el filántropo pasa a ser misántropo. Invita a todos los amigos a un banquete; les ofrece platos llenos de agua tibia; pronuncia un discurso mordaz, en el que les acusa de ser hipócritas y egoístas, y finalmente los expulsa de su casa a golpes. Con posterioridad, ahído de Atenas y de los hombres, se refugia en el bosque, donde vive alimentándose de raíces y bayas; en ese lugar expresa la decepción y el aborrecimiento que siente por la humanidad con largas maldiciones de extraordinario poder y virulencia, y al final, cuando se le agotan las ansias en ese sentido, decide construir su propia tumba junto al mar y allí muere. En esta secuencia existe ningún elemento de intriga ni de fluctuaciones de la fortuna, componentes que, por contra, sí se integran en las demás tragedias y que les conceden un alto grado de emotividad. Timón de Atenas no ofrece ningún conflicto de "poderosos contrarios" enzarzados en una lucha a vida o muerte sobre un tema de suprema importancia para los implicados. Asimismo, es notable la ausencia del vigor característico de las tragedias de Shakespeare. En sí, el antagonista de Timón no existe, no se trata de ningún otro personaje, sino del conjunto de la sociedad ateniense y del egoísmo que impera en ella. Sin embargo, ni siquiera en ese aspecto está justificada la utilización de la palabra "conflicto", puesto que la única incidencia de la obra es que los amigos de Timón se aprovechan de él hasta que éste se da cuenta, y luego lo olvidan. Por su parte, Timón no les da motivos para recordarlo, ya que reacciona desterrándose a

de acontecimientos no sí mismo de la polis. Es la única medida lógica que puede tomar, si es fiel a su percepción de la imposibilidad de la lucha contra una plena indiferencia.

La obra está mucho más cerca de la fábula y de la parábola que cualquier otra de las tragedias de Shakespeare. El curso que va a tomar la acción se ha establecido y planificado antes de la aparición del propio Timón. La tragedia se inicia sin virulencia, con cuatro de los protegidos del héroe esperando a su mecenas. Mientras hablan, el interés se centra en el relato del Poeta, que describe al Pintor un poema que acaba de componer. Se trata de un poema alegórico que pretende ser una advertencia para el héroe, puesto que representa a la diosa Fortuna sentada en su trono, en la cima de "una alta y lujuriente colina". A sus pies, hombres de toda condición aguardan con impaciencia sus favores y, cuando elige a Timón y lo llama para que se presente ante ella, inmediatamente todos los demás se convierten en aduladores, que le siguen pisándole los talones cuando asciende por la empinada ladera. Pero, tan pronto como la Fortuna veleidosa cambia de opinión y le rechaza, los antiguos adoradores se desentienden por completo del personaje y dejan que caiga, "sin que ni uno solo le acompañe en su caída" (1.1). Además de predecir cómo se va a desarrollar la acción, el Poeta anuncia ya algunos de los temas principales de la obra, que tratará determinados defectos humanos que son básicos: la adoración universal a la fortuna en forma de riquezas; la presteza con la que los seres humanos recurren a la adulación, a fin de congraciarse con los ricos; y, por encima de todo, la enorme ingratitud que muestran a sus benefactores en cuanto dejan de serles útiles. En este momento, el público todavía no tiene modo alguno de saber hasta qué punto será certero o completo este esbozo preliminar, pero ya se le ha indicado dónde debe centrar la atención hasta el momento en que Timón se arruine.

La historia de Alcibíades, que obviamente pretende establecer tanto un paralelismo como un contraste con respecto -a la de Timón, no tiene el mismo carácter de fábula. En ella existe un conflicto real de personajes y actitudes que toman la forma de acción. Cuando trata de interceder ante el Senado ateniense en favor de un compañero, un soldado que ha matado a un hombre en lo que parece haber sido un duelo, Alcibíades incurre en la ira del organismo, y se le condena al destierro por su contumacia en el atrevimiento de poner en tela de juicio la condena a muerte. Él reacciona reuniendo un ejército para marchar sobre la desagradecida ciudad. Pero su ira contra Atenas, al contrario que el odio que Timón siente por la humanidad, no es implacable ni indiscriminada. Cuando tiene la polis a su merced, salen a su encuentro dos senadores, quienes le aseguran que la decisión no fue aprobada por unanimidad y que sus enemigos y, los de Timón han muerto. Por todo ello, le suplican que no destruya la ciudad. Después de escucharles, Alcibíades cede a los ruegos, pero con la

condición, sin embargo, de que los culpables sean castigados. Con esta decisión que atempera justicia con clemencia, el personaje conduce la obra a la conclusión característica de una tragedia de Shakespeare, es decir, al establecimiento de un determinado orden y a la garantía de la continuidad del gobierno, sin el cual reinaría el caos.

A pesar de ello, si bien la función principal de Alcibíades en la obra queda bastante clara, la manera en que se incorpora su historia al diseño general no está bien resuelta del todo. En *El rey Lear*, la otra tragedia shakespeariana que utiliza la doble trama, Gloucester aparece en el mismo inicio, incluso antes que el propio Lear, y a partir de ahí su figura siempre está presente en el escenario. Alcibíades, por el contrario, aparece en la primera escena, pero su papel es intrascendente y parece ser más bien un personaje menor hasta que se inicia la escena quinta del tercer acto. En ese momento, de forma totalmente inesperada, asume un papel principal cuando se enfrenta al Senado y pronuncia un encendido alegato a favor de su amigo. Por sí sola, esta escena contiene un alto tono dramático y es, con mucho, la más emocionante de la obra hasta el momento, pero pierde parte de su efecto trágico porque es imprevista. No se había mencionado al amigo ni al crimen, no había aparecido antes en el escenario y ni siquiera se conoce su nombre. Los senadores lo describen como un "relajado impenitente" y un- hombre disoluto y subversivo; por el contrario, Alcibíades lo considera un buen soldado y un hombre de honor. No acaba de quedar claro qué visión es la acertada, y tampoco se nos indica si la pena de muerte se llega a cumplir. Algunos críticos han sugerido que, en realidad, se trata del propio Timón, pero no existe ninguna prueba que sustente esta teoría. El episodio queda finalmente en una irritante oscuridad, cuando debería ser más explícito debido a su considerable importancia estructural. En primer lugar, demuestra que no existe ninguna anomalía en la ingratitud con la que los gobernantes de Atenas tratan a Timón, pues el trato con Alcibíades es el mismo; también conceden un escaso valor a la sangre que ha derramado Alcibíades por el Estado, como el que otorgan a las buenas obras realizadas por Timón. En segundo lugar, tiene consecuencias que conducen directamente a la conclusión de la obra. La escena es fundamental, pero no se ha construido adecuadamente para incorporarla a la acción.

En comparación con el fragmento de la obra que está dedicado a Alcibíades, la parte referida a Timón es mucho más coherente, aunque tiene también sus defectos. El más importante deriva de la escasa información proporcionada acerca de la naturaleza de los servicios prestados por el héroe al Estado. El primer indicio surge cuando Timón, consciente ya de su ruina, le dice a uno de sus servidores:

Vos, a casa de los senadores. En los días de mi opulencia, tenía derecho a hacerme escuchar de ellos... Decidles que al instante me envíen mil

talentos. Estas palabras indican que en verdad Timón debió de haber sido una persona de gran importancia para justificar la petición de una suma tan colosal, pero no especifican cuál fue la naturaleza de sus acciones. Después de esto ya no volvemos a oír nada más al respecto hasta la escena tercera del cuarto acto, cuando Alcibíades encuentra a Timón en el bosque y le dice:

No sin dolor he oído decir que esa maldita Atenas, sin consideración a tus méritos, olvidando tus brillantes acciones de la época en que, a no ser por tu espada y tu fortuna, los Estados vecinos la habrían aplastado... (IV.3)

Aquí, por fin, parece que estamos a punto de descubrir qué realizó Timón exactamente por la ciudad, pero una vez más sufrimos una decepción, porque la frase no termina. Timón interrumpe a Alcibíades y sólo sabemos que el héroe desempeñó un papel fundamental en la salvación del Estado en una época indeterminada. Más adelante, se evidencia que goza de una gran reputación militar, dado que, ante la amenaza de Alcibíades y su ejército vengador, los atenienses intentan desesperadamente persuadir a Timón de que vuelva a la ciudad y organice su defensa, dejando claro que lo consideran el único hombre capaz de dirigir una resistencia eficaz. Pero esto ocurre en la última mitad de la primera escena del quinto acto, cuando la obra está a punto de acabar, y antes del final de la escena, Timón ha abandonado el escenario definitivamente. Si hubiéramos sabido algo sobre los hechos militares de Timón desde el principio, habríamos tenido una medida mucho más precisa de la ingratitud de los atenienses hacia él, y también habríamos sido más conscientes del paralelismo entre su situación y la de Alcibíades. Tal como está planteada, la llegada de los senadores para pedir ayuda a Timón sólo sirve para causar sorpresa y desconcierto. Debería haberse preparado la escena previamente, pero no se ha hecho, como tampoco se hizo con la escena de Alcibíades en el Senado.

Algo extraño sucede cuando en una obra de Shakespeare, que tan gran maestría demuestra en el arte de desarrollar las tramas en el resto de sus creaciones, aparecen tales deficiencias, que erosionan gravemente el impacto que deberían haber causado dos de las escenas más trascendentes de la obra. Más sorprendente es aún que Timón de Atenas carezca, por una parte, de material necesario para convertirla en una obra dramática satisfactoria y coherente y, por otra, que contenga asuntos ociosos y en apariencia irrelevantes. El Loco, por poner un ejemplo, aparece con Apemanto en la escena tercera del segundo acto y permanece en el escenario durante unos setenta versos, durante los cuales se nos informa de que su ama dirige un burdel y de que percibe un estrecho paralelismo entre su oficio y el de un usurero. Pero, una vez terminada esta intervención, ya no vuelve a aparecer, de manera que sus palabras perfectamente podrían haber sido puestas en boca de Apemanto. Resulta difícil resistirse a la

conclusión de que muy posiblemente el Loco fue una idea frustrada de Shakespeare que luego desechó.

Además, la redacción de la obra es irregular. Una gran parte, en especial prácticamente todo lo que dice un "furioso" Timón a partir de su entrada, hacia el final de la cuarta escena del tercer acto, está escrita con la madurez característica de Shakespeare, con ideas convincentes, movimientos ágiles, expresión vehemente y riqueza de imágenes, lo que no deja lugar a duda de que esta tragedia debió de ser contemporánea de El rey Lear y Coriolano, obras con las cuales tiene numerosos aspectos en común. Pero existen varios pasajes en los que, en comparación, la redacción se empobrece. Por ejemplo, hay una brusca caída de la "temperatura", metafóricamente hablando, cuando Apemanto hace su primera entrada en la escena inicial del primer acto, y empieza a censurar a Atenas y a los invitados de Timón; todas las burlas y ocurrencias que Apemanto y el Loco dedican a los servidores de los usureros en la segunda escena del segundo acto son trilladas; e incluso en la escena tercera del cuarto acto, núcleo central de la obra, es difícil resistirse a la sensación de que la discusión entre Timón y Apemanto es demasiado larga y que los epítetos ignominiosos, que ambos se lanzan, no son precisamente una muestra de su inventiva.

La conclusión que extraemos de estas peculiares características -los vacíos en la trama, el inicio frustrado con el Loco y la redacción irregular- apunta a que Timón de Atenas no es una obra terminada, al menos en la forma en que ha llegado hasta nosotros. Algunas partes tienen su forma definitiva, pero otras no son más que toscos borradores de escenas que todavía estaban por ordenarse y arreglarse, como si Shakespeare hubiera dejado a un lado el borrador cuando aún faltaban escenas por encajar, o, al menos, fragmentos con información esencial para la obra. El estado del texto aporta una prueba más que sustenta esta hipótesis. En el original inglés, algunos pasajes mezclan el verso suelto irregular con fragmentos que pueden leerse fácilmente como prosa, de una forma errática e impredecible. Las conversaciones que se producen después de la primera entrada de Apemanto son un buen ejemplo. Los cuatro primeros versos del diálogo entre Timón y Apemanto (1.1) están escritos en verso suelto, como es habitual en Shakespeare. A continuación, sin embargo, hay cuatro discursos breves que tienen un marcado ritmo, pero que, no obstante, no entran dentro de la categoría de verso suelto, y a éstos les sigue un verso perfecto. Los nueve versos siguientes vuelven a ser irregulares, y, finalmente, de nuevo domina la prosa, aunque hay un verso suelto cuando Timón dice: "¿Qué opinas de esta joya, Apemanto?". La escena de Alcibíades en el Senado (111.5), aunque está escrita por completo en verso, posee también algunas cualidades insólitas. Gran parte de los versos son cortos y las transiciones de una idea a otra son extrañamente bruscas. Esta escena carece por completo del dominio firme, pero flexible, del complejo

párrafo en verso, característica extraordinaria de la etapa de madurez de Shakespeare. Se esperan complejas armonías y se encuentra una música sincopada. Los críticos más modernos coinciden en que estos versos son sólo un primer borrador, que debía pulirse en un proceso de revisión, proceso que, no obstante, no se completó en el manuscrito de que disponían los editores del texto en folio. La forma en que se editó la tragedia, con numerosas confusiones sobre los nombres de los personajes y sobre las entradas y las sumas de dinero, así como la naturaleza indefinida y poco práctica de muchas de las acotaciones, y el alto número de pasajes de la obra que no tienen un sentido claro o satisfactorio, apoyan la teoría de que muy posiblemente el texto, tal como nos ha llegado a nosotros, ha de ser una revisión incompleta de un primer borrador.

En muchas de las obras de Shakespeare, muchas de las dificultades de lectura y comprensión pueden suavizarse, o incluso resolverse, acudiendo a sus fuentes. En Coriolano, por ejemplo, la laguna existente en la tercera escena del segundo acto puede llenarse extrayendo las palabras que faltan de la biografía de Plutarco sobre el héroe. Pero en el caso de Timón de Atenas, las fuentes no son de gran ayuda porque, en gran parte de la obra, el dramaturgo parece haberlas utilizado de manera genérica, es decir, sin depender directamente de ellas. Adoptó las líneas generales de la subtrama de la Vida de Alcibíades de Plutarco, que era la vida paralela a la de Coriólano, pero este autor daba un motivo muy distinto para el destierro de Alcibíades de Atenas y no dice nada sobre el misterioso amigo condenado a muerte por el Senado. En esta biografía se menciona brevemente a Timón, y se dice de él: "Timón, apodado Misántropo" (como quien dice, el que odia al hombre), pero no sirve de mucho. Mayor relevancia tiene el breve pasaje sobre Timón en la Vida de Marco Antonio de Plutarco -que aparece en Shakespeare's Plutarch, editado por T.J.B. Spencer (1964)-, del que Shakespeare sacó los dos epitafios grabados en la tumba de Timón (V4). En el pasaje que se refiere a la amistad entre Timón y Alcibíades, se afirma que a veces Timón disfrutaba de la compañía de Apemanto porque tenían un carácter y una conducta similares, y comienza con la siguiente descripción de las acciones de Marco Antonio a su regreso a Egipto tras la derrota en la batalla de Accio: Abandonó la ciudad [Alejandría] y la compañía de sus amigos, y se construyó una casa en el mar, junto a la isla de Faro, sobre unos soportes que ordenó arrojar al mar, y moró allí, como un hombre desterrado a sí mismo de la compañía de los demás hombres, diciendo que llevaría la vida de Timón, porque habían cometido con él la misma injusticia que con Timón, y que, por culpa de la ingratitud de aquellos a quienes él había favorecido y consideraba amigos suyos, estaba furioso con todos los hombres y no confiaría en ninguno.

(Shakespeare's Plutarch, página 263)

Aquí se sugiere claramente que Timón se convirtió en un misántropo debido a la ingratitud recibida de aquellos a los que había ayudado, pero no se alude a una opulencia pasada. Además, no se encuentra apartado de la sociedad por completo, puesto que todavía mantiene alguna relación con Alcibíades y Apemanto. En resumen, si bien es verdad que Plutarco proporcionó a Shakespeare una idea y unas cuantas anécdotas aisladas, no le ofreció ningún argumento.

La fuente argumenta; principal de Timón de Atenas es el diálogo Timón o el Misántropo, escrito en griego por Luciano de Samosata, que vivió aproximadamente del 125 al 180 d.C. No se sabe a ciencia cierta cuál es la forma en que Shakespeare conoció esta obra. Luciano gozó de gran popularidad en los siglos XVI y XVII, y aunque Shakespeare no disponía de una traducción inglesa de este diálogo, pudo leerlo en latín, francés o italiano. También es posible que lo conociera por medio de otro escritor, o incluso que le hubieran hablado de él. Esbozaremos un resumen del diálogo para establecer su relación con esta obra.

El diálogo se inicia con Timón trabajando como campesino en el campo de la Pobreza, apelando al dios Zeus para que castigue a sus ingratos amigos, que le adulaban y esquilaban cuando era rico, pero lo desprecian y lo dejan de lado desde que ha caído en la pobreza. Finalmente el dios atiende a los ruegos y le envía a Plutón (la Riqueza). Al principio Timón se muestra reacio a recibirlo, pues lo ve tan sólo como una fuente de preocupaciones y de problemas, pero al darse cuenta de que es inútil luchar contra la voluntad divina, hunde su azada en la tierra y extrae oro. La noticia del golpe de suerte se propaga con rapidez y pronto el personaje es asediado por sus antiguos amigos, que, una vez más, desean apoderarse de las nuevas riquezas mediante halagos. Pero esta vez Timón no se deja engañar. Ha decidido conservar sus riquezas, vivir en solitario, y odiar y desconfiar de los seres humanos. Deja que todos sus "amigos" se vayan descubriendo, uno a uno, como los aduladores hipócritas que son, y luego los echa a golpes de azadón y con una lluvia de piedras.

El diálogo contiene la sustancia de la obra de Shakespeare. Luciano explica exactamente por qué Timón se ha convertido en misántropo, aspecto que no trataba Plutarco. También se encuentra en él el motivo principal para la segunda mitad de la tragedia, cuando Timón descubre oro en el bosque y los aduladores vuelven a él en tropel para sufrir su ironía y desprecio con toda la fuerza. Incluso la estructura básica de las dos piezas es la misma, puesto que Shakespeare comienza la obra con una dramatización de la vida de Timón antes de que se convirtiera en misántropo, que se describe bajo la forma narrativa del diálogo. No existen paralelismos verbales convincentes entre el diálogo de Luciano y la obra shakespeariana, pero el diálogo contiene el material del que proceden los episodios de la primera escena del primer acto, en la que Timón libera a

Ventidío de la cárcel y regala a su servidor Lucillo el dinero que le permitirá casarse con la hija del ateniense anciano. Además, existe una determinada semejanza de ideas. Cuando Hermes habla con Zeus sobre Timón, ofrece dos explicaciones alternativas para tratar de justificar que el personaje dejara que unos falsos amigos le arrebataran por completo su fortuna, y también equipara a dichos amigos con aves de presa y animales depredadores. Dice:

Bien, si prefieres decirlo así, fueron bondad y generosidad y compasión universal las causas de su ruina; pero estaría más cerca de la verdad decir que fue un bobo y un tonto de remate; no se dio cuenta de que sus protegidos eran cuervos y lobos carroñeros; los buitres se alimentaban de su desdichado hígado y él los tenía por amigos y buenos, camaradas que mostraban su buen apetito sólo por complacerle.

(The Works of Lucian of Samosata, traducido por H.W. Fowler y F.G. Fowler, Oxford; 1905, vol. 1, pp. 33-34)

Ambas explicaciones de Luciano aparecen comentadas en la obra de Shakespeare, así como la idea, muy ampliada, de que los aduladores son como animales, y, complementariamente, de que son parásitos, que se alimentan de su huésped.

La diferencia más evidente entre la obra teatral y el diálogo es que el Timón de Shakespeare, al contrario que el de Luciano, no conserva el oro que encuentra ni tampoco lo utiliza, sino que aconseja a Flavio que haga precisamente lo que el Timón de Luciano expresa la intención de hacer (1V3); él, sin embargo, rechaza tanto el oro como la vida. El diálogo se puede califi

car de comedia sardónica, porque el desengaño hace que el Timón de Luciano se convierta en un hombre duro, cínico y capaz de enfrentarse a los amigos ingratos poniéndose a su mismo nivel. La obra de Shakespeare, por el contrario, es trágica porque su personaje lo es, porque Timón, a pesar de todo, sigue siendo un hombre sensible, al que el desengaño le hace ser aún más vulnerable.

Obra desconcertante, pero a la vez cautivadora, Timón de Atenas ha suscitado reacciones de muy diversa índole. A Samuel Johnson le impresionó favorablemente lo que él vio como una marcada tendencia moralista y didáctica; escribió:

La obra de Timón es una tragedia doméstica y, por lo tanto, atrapa con fuerza la atención del lector. No hay demasiado arte en el esquema, pero los episodios son naturales y los personajes variados y precisos. La catástrofe ofrece una rotunda advertencia contra la generosidad ostentosa que esparce riquezas, pero no confiere beneficios, y compra la adulación, pero no la amistad.

(Dr Johnson on Shakespeare, edición de W.K. Wimsatt, 1969, pp. 127-128)

En opinión de Johnson, Timón es un necio, cuyo comportamiento viene dictado únicamente por el deseo de figurar y el desconocimiento de la naturaleza de las relaciones humanas, y son abundantes los elementos de la obra que sustentan esta teoría. Una y otra vez, durante el primer acto, en el que Timón regala su dinero con tanta liberalidad, Apemanto le advierte de que está rodeado de aduladores, que no son amigos suyos y que, de hecho, se lo están comiendo vivo. Dice, por ejemplo (1.2): "¡Oh, dioses, cuántos hombres devoran a Timón sin que él lo advierta! Sufro viendo a tanta gente regar sus manjares con la sangre de un solo hombre. ¡Y es tan loco que los estimula aún más!". Esta idea de canibalismo es, de hecho, uno de los temas centrales de la tragedia, refrendada re-

petidamente por imágenes reiterativas. Sin embargo, Timón hace caso omiso de las hoscas advertencias del filósofo, convencido de que no son más que divagaciones furiosas de un hombre descontento que no está hecho para la sociedad humana. Aun así, es tan ingenuo que continúa recibiendo a Apemanto en su casa por el simple hecho de que es ateniense (1.2): "Para que seas bienvenido, basta que seas un ateniense". La suposición de que todos los atenienses son buenos es claramente errónea, pero está en consonancia con los sentimientos expresados por Timón cuando proclama su fe en la humanidad y en la solidaridad de la sociedad en la misma escena: "Hemos nacido para hacer el bien, ¿y qué bien es más nuestro que las riquezas de nuestros amigos?". La confianza y el idealismo que se expresan en esta frase no carecen de atractivo, pero no podemos obviar que esta actitud es muy poco realista, y el excesivo sentimentalismo que desprenden los versos siguientes, cuando Timón estalla en lágrimas, sugiere que existe un elemento de autocomplacencia.

El primer acto también evidencia que la conducta del personaje no es precisamente de las del tipo que suscitan amistades verdaderas, puesto que carece por completo de cualquier reciprocidad. Cada vez que recibe un regalo, Timón lo entiende como un reto y entonces hace que parezca una fruslería al corresponder con un presente aún mayor. El segundo señor está en lo cierto cuando comenta, hacia el final de la primera escena:

No hay ni un mérito que no recompense él con siete veces su valor, ni un regalo que no produzca a quien lo ha hecho otro regalo que supere al primero, traspasando los límites de la gratitud. (1.1)

Un hombre que actúa de esta forma en realidad está pidiendo que se aprovechen de él. Además, la generosidad de Timón no puede considerarse caridad, puesto que los principales beneficiados no son quienes verdaderamente tienen necesidad, sino aquellos que ya poseen más que suficiente. Timón es, de hecho, un despilfarrador que malgasta su fortuna en ostentación vanidosa, como dice Apemanto al final del primer acto. Las escenas de alborotos y borracheras que han acompañado los grandes

festines de Timón, y que Flavio describe a su señor, no dejan resquicio a la duda; Flavio habla de ocasiones en que:

Mientras vuestras reposteras estaban llenas de parásitos intemperantes, mientras vuestras bodegas estaban anegadas de vino derramado, mientras cada uno de vuestros aposentos ardía en luces y resonaba con música (...)

(11.2)

En estas escenas iniciales también se pone de manifiesto que el dinero que Timón derrocha tan despreocupadamente no es en realidad suyo, sino prestado. Su ruina no sorprende a nadie, salvo a él mismo, y no consigue acabar con su ingenuidad, pues sigue creyendo que los amigos acudirán prestos a ayudarlo. Tampoco acepta la situación tal como se presenta, cuando se revela ante él la verdadera naturaleza de los amigos de un modo inequívoco. Se limita a pasar de un extremo de la insensatez al otro. La ardiente fe en la bondad humana es sustituida en ese momento por una convicción igualmente indiscriminada de su maldad. Abandona la ciudad natal y pide a los dioses que la destruyan porque está completamente entregada a la maldad. Olvidando su afirmación anterior de que todos los atenienses han de ser bien recibidos, proclama:

¡Confundan los dioses (escuchadme, dioses de bondad) a los atenienses que hay fuera o dentro de este muro!

Y, tras haber adoptado esta actitud, la mantiene férreamente, aun enfrentado ante la evidencia de que es obcecación y desatino, cuando aparece Flavio en la tercera escena del cuarto acto para consolarlo y ofrecerle toda la ayuda que esté en su mano. Ante el hecho perturbador de que los hombres pueden ser leales, generosos y abnegados, Timón convierte a Flavio en una excepción a la regla general que él mismo ha dictado, pero luego le entrega oro a condición de que se vuelva un misántropo igual que su amo. Para Timón, el rechazo del mayordomo y todo lo que éste representa no es más que obstinación malsana; prefiere negar los hechos antes que abandonar la postura negativa que ha adoptado. Teniendo en cuenta lo expuesto, da la impresión de que Apemanto está en lo cierto cuando le dice a Timón en su último encuentro (IV3): "Eres el rey de los locos", y que con esta frase está dando una pista al público, al menos hasta que volvemos a la obra para ver qué significado tiene en ella la palabra "loco". Lo contrario a "loco" es "prudente", y un indicio claro del significado irónico que se le confiere a "prudente" en esta tragedia, lo encontramos en lo que le dice Timón a Flavio cuando éste le convence finalmente de que si ha ido a buscarle ha sido por pura bondad desinteresada. Comparando la conducta de Flavio con la del resto de mortales, Timón dice:

Ahora eres más honrado que prudente, porque, denigrándome y traicionándome, hubieras encontrado un empleo (...)

(IV3)

"Prudente" significa aquí "hombre de mundo, egoísta y sin escrúpulos", y se opone a "honrado", que equivale por tanto a "loco". Al considerar a Timón un loco estamos adoptando el punto de vista de sus amigos. De hecho, uno de ellos, Lúculo, dice de él (111.1): "Cada hombre tiene su debilidad, y la suya es la honradez", y luego intenta sobornar al servidor de Timón, Flaminio, para que le diga a su amo que no lo ha visto: "Tu amo es un caballero muy bueno; pero tú eres discreto (...) Toma tres solidarios para ti. Cierra los ojos, muchacho, y di que no me has encontrado". Flaminio reacciona despreciando el dinero, y Lúculo comenta: "¡Ah! ¡Ya veo que eres un loco, cortado por el patrón de tu amo!".

Así pues, no debemos dar por sentado a priori que todo lo que dice Apemanto es cierto. El personaje evoca en cierta medida la figura del coro, pero con la gran diferencia de que él no se puede considerar un observador imparcial e indiferente. En realidad, si ha adoptado una actitud cínica, ha sido para dar rienda suelta al rencor que siente contra el mundo y para parecer distinguido. De hecho, a su manera, también él actúa con ostentación. Emplea ese tipo de generalizaciones que llaman la atención sólo porque parecen inteligentes o escandalosas. Al entrar en escena, llama bribones a los invitados de Timón, y al preguntársele por qué, simplemente responde: "¿No son atenienses?", como si eso fuera una prueba irrefutable. Palabras como "loco" y "bribón" forman parte de su repertorio habitual. El hecho de que dicha opinión sobre los atenienses sea refrendada con frecuencia no se debe a una especial perspicacia, sino a que Atenas es una sociedad corrupta, donde Apemanto es un producto más que no desentona. Antes incluso de entrar en escena, sabemos que también él es uno de los aduladores de Timón, aun detestándose a sí mismo por ello. El Poeta nos dice: ...inclina la rodilla ante él y se va tan contento si ha merecido un movimiento de cabeza. (1.1),

La diferencia entre Apemanto y los amigos de Timón es que éstos utilizan a los demás y se aprovechan de ellos para obtener un beneficio material, mientras que Apemanto, en cambio, los emplea para alimentar su ego y su sentimiento de superioridad, que, de hecho, es un tipo de envidia.

El verdadero coro de la primera parte de Timón de Atenas son los tres extranjeros que aparecen, por primera y última vez, en la segunda escena del tercer acto. Vienen del mundo externo a la obra; no están involucrados en la trama ni mantienen ningún tipo de relación con los demás personajes; su única función es la de ofrecer una interpretación desapasionada e imparcial de lo que observan; y hablan con voz unánime. En realidad, son los representantes de la verdadera humanidad y de la religión, de manera que lo que dicen tiene un peso y una autoridad especial. La escena de la que forman parte está cuidadosamente escogida; es la escena central de las

tres consecutivas en las que los amigos de Timón, uno tras otro, le niegan su Introducción

ayuda. En el curso de esta escena, Lucio se descubre tal como es: un hombre vil, mercenario y falso. Cuando este personaje abandona el escenario, los Extranjeros permanecen para comentar lo que acaban de ver. Están sorprendidos y horrorizados, y el primero, en una clara alusión a la traición de Judas Iscariote, dice:

¿Quién puede llamar su amigo al que come en, su plato? (111.2)

El tercero censura totalmente el comportamiento de Lucio con una única y significativa frase: "¡La religión se resiente con eso!", y el primero concluye la escena aportando su versión de Timón, en la que no aparece ni una sola palabra de crítica, sino, por el contrario, profusas alabanzas: al ver la nobleza de su alma, el resplandor de su virtud y su conducta (...)

(111.2)

Esta escena describe el acto de traición que Apemanto ya había vaticinado en la segunda escena del primer acto, cuando, estando sentado solo en el gran banquete de Timón, dice (1.2): "El camarada que, sentado junto a su huésped, corta el pan con él y bebe a su salud, compartiendo su copa, es el que está más dispuesto a matarle". Timón vive en una sociedad donde imperan los Judas. Su principal error es ser demasiado confiado y dar por supuesto que los hombres dicen lo que piensan. En cierto sentido, opina así porque su propia vida se basa en una identificación absoluta entre lo que promete y lo que cumple. Lo primero que hace en la obra es prometer que saldrá la deuda de Ventidio para liberarlo de la cárcel, y la promesa se cumple, puesto que Ventidio aparece como hombre libre en la siguiente escena (1.2). Y, dado que promesa y cumplimiento son sinónimos para él, Timón da por cierta la suposición, generosa pero necia, de que también han de serlo para los demás. No es la pérdida de la fortuna lo que origina su pérdida de la fe en la humanidad, sino la prueba que trae consigo esa pérdida, la prueba de la imposibilidad de conciliar lo que hacen los hombres con lo que dicen. Cuando Timón se exilia por voluntad propia y Alcibíades va a visitarlo y le pregunta qué puede hacer para demostrarle su amistad, Timón se muestra totalmente escéptico. El diálogo que se establece entre los dos hombres discurre de la siguiente forma:

ALCIBÍADES.-¿Qué prueba de amistad podré darte, noble Timón?

TIMÓN.-Ninguna, más que adoptar mi doctrina.

ALCIBÍADES.-¿Cuáles, Timón?

TIMÓN:--Prométeme tu amistad, pero no mantengas tu promesa. ¡Si no quieres prometérmela, envíente la peste los dioses, porque eres un hombre! ¡Y si mantienes tu promesa, confúndante, porque eres un hombre! (IV. 3)

La llegada del Poeta y del Pintor a la cueva donde se ha recluido Timón en el quinto acto supone la confirmación final del divorcio deliberado

existente en Atenas entre lo que se dice y lo que se hace. Ambos acuden a él porque han oído decir que Timón todavía posee oro. Sin saber que éste los está oyendo, hablan de sus planes para engañarlo con promesas que, por supuesto, no tienen intención de cumplir, y el Pintor proclama su credo con todo cinismo, diciendo:

Prometer está de moda en nuestra época, y hace abrir los ojos al que espera. Cumplirlo parece una vulgaridad. Sólo el pueblo necio y simple mantiene sus compromisos. Prometer es lo más elegante y de mejor gusto. Cumplirlo es una especie de voto o de testamento, y demuestra un poco de debilidad en el juicio del que lo hace. (V1)

Este deliberado rechazo de la honradez y la sinceridad da como resultado la mejor muestra de ironía sostenida de toda la obra, cuando Timón utiliza lo que acaba de oír, y los denomina "personas honradas" una y otra vez, mientras habla con los dos artistas prostituidos, hasta conducirlos al punto en el que, finalmente, les muestra de manera inequívoca lo que piensa de ellos.

Para Timón, el carácter indivisible de la promesa y su cumplimiento es lo que conforma la base de la sociedad humana. Esta opinión la comparte con Aristóteles, Cicerón y con los humanistas del siglo xvi. Sir Thomas Elyot, por ejemplo, en su libro *The Governor* (1531), dice, citando a Cicerón:

"Nada sostiene tanto la cosa pública como la fe [el cumplimiento de pactos y acuerdos]" (Everyman edition, pp. 222-223). Por consiguiente, a los ojos del personaje, una sociedad en la que no existe confianza entre los hombres es una contradicción. De ese modo llega a una postura muy parecida a la de Jonathan Swift en los *Viajes de Gulliver*. Entre los *houyhnhnms*, Gulliver tiene grandes dificultades para hacer comprender a su amo caballo lo que es una mentira, porque decir "la cosa que no es", para el equino supone una deformación total de la función del lenguaje. Además, es en esa misma deformación lingüística en la que se centra el protagonista cuando describe las actividades de un político, utilizando unos términos que podrían aplicarse igualmente a los aduladores de Timón.

Dice: Le conté [al caballo] que el primer ministro de un estado, al que intentaba describir, es una criatura totalmente exenta de alegría y de dolor, de amor y de odio, de compasión y de ira; al menos, no utiliza más pasiones que un intenso deseo de riquezas, poder y títulos; que sus palabras sirven para todos los usos, excepto para indicar lo que piensa; que jamás dice la verdad, salvo con la intención de que la tomes por una mentira; ni una mentira, salvo con la intención de que la tomes por una verdad. (...) La peor señal que puedes recibir es una promesa, sobre todo cuando la confirma mediante un juramento; después de lo cual, todo hombre sensato se retira y pierde toda esperanza.

(Los viajes de Gulliver, parte IV, capítulo 6)

Existen algunas otras similitudes entre los dos libros, pues, de igual forma que Gulliver prefiere la compañía de los caballos a la de los seres humanos, también Timón acaba considerando que sus congéneres son peores que los animales. Y tiene buenas razones para pensar eso. Para Shakespeare y sus coetáneos, era precisamente el don del habla, el órgano que permitía articular el pensamiento racional y que funcionaba como instrumento de la sociedad, lo que distinguía esencialmente al hombre de las bestias. Su gran contemporáneo, Richard Hooker, escribía: Entre el hombre y las bestias no hay posibilidad de comunión sociable, porque la fuente de esa comunión es el deleite natural del hombre al transmitir a los demás y recibir de ellos especialmente aquello en lo que consiste la excelencia de su especie. El principal instrumento de la comunión humana es, por tanto, el habla, porque con ella podemos transmitirnos mutuamente los conceptos de nuestro entendimiento. (...) La sociedad civil satisface mucho más la naturaleza de un hombre que cualquier tipo de vida solitaria y privada, porque en sociedad es mucho mayor este bien de participación mutua que de cualquier otro modo.

(Of the Laws of Ecclesiastical Polity, Libro I, Sección X, Subsección 12)
Es este "bien de participación mutua" a lo que cree aspirar Timón en la primera parte de la obra, pero la experiencia le obliga a darse cuenta de que las personas con las que convive no le conceden el menor valor, y sólo devalúan la moneda del lenguaje una y otra vez, de tal forma que la "comunión sociable" con ellos es imposible. Timón abandona Atenas para irse a vivir al bosque porque, en palabras de Apemanto (IV.3): "La república de Atenas se ha convertido en una selva de animales". La acusación de que Timón no comprende la importancia de la reciprocidad en la amistad es cierta, pero se ha de reconocer también que su honradez de palabra y de acto, una de sus características más positivas, no encuentra ninguna reciprocidad en el mundo que lo rodea. Shakespeare subraya este hecho en el primer acto. La función principal de Apemanto en el comienzo de la obra es precisamente la de alertar al público sobre la falsedad de los "amigos" de Timón. Sus deprimentes comentarios culminan con una referencia específica y concreta sobre la idea del envilecimiento. Al final de la profesión de fe en la hermandad de los hombres, discurso central de la segunda escena, el Señor 2.º dice:

La alegría ha producido el mismo efecto en nuestros ojos, y en este momento se asemeja a un niño que llora. (1.2)

Apemanto se apresura a poner de relieve la naturaleza falaz de esos sentimientos y comenta:

¡Ja, ja! Me da risa pensar que ese niño es un bastardo. (1.2)

Cuando el Pintor justifica cínicamente la oposición entre "prometer" y "cumplirlo", pone como excepción al "pueblo necio y simple" porque éste está tan alejado de la moda que cree aún que la palabra de un hombre se ha

de interpretar como una obligación. En la obra, ese segmento de la sociedad lo representa Flavio y el resto de servidores de Timón, que continúan siéndole fieles cuando éste cae en desgracia. Samuel Johnson destaca que su comportamiento es un reflejo favorable del carácter de su amo y escribe:

Nada contribuye más a la exaltación del carácter de Timón que el celo y la fidelidad de sus servidores. Sólo la auténtica virtud puede suscitar el respeto del servicio doméstico; sólo una bondad imparcial puede granjearse el afecto de los subordinados.

Johnson está en lo cierto. El servicio doméstico de Timón es una verdadera comunidad en la que los integrantes se consideran parte de la familia, e incluso cuando en la escena segunda del acto cuarto deben abandonarla, en el fondo siguen creyendo que pertenecen a ella y que seguirán siendo "compañeros" a pesar de estar separados. La obra no trata únicamente sobre el efecto que tiene en Timón la pérdida de su fortuna, sino también sobre la destrucción de todo un modo de vida.

El estilo de vida de Timón, tal como se describe en la primera parte de la tragedia, está en consonancia con lo que se esperaba de un gran hombre a principios del siglo xvii: vive en una mansión, rodeado de numerosos sirvientes; recibe muchos invitados; practica la cacería; visita a amigos y vecinos; y, sobre todo, ejerce la antigua costumbre del "gobierno de la casa", en el sentido de que tiene las puertas de su domicilio particular abiertas a todo el mundo, sin excepción, de la manera que tan vívidamente describe Chaucer en su retrato de Franklin en el prólogo a Los cuentos de Canterbury. Es el hecho de que no pueda mantener esta vida, lo que primero le hace comprender la naturaleza del descalabro que acaba de sufrir. En la escena cuarta del tercer acto, se pone "furioso" porque ha descubierto que sus puertas, que hasta entonces siempre habían estado abiertas, han sido cerradas y atrancadas para impedir que entren los acreedores. Dice:

¡Cómo! ¿Prohibirme que pase? ¿He sido siempre libre, y ahora va a tornarse mi casa en la enemiga que me aprisiona, en una cárcel? ¿Va también a mostrarme un corazón de hierro, como todo el género humano, el lugar donde he dado tantas fiestas? Pero, además de vivir de acuerdo con el viejo ideal feudal de la hospitalidad, Timón pretende vivir también, así como muchos aristócratas de la época, según los nuevos ideales renacentistas. Es un mecenas de las artes y, como, epílogo más adecuado para el gran banquete; que ofrece a sus amigos, les obsequia con un elegante espectáculo de danza y canto. De hecho, participa de ese "consumo notorio" que se convirtió en rasgo destacado de la vida de las clases altas en Inglaterra durante los últimos veinte años de reinado de Isabel I, y pervivió bajo el reinado de su sucesor. Existía una pasión muy grande por construir edificios nuevos y ornamentalmente más recargados; los hombres

aparecían en la corte con "feudos enteros sobre sus espaldas" en forma de ricos atavíos, desplegando sus riquezas con lujo y ostentación ante los ojos de la soberana; empezaban a pasar parte del año en Londres, y se entregaban al juego, vicio muy típico de los caballeros. Al intentar vivir de acuerdo con dos ideales de conducta; ambos muy caros, y de manera simultánea, con frecuencia los grandes del reino se encontraban escasos de fondos y procedían a pedir préstamos. La situación de Timón cuando descubre que sus tierras, antes extensas, han sido vendidas o hipotecadas, era habitual. Muchos de los aristócratas de la época isabelina, incluso yendo el propio mecenas de Shakespeare, el conde de Southampton, al que había dedicado su *Venus y Adonis* y *La violación de Lucrecia*, estaban muy endeudados. Según un moderno historiador, los ingresos anuales de Southampton superaban ampliamente las 3.000 libras; sin embargo, cuando tomó parte en la revuelta de Essex de 1601, había reunido un mínimo de 20.000 libras durante los cuatro años anteriores gracias a la venta de un tercio de sus propiedades, y aun así, seguía debiendo una suma de casi 8.000 libras. Y el suyo no era un caso aislado véase *The Crisis of the Aristocracy*, Lawrence Stone, 1965, pp. 482-485).

No existía una actitud crítica generalizada ante las extravagancias de la nobleza. La generosidad era un signo de la verdadera aristocracia, pues el significado original de la palabra "generoso", todavía vigente en época de Shakespeare, era "de alta cuna". Tener una casa abierta significaba beneficiar a los vecinos; gastar con prodigalidad era crear un sentido de magnificencia y llevar el drama y la emoción a la vida de la gente corriente. Es muy probable que a los once años Shakespeare viera *The Princely Pleasures at Kenilworth*, la rica y variada serie de retablos históricos al aire libre que el conde de Leicester hizo representar en honor de la reina, y que se prolongaron durante tres semanas. Además, los escritores solían depender del mecenazgo de los nobles. El objeto de sátira era el cascarrabias, al que se consideraba responsable de "la decadencia del buen gobierno de las casas", junto con el usurero. Al ver cómo Senado, hace el mismo descubrimiento que Timón en la escena anterior. A su vehemente petición de clemencia para el hombre condenado y el ruego de que se tomen en consideración los servicios que él mismo ha prestado al Estado, el Senado responde con una aplicación inflexible de la letra de la ley. Frustrados los generosos esfuerzos y desterrado por ellos, Alcibíades acusa al Senado de no conceder valor a cosa alguna salvo el dinero; dice: ¿Me desterráis? ¡Desterrad también vuestra morada y desterrad la usura que deshonor al Senado! (111.5)

Desde este punto de vista, la obra es tanto una sátira social como una tragedia, pues el poder destructivo del dinero sigue obsesionando a Timón cuando ya ha abandonado Atenas. Solo en el bosque, encuentra oro al cavar la tierra para buscar raíces, igual que el Timón del diálogo de Luciano.

Pero, en lugar de regocijarse, se lamenta, porque cree que el oro es el gran agente transformador de la vida, que todo lo convierte en su contrario y corrompe su naturaleza. No es de extrañar que Karl Marx, en una nota de El capital (Parte 1, capítulo 111, sección 3.a), citara el pasaje que empieza con "¿Oro amarillo, brillante, precioso?" (IV.3), para explicar el modo en que cualquier materia prima

se desmoronaba aquel estilo de vida, igual que el de Timón, los hombres tenían la sensación de que se estaban destruyendo comunidades vivas para satisfacer la avaricia de prestamistas o "cormoranes codiciosos", como a menudo se los llamaba. Casi un siglo antes de que se escribiera Timón de Atenas, Tomás Moro decía: "Donde todo se mide por el dinero, difícilmente se logrará que la cosa pública se administre con justicia y se viva con prosperidad" (Utopía, Everyman edition, página 50). Desde 1516, Inglaterra se había enriquecido enormemente y el poder del dinero había aumentado, pero los hombres seguían teniendo una mentalidad tradicional. A los moralistas, predicadores, poetas, y dramaturgos les parecía que los seres humanos y sus valores estaban siendo sacrificados en el altar de los beneficios. ;

Judas vendió a Jesús por treinta monedas de plata. En Timón de Atenas se alude a este personaje en algunas ocasiones, porque es la misma codicia la que convierte a los amigos del héroe en aduladores que devalúan la moneda de las palabras, y destruyen su imagen de la sociedad, y traicionan todo aquello en lo que él cree. En Atenas no existen relaciones humanas válidas, aparte de la lealtad y del servicio que une a los servidores de Timón con su amo. Han sido reemplazadas por libros de caja y fríos formulismos legales. Cuando Alcibíades se presenta ante él, puede convertirse en dinero, pues es una de las expresiones literarias más devastadoras sobre las consecuencias que puede llevar consigo la sustitución de las verdaderas relaciones humanas por "el frío nexo del dinero", como lo llamó Marx. En una serie de vívidas imágenes, que representan lo contrario de lo que parecen representar, Timón describe cómo el dinero aleja a los hombres de la religión y la moralidad, y les incita a cometer asesinatos, burlarse de la justicia y de la autoridad, y a convertir la gozosa ceremonia del matrimonio, creadora de vida, en una sórdida transacción entre la avaricia, por un lado, y la impotencia y la enfermedad, por el otro.

El soliloquio de Timón sobre el poder destructivo del dinero nos remite a numerosos aspectos importantes en la vida de principios del siglo XVII y, como reconoció Marx, en la -de cualquier época a partir de entonces. Sin embargo, el principal interés estriba en lo que nos cuenta sobre el héroe y sobre su mentalidad. Difícilmente podemos considerar que se vea reflejada en la primera parte de la obra, dado el estilo desapasionado y la sorprendente imaginación a la que se recurre. Es cierto que en el primer acto, Timón crea una impresión de generosidad y esplendor que es, sin duda, el

centro de interés, pero no es una figura que provoque una sensación inmediata de grandeza, ni los versos son de los que perduran en la memoria y que reconocemos de inmediato como auténticamente suyos. Lo que se demuestra fácilmente comparándolo con cualquiera de los demás héroes trágicos. La característica principal es su sensibilidad, como demuestran las repetidas referencias al corazón, y es su vulnerabilidad lo que antes llama nuestra atención. La actuación en el segundo movimiento de la obra, que se extiende desde el inicio del segundo acto a unos cuarenta versos del final de la cuarta escena del tercer acto, se limita a una sola escena: la segunda del segundo acto, en la que por fin se ve obligado a reconocer que se ha arruinado y, con un optimismo injustificado, decide pedir ayuda a sus amigos por medio de los servidores. El centro de interés en esta parte de la obra es la sociedad ateniense más que el héroe, y prevalece un tono de comedia sardónica cuando sufre el acoso de los acreedores y los amigos le dejan de lado. Las tres escenas paralelas del inicio del tercer acto constituyen uno de los grandes logros de la obra, por su precisa y despectiva descripción de la crasa ingratitud y la hipocresía farisaica de que son capaces los hombres cuando ven amenazada su economía por la exigencia de poner en práctica los principios que hasta entonces les ha parecido altamente provechoso defender. Aquí se actúa sobre Timón. Seguimos siendo conscientes de él, pero no vemos lo que le está ocurriendo.

En la cuarta escena del tercer acto, el personaje entra "furioso" (si citamos las acotaciones originales de la obra). El tercer y último movimiento empieza aquí. Timón es un hombre que ha cambiado y que habla un nuevo lenguaje, con una mordacidad que antes no tenía. Molesto con la palabra "cuentas", pide a los servidores de los usureros, que le importunan para que pague (111.4): "¡Rompedme la cabeza con ellas ¡Divididme hasta la cintura!", porque se ha dado cuenta de que en Atenas, un trozo de papel en el que se reconoce una deuda es un arma mortífera. Además, cuando habla con Flavio al final de esta escena, y ordena que se invite a sus amigos a un nuevo banquete, ha ganado un nuevo tipo de confianza; hay algo casi siniestro en la tranquilidad con la que da a conocer sus deseos sin desvelar su propósito. A partir de este momento, Timón domina la obra en virtud de lo que dice.

La nueva actitud y el nuevo lenguaje se corresponden con una nueva percepción de las cosas. La diferencia entre el primer acto y el tercer movimiento, que empieza ahora, es como la diferencia existente entre las Canciones de inocencia y las Canciones de experiencia de William Blake. Prácticamente todo lo que ocurre en este tercer movimiento -y es esto, más que cualquier otra cosa en la obra, lo que hace única su estructura es una repetición o una inversión de lo que había ocurrido en el primer acto. El suntuoso banquete de la segunda escena del primer acto, donde Timón

expresaba su fe en la realidad y el valor de la amistad, se convierte en la farsa de banquete de la escena sexta del tercer acto, cuando proclama la vileza de la humanidad y denuncia a sus falsos amigos, describiéndolos como animales dotados de la cualidad humana específica y universal de la hipocresía. En lugar de ser el centro de atención, magníficamente ataviado de una multitud de admiradores, es ahora un ser desnudo y solitario por voluntad propia. En Atenas pierde sus riquezas regalándolas para ayudar y complacer a los demás; y en el bosque encuentra oro, pero se lo regala a los ladrones y las prostitutas, para que destruyan y contagien a otros.

Reaparecen los personajes del primer acto. Ellos no han cambiado, pero Timón sí lo ha hecho y, por tanto, los observa bajo otra luz, y halla una satisfacción amarga e irónica en encontrarles las vueltas, por así decirlo, para descubrir la realidad llena de costuras bajo el liso exterior.

La tragedia de Timón es la tragedia de la inocencia que ha sido traicionada.

Cuando entra en escena furioso ha sufrido ya la experiencia de haberse comportado con los atenienses como ellos lo han hecho con él, y dado que su actitud no difiere en esencia de la del Senado, finalmente es capaz de llegar a un acuerdo con ellos. Timón, en cambio, es un extremista, incapaz de contemporizar, y ésta es la cualidad que le otorga su grandeza trágica.

Apemanto no se equivoca cuando le dice a Timón (1V.3): "No has conocido el término medio de la humanidad, sino solamente sus dos extremos", pero este juicio resulta también irrelevante, puesto que no habría existido acción trágica si Timón hubiera sido un hombre moderado. Timón no transige, no acepta soluciones de compromiso; puesto que Atenas le ha traicionado, puesto que ya nadie comparte sus convicciones sobre la naturaleza y el propósito de la vida humana, y puesto que esas convicciones están demasiado arraigadas en él como para que pueda desecharlas fácilmente, actúa de la única forma posible: decide abandonar Atenas e intenta vivir solo.

La primera equivocación que comete Timón -error típico del hombre ingenuo- es confundir la edad de hierro en la que vive con la edad de oro del amor fraternal. Al aislarse del mundo, intenta volver a la edad de oro mítica en la que no existían ni el dinero ni el comercio, y en la que se suponía que los seres humanos vivían de los frutos de la tierra. Lo más positivo de la úldemoladora del aprendizaje que aquellos en la que él confiaba y en los que depositaba su afección: todo lo han utilizado como un mero instrumento para alcanzar sus propios fines; que él mismo; a pesar de ser una personalidad única, no significa absolutamente nada para ellos, y que el código de valores que ha regido su vida hasta ese momento no tiene validez alguna para la sociedad. Tratándose de un hombre como Timón, que ha creído implícitamente en lo que Keats llama "la santidad de los afectos del corazón", el resultado de descubrir el caos del mundo externo es el origen de un caos emocional en su interior. Sin embargo, para ser justo hay

que decir que Timón no intenta vengarse de los amigos traidores adoptando sus ideas y tácticas. Apemanto, no obstante, le sugiere que, debería hacerlo cuando va al bosque a verlo y le dice:

Tórnate, a tu vez, adulador, y trata de enriquecerte por los medios que te han arruinado.

Pero Timón rechaza tal sugerencia. De hecho, lo hace (si realmente ha llegado a pensar en ella) antes incluso de que aparezca Apemanto para tentarle. En este sentido, existe un claro y marcado contraste entre Alcibíades y Timón. Al querer vengarse de Atenas, el soldado se aparta de la obra, aunque se aplique al final con fines satíricos, es la maravillosa emoción de Timón ante la magnificencia de la naturaleza y la fertilidad de la buena tierra, la madre común de todos los seres vivos. Los versos que dirige a los Ladrones parecen anticipar la descripción realizada por Caliban acerca de la abundancia de la isla mágica en *La tempestad*. Son éstos:

¿Por qué tenéis necesidad? Mirad: la tierra tiene raíces; en una milla a la redonda, brotan manantiales; las encinas están cargadas de bellotas; los escaramujos, de frutos escarlata; la Naturaleza, esa excelente cocinera, cuelga de cada matorral manjares copiosos. ¿Necesidad? ¿Necesidad de qué? (1V3)

Pero Timón no es una criatura infrahumana como Caliban, para quien la soledad es la condición normal de la existencia. Para él, una soledad de una persona no es una sociedad. Puede que su cuerpo esté en el bosque, pero su corazón y su cabeza siguen estando en Atenas, y debe continuar hablando, tanto si tiene oyentes como si no. El impulso de usar el "principal instrumento de la comunión humana" es irresistible. Las grandes maldiciones que profiere, repletas de amargura y de aborrecimiento, son expresiones de un amor frustrado por el hombre que se alimenta de sí mismo. No es el cinismo lo que le ha llevado a rezar en la primera escena del cuarto acto para que derribe y se destruya el orden normal de la sociedad. Su discurso es el propio de un hombre que ha creído de todo corazón en el ideal de un estado civilizado ordenado, pero que finalmente ha concluido que el orden en Atenas sólo es una farsa que enmascara un conflicto caótico de afanes opuestos. Por tanto, pide que se reconozca la situación real, y dice:

¡Piedad y temor, religión para los dioses, paz, justicia, verdad, respeto doméstico, reposo nocturno, vecindario bueno, instrucción, modales, misterios, profesiones, jerarquías, observancias, costumbres, leyes, confundíos con lo contrario, y reine la confusión por doquiera!
(IV1)

Sin embargo, los mismos términos en que se expresa la maldición, junto con su progresión ordenada, son un claro testimonio del respeto profundo y

del afecto que siente Timón hacia esos principios de la vida civilizada. Es su deformación lo que odia, no los principios en sí mismos.

La característica más desconcertante y perturbadora de estas maldiciones es la obsesiva preocupación por el sexo y las enfermedades venéreas. Timón no había mostrado interés por ese aspecto de la vida hasta ese momento; de hecho, la ausencia de mujeres en la primera parte de la obra es una de las características más peculiares. Pero, en cuanto abandona Atenas; el sexo se convierte en una de sus principales preocupaciones. ¿Cómo ha llegado a suceder? Dos son las respuestas posibles. En primer lugar, existe una relación obvia -presente también en Medida por medida- entre la práctica de la usura y la de la prgstitución. En ambos casos, se explotan las necesidades de otras personas para tratarlas como meros instrumentos de los que se puede obtener placer y beneficios. Además, la idea del dinero como alcahueta o puta era un tópico muy extendido en aquella época, porque el dinero se utilizaba de manera promiscua y pasaba de mano en mano. Timón llega a decir al oro que acaba de encontrar (IV.3): "puta de la humanidad". La segunda razón, y más importante, de la abundancia de ideas e imágenes sexuales en esta parte de la obra es que Timón se detesta a sí mismo por haber dado su afecto a quienes no lo merecían y se lo han tirado a la cara.

Aun así, la violencia, intensidad e histeria de estas maldiciones transmiten la impresión de que Timón no obra con acierto. La sensación au menta y se apoya en el hecho de que su ira y sus críticas se dirigen siempre al exterior, nunca hacia sí mismo. La comparación con el personaje del rey Léar, que también lanza maldiciones sin pudor, ilustra este punto a la perfección. A pesar de que las injusticias que ha sufrido Timón son grandes, no pueden compararse con las que sufre Lear. Sin embargo, éste supera la etapa de la autocompasión para reconocer plenamente la propia responsabilidad en lo que ha ocurrido, y, como resultado de ello, crece en estatura moral. No ocurre así con Timón: éste se compadece a sí mismo y está a punto de pedir a Apemanto que lo compadezca también, en el momento mismo en que sus insultos contra el filósofo son más amargos. Hablando del trato que ha recibido de sus amigos, dice que:

... me ha dejado desnudo y expuesto a todos los embates de las tempestades. (IV.3)

Y luego añade:

¡Soportar eso es una carga pesada para mí, que sólo he conocido la dicha (...). (IV3)

En vez de aceptarse a sí mismo y crecer en talla moral como resultado de su experiencia, sigue inmovilizado en la postura fija del hombre agraviado. Y persiste en adoptar esa postura después de que Flavio le haya demostrado que su visión original de la sociedad no era del todo errónea. Existe en Timón ese empecinamiento del hombre débil e inseguro. En un último

análisis, es inadecuado como héroe trágico, puesto que carece de esa resolución interior que le permite al ser humano verse a sí mismo tal como es.

No obstante, lo preferimos a Apemanto porque Timón no deja nunca de preocuparse por los demás, al contrario que el cínico profesional. La misma fuerza con que censura a los hombres demuestra que sigue conservando el apasionado interés por su estado, aunque sea a la inversa. Tampoco debemos pasar por alto que todos los que van al bosque a visitarlo, con la única excepción de Flavio, no hacen ni dicen nada que pueda cambiar su actitud, sino que sirven para endurecer todavía más su postura. De hecho, es muy posible que la conversación entre el Poeta y el Pintor, que Timón escucha sin que le vean, fuera concebida precisamente con ese propósito. Por otro lado, la manera en que los dos senadores describen el amor que la ciudad siente por él, cuando van a pedirle ayuda en la primera escena del quinto acto, como si estuvieran hablando de asuntos en un libro de cuentas, demuestra de manera concluyente que Atenas no ha cambiado lo más mínimo.

Además, Timón experimenta un gran cambio cuando da rienda suelta a su rabia, ya que obtiene el dominio sobre ella -la ironía sutil y con tenida con que desenmascara a los dos artistas es muy distinta de los improperios que dedica a Apemanto- y finalmente la consume. Poco a poco, se hace -oír un nuevo tipo de música, a medida que sus pensamientos pasan de la injusticia del mundo al movimiento incesante del mar, que es amargo y desolado, pero también neutral e indiferente. Para él, el mar acaba asociándose con la muerte y con, la liberación. Tanto el agotamiento como el nuevo rumbo que toman sus pensamientos se evidencian por primera vez cuando, cansado, se desentiende de la disputa con Apemanto y, hablando para sí mismo, dice:

Ahora, Timón, cava tu tumba. Acuéstate en un sitio donde la ligera espuma del mar cubra a diario tu piedra tumbal. (IV.3)

Su tono aquí se parece más al de la derrota, pero, no obstante, algún aspecto más positivo emerge cuando, en el transcurso del encuentro que tiene con los dos senadores, Timón se distrae momentáneamente y, hablando de nuevo para sí, dice:

El largo quebrantamiento de mi salud y de mi vida pronto va a tener su desenlace, y la nada me traerá cuanto pueda necesitar yo.

Estos versos no sólo sugieren que Timón se ha resignado a morir, sino también que la experiencia de la privación absoluta, en cierto sentido que no acaba de comprender ni puede definir con precisión, lo ha hecho más sabio. Este sentimiento tiene sin duda mucho en común con el concepto medieval de *contemptus mundi*, la idea de la vida como un período doloroso e inevitable, durante el cual el alma está encarcelada en la prisión del cuerpo, de la que anhela escapar a través de la puerta de la muerte para

volver al verdadero hogar, fuera de este mundo. Pero esta nueva comprensión del mundo no se desarrolla ni se explicita en la obra. Al final, permanecemos con la tumba solitaria "en una playa a la que baña la onda salada" (V.1), y con los implacables epitafios que hay inscritos en ella. La sugerencia de que Timón podría haber aprendido algo de vital importancia a través de su experiencia no va más allá de una tentadora posibilidad. Como característica habitual, la obra no nos lo asegura.

Timón de Atenas

Personajes de la obra

Timón, noble ateniense

Lucio, noble, adulator de Timón LÚCULO, noble, adulator de Timón SEMPRONIO, noble, adulator de Timón VENTIDIO, falso amigo de Timón APEMANTO, filósofo cínico ALCIBÍADES, general ateniense FLAVIO, mayordomo de Timón FLAMINIO, servidor de Timón LuCILIO, servidor de Timón SERVILIO, servidor de Timón CAFIS, servidor de los acreedores de Timón FILOTO, servidor de los acreedores de Timón Trro, servidor de los acreedores de Timón Lucio, servidor de los acreedores de Timón HORTENSIO, servidor de los DOS SERVIDORES de Varrón EL SERVIDOR de Isidoro DOS ACREEDORES de Timón CUPIDO
VARIAS MASCARAS TRES EXTRANJEROS UN POETA
acreedores de Timón
UN PINTOR UN JOYERO UN MERCADER UN ATENIENSE
ANCIANO UN PAJE
UN LOCO
FRINÉ, querida de Alcibíades TiMANDRA, querida de Alcibíades
Nobles, senadores, oficiales, soldados, ladrones, mensajeros, otros servidores, etc.

La obra transcurre en Atenas y en los bosques de su alrededor,

Acto I

ESCENA I

Atenas. En casa de Timón

Entran EL POETA, EL PINTOR, EL JOYERO, EL MERCADER y OTROS; luego TIMEN con su séquito, UN MENSAJERO, UN

ATENIENSE ANCIANO, LUCILIO, APEMANTO, ALCIBÍADES y DOS SEÑORES

EL POETA.-Buenos días,,señor.

EL PINTOR.-Me alegro de veros con buena salud. EL POETA.-Hace mucho tiempo que no os había visto. ¿Cómo va el mundo?

EL PINTOR.-Se gasta, señor, envejeciendo.

EL POETA.-Eso es sabido. Pero ¿qué hay que ofrezca un interés particular? ¿No ocurre alguna cosa extraña que a nada se parezca? Mirad. ¡Magia de la generosidad! ¡Tu poder ha evocado a todos esos espíritus para que te aguarden! Conozco a ese mercader.

EL PINTOR.-Yo los conozco a ambos; el otro es un joyero.

EL MERCADER.-¡Oh, es un señor digno!

EL JOYERO.-Indiscutiblemente.

EL MERCADER.-Un hombre incomparable, . de bondad infatigable y continua; un hombre excepcional.

EL JOYERO.-Traigo conmigo una joya.

EL MERCADER.-Os ruego que me la dejéis ver. Para el señor Timón, ¿verdad?

EL JOYERO.-Si la tasa en su valor; pero en cuanto a eso...

EL POETA.

Cuando, por una recompensa, loamos al mal, manchamos la gloria de los versos afortunados hechos para cantar al bien.

EL MERCADER (mirando la joya).-Tiene una forma bonita.

EL JOYERO.-Y es muy buena. Mirad qué aguas. EL PINTOR.-¿Os absorbe algún trabajo, señor, o alguna dedicatoria ofrendada a este magnate? EL POETA .-Es una cosa que me ha salido espontáneamente. Nuestra poesía es como una goma que manase de lo que la alimenta. Las chispas del pedernal no saltan hasta que se golpea el pedernal. Nuestra llama se enciende por sí sola, y como el torrente, franquea los diques que se oponen a su curso. ¿Qué lleváis ahí?

EL PINTOR.-Un cuadro, señor. ¿Cuándo aparece vuestro libro?

EL POETA.-Tan pronto como se lo ofrezca en homenaje al señor Timón. Veamos vuestro cuadro. EL PINTOR.-Es un cuadro hermoso.

EL POETA.-Efectivamente, es de una soluta. realidad ab

EL PINTOR.-Absoluta.

EL POETA.-¡Admirable! ¡Qué gracia en la actitud, qué inteligencia en los ojos, qué fecunda imaginación debe mover esos labios! ¡Aunque su gesto sea mudo, tiene la elocuencia de la palabra!

EL PINTOR.-Es una bonita inspiración de la realidad. Mirad este toque. ¿Os parece bien?

EL POETA.-Superior al natural. El arte hace vivir estos rasgos mejor de lo que lo haría la vida.

(Entran unos senadores, que atraviesan la escena.)

EL PINTOR.-¿Qué solicitado está el señor Timón! EL POETA.-¿Los senadores de Atenas! ¡Feliz él! EL PINTOR.-¿Mirad, más todavía!

EL POETA.-¿Veis, esa afluencia, esa ola de visitantes? Pues en este difícil trabajo he representado a un hombre a quien este bajo mundo besa y abraza con la mayor efusión. Mi libre genio no se detiene en particularidades, sino que se agita en un vasto mar de ceras. Mi espíritu satírico va en pos de su propósito, pero en su desarrollo no envenena ni una coma; vuela, como un águila audaz, en línea recta, sin dejar huella alguna.

EL PINTOR.-¿Qué queréis decir?

EL POETA.-Voy a explicarme. Ya veis que todas las condiciones y todas las inteligencias (lo mismo las naturalezas más melifluas y menos consistentes, que las más graves y las más austeras) ofrecen .sus servicios al señor Timón. Su inmensa fortuna, unida a su natural bueno y gracioso, somete y en, cadena a su afecto y a su trato los corazones todos, desde el del adulator, que es su reflejo, hasta el de Apemanto, que empieza por detestarse a sí propio, y sin embargo, inclina la rodilla ante él que se va tan contento si ha merecido un movimiento de cabeza.

EL PINTOR.-Los he visto hablar juntos. EL POETA.-He descrito a la Fortuna, señor, asentándose sobre una alta y lujuriente colina. Tapan el pie de la colina filas de hombres de todas las categorías, trabajando en esta esfera para mejorar sus' condiciones. Entre los que tienen los ojos fijos en la soberana señora, uno personifica a Timón, a quien la Fortuna, con su mano de marfil, hace seña de que se acerque, transformando, en virtud de esta gracia, a todos sus rivales en esclavos y servidores.

1. Los antiguos escribían sobre tablillas enceradas.

EL PINTOR.-Está concebido a la perfección. Ese trono, esa Fortuna, esa colina, ese hombre elegido entre el vulgo y que, con la cabeza baja, trepa por la montaña escarpada para dar alcance a su dicha, lo representaría muy bien nuestro arte.

EL POETA.-Escuchadme, señor. Todos los que antes eran sus iguales (y hasta superiores a él) le siguen los pasos, se aglomeran en sus pórticos, vierten en sus oídos el incienso de la adulación, santifican hasta su estribo y no respiran más que por él.

EL PINTOR.-¿Y qué ocurre luego?

EL POETA.-Cuando la Fortuna, en un caprichoso cambio de humor, rechaza con el pie a su último amante, todos los que le seguían, esforzándose por escalar la montaña con ayuda de manos y rodillas, le dejan despeñarse, sin que ni uno solo le acompañe en su caída.

EL PINTOR.-Eso se ve todos los días. Yo puedo exponer mil pinturas morales, que evocan los vaivenes precipitados de la Fortuna de una manera más conmovedora que con palabras. Sin embargo, hacéis bien en mostrar al

señor Timón que hay espectadores de orden inferior que han visto ya a los grandes con los pies por encima de la cabeza.

(Fanfarrias. Entran Timón y su séquito. El mensajero de Ventidio habla con él.)

TIMÓN. ¿Decís que está preso?

EL MENSAJERO.-Sí, mi buen señor. Debe veint talentos, y cuanto más exiguos son sus recursos más inexorables se muestran sus acreedores=, Desea que escribáis a los que le han encarcelado. Si se lo rehusáis, entonces ya no hay esperanza para él.

TIMÓN.-¡Noble Ventidio! Está bien. No soy de los,; que rechazan a un amigo cuando necesita de nosotros. Es un caballero que merece que se le ayude; y se le ayudará. Pagaré su deuda y le devolveré la libertad.

EL MENSAJERO.-¡Quedará por siempre agradecido a vuestra señoría!

TIMÓN.-Saludadle en mi nombre. Voy a enviar su rescate. Cuando esté libre, decidle que venga a verme. No basta socorrer inmediatamente al hombre necesitado, sino que hay que ayudarlo luego

Que os vaya bien.

EL MENSAJERO.-Sean con vuestro honor todas las venturas.

(Entra un ateniense anciano.)

EL ATENIENSE ANCIANO.-Señor Timón, escuchad me.

TIMÓN.-Con mucho gusto, buen viejo.

EL ATENIENSE ANCIANO.-¿Tenéis un servidor llamado Lucilio?

TIMÓN.-Sí. ¿Y qué?

76

TIMÓN.-¿Decís que está preso? EL MENSAJERO.-Sí, mi buen señor.

EL ATENIENSE ANCIANO.-Nobilísimo Timón, hacedle comparecer ante vos.

TIMÓN.-¿Está aquí o no? ¡Lucilio!

(Entra Lucilio.)

LUCILLO.-Heme aquí, al servicio de vuestra grandeza.

EL ATENIENSE ANCIANO.-Este mozo, señor Timón, esta criatura que os pertenece, va por las noches a mi casa. Yo soy un hombre que desde que 'nací he practicado la economía, y estoy en una posición que me permite aspirar a una clase más elevada que un encargado de manejar el dinero.

TIMÓN.-¿Qué más?

EL ATENIENSE ANCIANO.-Sólo tengo una hija, que constituye mi única familia, y a la que dejé cuanto poseo. Es una muchacha bonita y de las más jóvenes entre las casaderas; su educación me ha costado muy cara; en fin, reúne todas las buenas cualidades. Y este hombre, de quien sois amo, pretende hacerse amar por ella. Os ruego, pues noble señor, que me ayudéis a prohibirle que frecuentee el trato de mi hija, porque ha sido inútil lo que le he hablado a este respecto.

TIMEN.-Es un hombre honrado.

EL ATENIENSE ANCIANO.-Pues que siga siéndolo, señor. Su honradez es ya bastante recompensa, sin que tenga que llevarse a mi hija.

78

TIMEN.-¿Le ama ella?

EL ATENIENSE ANCIANO.-Es joven y tierna. Las pasiones que hemos sentido en otro tiempo nos enseñan que la juventud es inconsecuente.

TIMEN (a Lucilio).-¿Amáis a esa joven? LUCILLO.-Sí, mi buen señor, y con su consentimiento.

EL ATENIENSE ANCIANO.-Si se casara ella sin el mío, pongo por testigos a los dioses de que escogeré un heredero entre los mendigos de este mundo y la desheredaré.

TIMEN.-¿Qué dote tendrá si se casa con un marido de su condición?

EL ATENIENSE ANCIANO.-Tres talentos, por lo pronto, y más tarde, cuanto poseo.

TIMÓN.-Este buen hombre me ha servido mucho tiempo, y para cimentar su fortuna, voy a hacer un pequeño esfuerzo que considero un deber. Concédeme a tu hija, que yo le daré el contrapeso de la dote que le reserves, y así pesará él tanto como ella. EL ATENIENSE ANCIANO.-¡Oh, el más noble de los señores! Comprométase vuestro honor, y mi hija será de Lucilio.

TIMEN.-Ésta es mi mano. Mi honor responde de mi promesa.

LUCILLO.-Doy las gracias humildemente a vuestra señoría. En adelante, os- lo deberé todo, posición, fortuna.

(Salen Lucilio y el ateniense anciano.)

EL POETA.-Dignaos aceptar mi trabajo y tenga larga vida vuestra señoría.

TIMÉN.-Gracias. En seguida oiréis hablar de mí: no os vayáis... ¿Qué lleváis ahí, amigo mío?

EL PINTOR.-Un trozo de pintura, que suplico vuestra señoría lo acepte.

TIMEN.-Me gusta la pintura. Un retrato es casi un hombre verdadero, porque desde que el des• honor trafica con su naturaleza, el hombre es todo apariencia. Estas figuras pintadas son lo que representan. Aprecio vuestra obra y tendréis la prueba de ello. Esperad aquí hasta que oigáis hablar de mí.

EL PINTOR.-¡Los dioses os guarden! TIMÓN.--Que os vaya bien, señor. mano. Comeremos juntos... Vuestra joya, señor, ha sido estimada con exceso.

EL JOYERO.-¿Cómo, señor? ¿Se la ha despreciado?

TIMEN.-Se han hecho acerca de ella demasiados elogios, sencillamente. Si os la pagara en tanto como se la ha tasado, me arruinaría completamente.

EL JOYERO.-Señor, está valuada en un precio haratísimo. Ya sabéis que, al cambiar de manos, las cosas de valor son estimadas proporcionalmente a

la estimación en que se tiene a sus propietarios. Creedme, querido señor, y dad más valor aún a la alhaja llevándola.

TIMEN.-Buena es la broma.

Dadme lá

EL MERCADER.-No, mi buen señor. Es lo que dice todo el mundo.

TIMÉN.-Mirad quién viene allí. ¿Queréis ser maltratados?

(Entra Apemantol.)

EL JOYERO.-Soportaremos lo que soporte vuestro honor.

EL MERCADER.-No perdona a nadie. TIMÓN.-Buenos días, amable Apemanto. APEMANTO.-Corresponderé a tus buenos días cuando me vuelva amable, es decir, cuando seas el perro de Timón y cuando estos bribones sean honrados.

TIMÓN.-¿Por qué les llamas bribones, si no los conoces?

APEMANTO.-¿No son atenienses? TIMÓN.-Sí.

APEMANTO.-Entonces no me arrepiento dicho.

EL JOYERO.-¿Me conocéis, Apemanto? APEMANTO.-Sí, puesto que te he llamado por tu nombre.

TIMÓN.-Eres orgulloso, Apemanto. APEMANTO.-Sobre todo, me enorgullezco de no parecerme a ti.

de lo

1. Para este personaje, Shakespeare se ha inspirado en Luciano.

81

TIMÓN.-Mirad quién viene allí. ¿Queréis ser maltratados? EL JOYERO.-Soportaremos lo que soporte vuestro honor.

Timón de Atenas - Acto 1

TIMEN.-¿Adónde vas?

APEMANTO.-A golpear los sesos a un ateniense honrado.

TIMEN.-Ésa es una acción que podría costarte la vida.

APEMANTO.-Sí, siempre que golpear sea un crimen que la ley castigue con la muerte. TIMÓN.-¿A ti, qué te parece esta pintura, Apemanto?

APEMANTO.-Muy hermosa por su inocencia. TIMÓN.-¿No crees que es hábil quien la ha hecho?

APEMANTO.-Más hábil es quien ha hecho al pintor, y aun así, mueve a compasión su obra.

EL PINTOR.-¡Sois un perro!

APEMANTO.-Tu madre es de mi especie. ¿Qué es ella, si yo soy un perro?'

TIMEN.-¿Quieres comer conmigo, Apemanto? APEMANTO.-No. Yo no me como a los señores. TIMEN.-Si te los comieses, enfadarías a las damas.

APEMANTO.-¡Ellas sí que se los comen! Por eso tienen el vientre tan abultado.

TIMEN.-¡Qué idea tan libertina! APEMANTO.-¿Te parece así? Pues guárdala para tu daño.

TIMEN.-¿Qué opinas de esta joya, Apemanto?

1. El nombre de perra aplicado a una mujer siempre ha sido una de las injurias más groseras.

William Shakespeare

APEMANTO.-Es menos hermosa que la franquezas, que no cuesta ni un óbolo.

TIMEN.-¿Qué vale?

APEMANTO.-Ni la pena de pensar en ello... Hola, poeta.

EL POETA.-Hola, filósofo.

APEMANTO.-Mientes.

EL POETA.-¿No eres filósofo?

APEMANTO.-Sí.

EL POETA.-Entonces, no miento. APEMANTO.-¿No eres tú poeta?

EL POETA.-Sí.

APEMANTO.-Entonces, mientes. Relee obra, en la que disfrazas a Timón de hombre honrado.

EL POETA.-No le disfrazo, porque es realmente un hombre honrado.

APEMANTO.-Digno de ti y de pagarte tu tarea. Quien se complace con la adulación, es digno del adulador. ¡Oh, cielo, si yo fuese un señor!...

TIMÓN.-¿Qué harías, Apemanto? APEMANTO.-Lo que Apemanto hace al presente. ¡Odiaría al señor con todo mi corazón! TIMÉN.-¿Cómo! ¿Te odiarías a ti mismo? APEMANTO. Sí.

tu

última

TIMÓN.-¿Por qué?

1. Alusión al proverbio. "Plain dealing is a jewel, but they that use it die beggars." (La franqueza es una joya; pero los que la llevan mueren pobres.)

APEMANTO.-¿Por no enfurecerme con mi calidad! ¿No eres tú mercader?

EL MERCADER.-Lo soy, Apemanto. APEMANTO.-¿Sea tu perdición el comercio, si no se encargan de ella los dioses!

EL MERCADER.-Si hay quien se dedique al comercio, es con permiso de los dioses. APEMANTO.-Tu dios es el comercio.
dios!

tu

¡Confúndate

(Toques de trompeta. Entra un mensajero.)

TIMÓN.-¿Qué anuncia esa trompeta?

EL MENSAJERO.-La llegada de Alcibíades y unos veinte caballeros amigos suyos. TIMÓN.-Id a recibirlos, y os ruego que los traigáis aquí.

(Salen algunos individuos del séquito.) Es preciso que comáis conmigo. No os vayáis sin que os haya podido dar las gracias, y al final de la comida enseñadme esa obra... ¡Me alegro de veros! (Entran Alcibiades y sus compañeros.) Bienvenido seáis, señor.
De (Saludan.)

APEMANTO.-¡Que las enfermedades contraigan y sequen vuestras débiles articulaciones! ¡Vamos, tan poca simpatía entre todos estos granujas melifluos y tanta cortesía! El hombre tiene hoy un natural como el del babuino y el mono.

85

William Shakespeare

ALCIBÍADES.-Señor, habéis satisfecho mi deseo, y me alimento con vuestra presencia. TIMÓN.-Bienvenido seáis, señor. Antes de rarnos, pasaremos unos momentos felices diversos placeres. Entremos, os lo ruego. (Salen, menos Apemanto. Entran dos señores.)

SEÑOR 1.º.-¿Qué hora es, Apemanto? APEMANTO.-La hora de ser honrado.

SEÑOR 1.º.-Siempre es hora de ser honrado. APEMANTO.-Tanto mayor es tu yerro, pues no lo fuiste nunca.

SEÑOR 2.º.-¿Vienes al festín del señor Timón? APEMANTO.-Sí, para ver cómo se rellenan de carne los bribones y cómo se calientan con el vino los idiotas.

SEÑOR 2.º.-Adiós, adiós.

APEMAWO.-Eres un necio al decir adiós dos veces. SEÑOR 2.º.-¿Por qué, Apemanto? APEMANTO.-Debiste guardar un adiós porque yo no pensaba darte ninguno.

SEÑOR 1.º.-¡Anda y que te ahorquen! APEMANTO.-No, puesto que lo ordenas tú. Da tus órdenes a tu amigo.

SEÑOR 2.º.-¡Retírate, perro arisco, o te echo de aquí!

APEMANTO.-Como el perro, evitaré la coza del asno.

para ti,

(Se va.)

SEÑOR 1.º.-Tiene horror a la humanidad. ¿Entraremos para poner prueba la liberalidad del señor Timón? Su corazón supera a la bondad misma.

SEÑOR 2.º.-Derrama la bondad a mares. Plutón, el dios del oro, sólo es un mayordomo suyo. No hay ni un mérito que no recompense él con siete veces su valor, ni un regalo que no produzca a quien lo ha hecho otro regalo que supere al primero, traspasando los límites de la gratitud.

SEÑOR 1.º.-Posee el alma más hermosa que jamás gobernó a un hombre.

SEÑOR 2.º.-¡Ojalá sea afortunado por mucho tiempo! ¿Entramos?

SEÑOR 1.º.-Os haré compañía.

(Se van.)

ESCENA II

Sala en casa de Timón

Todo está dispuesto para un banquete. FLAVIO y otros sirven la mesa. Luego entran TIMÓN, ALCIBÍADES, LUCIO, LÚCULO, SEMPRONIO y otros senadores atenienses, con VENTIDIO. Después aparecen APEMANTO, malhumorado, CUPIDO, damas vestidas de amazonas y servidores.

VENTIDIO.-Honorabilísimo Timón, plugo a 1 dioses que se acuerden de la edad de mi padre y llamen a un largo reposo. Se ha marchado contento y me ha dejado rico. Como tengo una deuda de agradecimiento para con vuestro corazón.', generoso, os devuelvo, duplicados con mis gracias y mi reconocimiento, estos talentos a los cuales debo la libertad.

TIMÓN.- No hagáis nada de eso, honrado Ventidio, porque va en menosprecio de mi afecto. Qs he hecho ese obsequio libremente; y nadie podría decir que da si aceptara lo que se le devuelve. Háganlo así nuestros señores los dioses; pero no osemos imitarlos. Las culpas de los poderosos siempre son excusables.

VENTIDIO.-¡Alma noble!

(Todos están de pie, mirando ceremoniosamente a Timón.)

TIMÓN.-Señores, la ceremonia se inventó para dar lustre a la insuficiencia de las acciones, para cuando una acogida carece de sinceridad, para la bondad que se arrepiente de manifestarse. Pero no tiene razón de ser en donde existe verdadera amistad. Sentaos, os lo ruego. Mi fortuna os aprecia más de lo que yo aprecio mi fortuna.

APEMANTO.-¡Vaya, vaya! ¿Conque lo habéis confesado? ¡Lástima no ahorcaran al que lo ha confesado!

TIMÓN.-Bienvenido seáis, Apemanto. APEMANTO.-No me des la bienvenida. Vengo para que mandes que me pongan en la puerta. TIMÓN.- ¡Quita de ahí! Eres un grosero. No tienes carácter de hombre, y eso es censurable. Dicen, señores, que ira furor brevis est; pero este hombre siempre está colérico. Dadle una mesa en la que no pueda sentarse más que al lado de sí

1. Alusión a un proverbio de moda en tiempos de Shakespeare: "Con fess and be hang'd." (Haz tu confesión y que te ahorquen.)

William Shakespeare

mismo. No le gusta la sociedad, y en verdad que no ha nacido para ella.

APEMANTO.-Me quedaré a tu costa y riesgo, Timón. Vengo de observador, te lo advierto. TIMÓN.-No reparo en ti. Para que seas bienveni, do, basta que seas un ateniense. No quiero tener la menor autoridad. Te agradeceré que la comida te cierre la boca.

APEMANTO.-Desprecio la comida, porque soy in, capaz de pagarla con una adulación. ¡oh, dioses; cuántos hombres devoran a Timón sin que él lo advierta! Sufro viendo a tanta gente regar' sus manjares con la sangre de un solo hombre. ¡Y es tari loco que los estimula aún más! ¿Cómo hay hombres que se atrevan a fiarse así de los hombres? Debería invitárselos a venir sin cuchillos, lo cual ahorraría carne y sería más prudente para sus vidas. Podría citar muchos ejemplos de esto. El camarada que, sentado junto a su huésped, corta el pan con él y bebe a su salud, compartiendo su copa, es el que está más dispuesto a matarle. Eso es cosa probada. Si yo fuese un hombre de importancia, tendría miedo de beber en las comidas, no fuera a ser que se buscara el sitio sensible de mi garganta... Los grandes hombres deberían beber provistos de una gola.

1. En tiempos de Shakespeare, cada invitado llevaba su cuchillo, afilándolo, cuando era preciso, en una piedra colgada de una puerta, y se ignoraba el uso del tenedor.

Timón de Atenas - Acto I

TIMÓN (a un invitado).-De todo corazón, señor. ¡Circule la salud a la redonda!

SEÑOR 2.º.-¡Que circule por este lado, mi buen señor!

APEMANTO.-¡Que circule por este lado! ¡Es desaprensivo el compañero! Se aprovecha de la ocasión. ¡Timón, esas saludes te traerán desgracia a ti y a tu bolsa! Ved una bebida demasiado débil para ser pecado. Es el agua honrada, que jamás ha hecho caer en el fango al hombre. El agua es la bebida que corresponde a mi comida. Como el orgullo preside en los festines, no me asombra que no se den las gracias a los dioses.

ACCIÓN DE GRACIAS DE APEMANTO

Dioses inmortales, no solicito la riqueza, ni ruego por más hombre que por mí. Haced que no me vuelva nunca

lo bastante insensato para fiar en el juramento

o en la firma de un hombre, en las lágrimas de una cortesana, en un perro que finge dormir, en un carcelero de mi libertad,

o en mis amigos, si los necesitase. Amén. Así sea.

Los ricos pecan y yo como uvas.

(Bebe y come.)

¡Buena suerte a tu buen corazón, Apemanto! TIMÉN.-Capitán Alcibíades,

¿está al presente vuestro corazón en el campo de batalla? ALCIBÍADES.-

Mi corazón está siempre a vuestro servicio, señor.

TIMÉN.-¿Preferiríais un almuerzo de enemigos a una comida de amigos?

ALCIBÍADES.-Cuando nos sirven al enemigo sano, grandísimo todavía, señor, no hay comida mejor. A mi mejor amigo le deseo un festín semejante.

APEMANTO.-Quisiera entonces que todos los aduladores fuesen enemigos tuyos, porque los matarías y me invitarías al festín.

SEÑOR 1.º.-¡Ojalá tuviéramos la satisfacción, señor, de que pusieseis a prueba nuestros corazones! Rivalizaríamos en demostraros nuestro celo y llegaríamos al colmo del contento!

Timón.-Pues no dudéis de que ocurrirá, mis buenos amigos. Los dioses han decidido que un día tenga yo necesidad de vosotros. Si no, ¿para qué seríais amigos míos? ¿Cómo ibais a recibir, entre mil, este título afectuoso, si no estuviérais ligados a mi corazón antes que los demás? Sinceramente os declaro que he formado de vosotros un concepto mejor que el que pudiera formar vuestra modestia. Dioses, me he dicho, ¿para qué íbamos a tener amigos, si nunca necesitáramos de ellos? Las criaturas vivas serían las más inútiles si jamás pudiesemos servirnos de ellas; pareceríanse a esos dulces instrumentos, encerrados en sus estuches, que guardan sus sonidos para ellos solos. ¡Con frecuencia he deseado verme pobre, para acercarme a vosotros! Hemos nacido para hacer el bien, ¿y qué bien es más nuestro que las riquezas de nuestros amigos? ¡Qué preciosa satisfacción se siente viendo a tantos amigos, semejantes a hermanos, disponer mutuamente de sus fortunas! ¡Alegría ahogada antes de nacer! ¡Mis ojos ya no pueden contener sus lágrimas, y para haceros olvidar su yerro, bebo a vuestra salud!

APEMANTO.-Lloras, para darles de beber, Timón. SEÑOR 2.º.-La alegría ha producido el mismo efecto en nuestros ojos, y en este momento se asemeja a un niño que llora.

APEMANTO.-Ja, ja! Me da risa pensar que ese que me habéis niño es un bastardo.

SEÑOR 3.º.-Os aseguro, señor, emocionado mucho. APEMANTO.-¡Estoy admirado!
(Fanfarria.)

significa esa fanfarria?... ¡Hola!

TIMEN.-¿Qué ¡Un servidor!

EL SERVIDOR (entrando).-Hay ahí unas señoras que tienen muchos deseos de entrar, si lo consentís, señor.

TIMEN.-¿Señoras? ¿Qué quieren?

93

William Shakespeare

EL SERVIDOR.-Vienen con un correo encargado de comunicar sus propósitos, señor. TIMÓN.-Os ruego que las hagáis entrar.
(Entra Cupido.)

CUPIDO.-Salve a ti, digno Timón, y a todos los que disfrutan tus liberalidades. Los cinco sentidos mejores te proclaman su patrón, y con toda libertad vienen a congratular tu corazón pródigo. El oído, el gusto, el tacto y el olfato se levantan de tu mesa embriagados de placer. Mis

compañeras sólo vienen ahora a regocijar tu vista. TIMÓN.-Bienvenidas sean. Hacedlas pasar y acompañelas la música.

(Sale Cupido.)

SEÑOR 1.º.-¡Ya veis, señor, cuán amado sois!

(Música. Vuelve Cupido, seguido de una mascarada de damas vestidas de amazonas, con laúdes en las manos, bailando y tocando.)

APEMANTO.-¡Vaya un día! ¡Qué frívolo enjambre conduce la vanidad! ¡Bailan! ¡Están locas! La gloria de esta vida no es más que una locura, como esa pompa comparada con un poco de aceite y raíces. Por disfrutar del placer, nos volvemos lo

cos; prodigamos las adulaciones por beber el vino de un hombre a quien más tarde rechazaremos con el rencor venenoso de la envidia. ¿Quién vive que no esté depravado o no deprave? ¿Quién muere sin llevarse a la tumba, a guisa de regalo, el desprecio de sus amigos? Yo temería que quienes ahora bailan ante mí me pisoteasen él día menos pensado. Porque está visto que los hombres cierran su puerta al sol poniente.

(Se levantan de la mesa los señores, simulando adorar a Timón. Por complacerle, escogen una amazona y bailan; luego se interrumpen.)

TIMÉN.-Habéis amenizado nuestros placeres, hermosas damas, añadiendo brillantez a una fiesta que no era la mitad de agradable antes de que le hubieseis prestado el atractivo de vuestros encantos, y me felicito de la sorpresa que he organizado. Gracias.

DAMA j.ª.-Señor, habéis visto lo que mejor sabemos hacer.

APEMANTO.-Por mi fe, que lo peor no es más que una suciedad, y dudo que le guste a nadie. TIMÉN.-Señoras, os aguarda un modesto banquete. Dignaos sentaros a él.

TODAS LAS DAMAS.-Te damos las gracias, señor.

(Salen Cupido y las damas.)

TIMÓN.-Señoras, os aguarda un modesto banquete. Dignaos sentaros a él.

TODAS LAS DAMAS. Te damos las gracias, señor.

TIMÉN.-Flavio.

FLAVIO.-Señor. TIMÓN.-Tráeme el cofrecillo. FLAVIO.-Sí, señor.

(Aparte.) ¡Más alhajas! No hay que contrariar sus caprichos. De no ser así, yo le diría... Y a fe mía que debiera decírselo. Cuando haya gastado todo, lamentará que no se le contradijera. ¡Lástima que la generosidad no tenga ojos en la espalda! ¡Así no sería víctima de su corazón el hombre!

(Sale y vuelve con el cofrecillo.)

criados? órdenes.

SEÑOR 1.º.-¿En dónde están nuestros UN SERVIDOR.-Aquí, señor, a

vuestras SEÑOR 2.º.-¿Nuestros caballos? TIMÉN.-Amigos míos, tengo que deciros una palabra. Señor, tengo que haceros un ruego. Aceptad esta alhaja. Dignaos admitirla y llevarla, mi buen señor.

SEÑOR 1.º.-¡He aceptado de vos tantos regalos! TODOS.-Todos los hemos aceptado.
(Entra un servidor)

SERVIDOR 1.º. Señor, ahí están unos nobles del Senado, que acaban de apearse para visitaros. TIMEN.-Bienvenidos sean.

FLAVIO.-Suplico a vuestro honor que oírme algo que os atañe muy de cerca.

se

digne

TIMÓN.-¿De cerca? Entonces te escucharé en otra ocasión. Preparémoslo todo para recibirlos. FLAVIO (aparte).-¡Ya no sé qué hacer!

(Entra otro servidor.)

SERVIDOR 2.º.-Si place a vuestro honor, el señor Lucio os ofrece, en prueba de amistad, cuatro caballos blancos como la leche, con arneos de plata, Timón.-Los acepto gustoso. Que sea recompensado dignamente ese obsequio... (Entra un tercer servidor.) ¿Qué noticias traes?

SERVIDOR 3.º.-Señor, un noble ilustre, el señor Lúculo, solicita mañana vuestra compañía para! cazar con él, si accedéis a ello, y envía a vuestra honor dos parejas de lebreles.

TIMÓN.-Cazaré con él. No recibáis el regalo sin dar a cambio una buena recompensa.

FLAVIO (aparte).-¿En qué va a parar todo esto? ¡Nos recomienda que nos aprovisionemos y haga mos presentes magníficos, y todo esto hay que sacarlo de un cofre vacío! No quiere saber el estado de su bolsa, ni me permite que le dé a conocer la pobreza a que se halla reducido su corazón y la' imposibilidad de satisfacer sus deseos. Tan superiores son sus promesas a su situación, que cada palabra que dice representa una nueva deuda Debe en cuanto abre la boca. Ahora paga los intereses de su generosidad. Todos sus bienes están hil potecados. ¡Quisiera abandonar mi puesto por

98

Timón de Atenas - Acto I

gusto, antes de hacerlo por fuerza! El que no tiene que alimentar amigos es más dichoso que aquel cuyos amigos son peores que enemigos. ¡Me sangra el corazón de pena por mi amo!

(Se va.)

TIMÓN.-OS engañáis rebajando así vuestros méritos. Tomad, señor, una bagatela en prueba de amistad. -

SEÑOR 2.º.-La recibo con extraordinario agradecimiento.

SEÑOR 3.º.-¡Es el alma misma de la generosidad! TIMÓN.-Ahora recuerdo, señor, que habéis elogiado un caballo bayo que montaba yo el otro día. Vuestro es, ya que os gusta.

SEÑOR 3.º.-Os suplico que me perdonéis, señor. TIMEN.-Os he cogido la palabra. Un hombre no alaba más que lo que aprecia. Cuando peso los sentimientos de mis amigos, pongo los míos de contrapeso. Os digo la verdad. Iré a devolveros la visita.

TODOS Los SEÑORES.-Nadie será tan bien acogido.

TIMÉN.-Tan agradables son para mi corazón todas vuestras visitas, que estoy quedando mal con vosotros, porque quisiera distribuir reinos entre mis amigos, sin cansarme nunca. Alcibíades, como eres un soldado, a menudo tendrás escaseces; Por consiguiente, es caritativo obsequiarte. Vives de la muerte y no tienes otras tierras que los campos de batalla.

ALCIBÍADES.-Malas tierras, señor.

SEÑOR 1.º.-Os estamos tan lealmente agradecidos....

TIMEN.-Como yo a vosotros.

SEÑOR 2.º.-Os somos tan infinitamente adictos... TIMEN.-Os deseo todo género de prosperidades. ¡Luces, más luces!

SEÑOR 1.º.-Goza de la mejor de las prosperidades. ¡Señor Timón; honor y fortuna! TIMÓN.-Siempre dispuesto a servir a mis amigos.

(Salen Alcibíades y los señores.)

APEMANTO.-¡Qué confusión, cuántas inclinaciones de cabeza, cuántos traseros sacados! Dudo de que sus bajezas valgan las sumas con que se las paga. ¡Hay mucha hez en la amistad! Los corazones hipócritas no deberían tener piernas tan flexibles. ¡Así es como los tontos honrados malgastan sus riquezas a cambio de reverencias! TIMEN.-Apemanto, si no fueras tan huraño, yo sería bueno para ti.

APEMANTO.-No quiero nada. Si, a mi vez, me dejara corromper, no habría nadie que te dijera la verdad y harías más tonterías aún. A fuerza de dar, Timón, temo que no tardes en darte a ti mismo en un papel. ¿A qué conducen estas fiestas, estos lujos y estas magnificencias vanas?

100

TimÓN.-Si vuelves a gruñir en público, me he jurado no escucharte más. Adiós, y vuelve con una música mejor.

(Se va.)

APEMANTO.-No quieres escucharme ahora. Pues no me oirás nunca. Cerraré la puerta de tu saludo. ¿Por qué los oídos de los hombres están sordos a los consejos y no a la adulación?

(Se va.)

acto II

ESCENA I

Un aposento en el palacio de un senador
UN SENADOR con papeles en la mano; luego CAFIS

E. SENADOR.-Últimamente, ha pedido cinco mil a Varrón. A Isidoro le debe nueve mil, que, con las otras sumas, dan un total de veinticinco mil. ¡Y está dispuesto a malgastar más! Esto no puede durar, y no durará. Si necesito oro, no tengo más que robar el perro a un mendigo y dárselo a Timón, porque el perro se convierte en monedas. Si quiero vender mi caballo y comprar otro veinte veces mejor, regalo mi caballo a Timón, sin pedir nada por él, y mi caballo me producirá diez caballos excelentes. En su puerta no hay portero, sino un hombre que sonrío e invita a entrar a todos los

103

William Shakespeare

que pasan. Esto no puede durar. No hay nada q haga suponer razonablemente que dure tal estad de cosas. ¡Cafis! ¡Hola! ¡Cafis!
(Entra Cafis.)

CAFIS.-Aquí estoy, señor. ¿Qué deseáis?

EL SENADOR.-Ponte la capa y corre a casa del se ñor Timón. Insiste en pedirle mi dinero. No d ¡es que te interrumpa con la frase de: "Saluda en mi nombre a vuestro amo", mientras das vuel tas al gorro con la mano derecha, y dile que ten go necesidades imperiosas, que me ha llegado e turno de servirme de lo que me pertenece, qu han expirado ya todos los plazos y que he arruí nado mi crédito por tener confianza en la fech de sus pagos. Añade que le quiero y que le guar do todo género de consideraciones; pero que n puedo romperme los riñones por curarle un dedo'

s

a él, que mis necesidades urgen, y por última,; que, después del servicio que le he prestado, n se me debe despedir ni burlar con palabras, sino reembolsarme mi dinero inmediatamente. Ve pon cara de hombre que no se deja convence rostro de persona que exige. Aunque todavía tic ne todas las plumas de sus alas, me temo que señor Timón sea desplumado como un gullt,

1. El gull es un pájaro apreciado por la rareza de plumas.

104

eso que ahora resplandece chate ya.

CAFIS.-Voy, señor.

EL SENADÓR.-Llévate

estos

en las fechas. CAFIS.-Sí, señor. EL SENADOR.-Vete.

En casa de Timón

Entra FLAVIO con unos documentos en la mano; luego CAFIS y LOS SERVIDORES de Isidoro y de Varrón, TIMÓN, ALCIBÍADES y señores, APEMANTO, UN LOCO, UN PAJE, FLAMINIO, SERVILIO y otros servidores.

FLAVIO.-¡Ni cuidado ni medida! ¡Está tan desprovisto de sentido común, que no quiere saber siquiera el modo de cubrir sus gastos, ni poner freno a sus disipaciones! No se da cuenta del estado de cosas; no se preocupa de lo que pueda quedarle. Jamás hubo espíritu tan alocado a fuerza de ser bueno. ¿Qué hacer? No querrá es
(Se van.)

ESCENA II

Como documentos un fénix.
y fíjate

cuchar nada hasta que no esté completamente caído. Es preciso que tenga yo con él una explicación en cuanto vuelva de cazar. ¡Ay, ay!

(Entran Ca fis y los servidores de Isidoro y garrón.)

CAFIS.-Buenas tardes, Varrónl. ¿Venís a nero?

EL SERVIDOR DE VARRÓN.-¿No venís vos a lo mismo?.

CAFIS.-Naturalmente. ¿Y vos, Isidoro? EL SERVIDOR DE ISIDORO.-

También. CAFIS.-¡Ojalá se nos pague!

EL SERVIDOR DE VARRÓN.-Me temo lo contrario. CAFIS.-Aquí viene nuestro señor.

(Entran Timón, Alcibíades y señores.)

por di

TIMÉN.-En cuanto acabemos de comer volveremos al campo, Alcibíades. ¿Qué queréis vosotros? CAFIS.-Aquí está la cuenta de algunas deudas.

Timón.-¿Deudas? ¿De dónde sois?

CAFIS.-De Atenas, señor. TIMEN.-Id a ver a mi mayordomo. CAFIS.-No se incomode vuestra señoría; pero es el caso que este mes ha ido demorando el pago de

1. Ya en tiempos de Shakespeare era costumbre entre los criados darse mutuamente el nombre de sus amos.

Timón de Atenas - Acto II

día en día. Mi amo necesita recuperar lo que le pertenece, y os ruega humildemente que en esta ocasión os conduzcáis de modo que no desmienta vuestras cualidades, es decir, devolviéndole lo se le debe.

TIMÓN.-Vuelve a buscarme ñana, honrado amigo mío. CAFIS.-No, mi buen señor. TIMÉN.-Tranquilízate, buen amigo mío.

EL SERVIDOR DE VARRÓN.-YO soy servidor de Varrón, mi buen señor...

EL SERVIDOR DE ISIDORO.-Yo vengo de parte Isidoro. Con toda humildad, os ruega que le paguéis inmediatamente.

CAFIS.-Si supieseis, señor, las necesidades de mi amo...

que

mañana por la made

EL SERVIDOR DE VARRÓN.-Esta deuda, so pena de arresto, data de seis semanas, y las seis semanas han transcurrido ya...

EL SERVIDOR DE ISIDORO.-Vuestro mayordomo

me ha estado entreteniéndome, señor, y hoy vengo enviado expresamente a ver a vuestra señoría. TIMEN.-¡Dejadme respirar! Dispensad, mis buenos señores, que en seguida estaré con vosotros. (Salen Alcibíades y los señores. A Flavio.) Os ruego que os acerquéis. ¿Qué pasa en el mundo para que se me abrume a mí con documentos sin pagar y deudas antiguas que afectan a mi honor? FLAVIO.Señores, ahora no es momento oportuno para ventilar estos asuntos. Tened la bondad de esperar hasta después de comer. Entretanto, explicaré a su señoría por qué no se os ha pagado. TIMÓN.-Os lo ruego, amigos míos. Cuidad de que se les trate bien.

(Se va.)

FLAVIO.-Os ruego que me sigáis.

(Se va. Entran Apemanto y un loco.)

CAFIS.-Deteneos. Mirad el loco que viene con Apemanto. Vamos a divertirnos.

EL SERVIDOR DE VARRÓN.-¡Qpe le ahorquen! ¡Nos va a insultar!

EL SERVIDOR DE ISIDORO.-¡Sea la peste con ese perro!

EL SERVIDOR DE VARRVN.-¿Qué tal va, loco? APEMANTO.-¿Hablas con tu sombra?

EL SERVIDOR DE VARRÓN.-No, hablo contigo. APEMANTO.-No, te hablas a ti mismo. (Al loco.) Vámonos.

EL SERVIDOR DE ISIDORO (al servidor de Varrón).Ya tienes al loco colgado de tus hombros. APEMANTO.-No, porque te sostienes sobre piernas y no sobre él.

CAFIS.-¿Quién es el loco ahora?

APEMANTO.-El que me lo acaba de preguntar. ¡Pobres hambrones, lacayos de usureros, mediadores entre el oro y la necesidad!

tus

108

Timón de Atenas - Acto II

TODOS.-¿Qué somos nosotros, Apemanto? APEMANTO.-¡Asnos!

TODOS.-¿Por qué?

APEMANTO.-Porque me preguntáis lo que sois, y no lo sabéis vosotros mismos. Contéstales, loco. EL Loco.-¿Cómo estáis, hidalgos? TODOS.- Muchas gracias, buen loco. ¿Cómo está vuestra ama?

EL Loco.-Siempre tiene agua caliente para escaldar pollos como vosotros. Quisiera veros en Corintol.

APEMANTO.-¡Oh, Dios! ¡Muchas gracias!

(Entra un paje.)

EL Loco.-Mirad, ahí viene el paje de mi ama. EL PAJE (al loco).-Hola, capitán. ¿Qué hacéis en tan buena compañía? ¿Cómo te va, Apemanto?

APEMANTO.-Quisiera tener en la boca unos cuantos palos para contestarte debidamente.

EL PAJE.-Te ruego, Apemanto, que me leas la dirección de estas cartas, porque no entiendo de eso. APEMANTO.-¿No sabes leer?

EL PAJE.-No.

APEMANTO.-Entonces, no perderá gran cosa la ciencia el día en que te ahorquen. Ésta es para el señor Timón. Esta otra para Alcibíades. Vete. Naciste bastardo y morirás cabrón.

1. Corinto era la palabra con que se designaba un burdel.

EL PAJE.-A ti te ha parido una perra y morirás de hambre como un perro. No repliques, que ya me voy.

(Se va.)

APEMANTO.-Es el mayor servicio que nos puedes hacer. Loco, voy a ir con vos a casa del señor Timón.

EL Loco.-¿Queréis dejarme allí? APEMANTO.-Si Timón está en su casa... Vosotros tres servís a tres usureros.

Los SERVIDORES.-Sí. ¿Por qué no -nos servirán ellos a nosotros?

APEMANTO.-Me gustaría eso, porque sería divertido contemplar cómo un verdugo servía a un ladrón.

EL toco.-¿Los tres sois criados de usureros?

Los SERVIDORES.-Sí, loco.

EL toco.-No conozco ni un usurero que no tenga un loco a su servicio. Mi ama es usurera, y yo soy su loco. Cuando las gentes van a pedir prestado a vuestros amos, se acercan tristes y se marchan alegres. Cuando entran en casa de mi ama, entran alegres y salen tristes. ¿Por qué razón?

EL SERVIDOR DE VARRÓN.-Podría daros una. APEMANTO.-Pues dásela, para que te tildemos de putaño y de granuja, lo cual no hará que se te estime menos.

Timón de Atenas - Acto II

EL SERVIDOR DE VARRÓN.-¿Qué se entiende por putaño, loco?

EL Loco.-Un loco bien vestido; algo parecido a ti. Es un espíritu. A veces tiene la apariencia de un señor; a veces, la de un legista; a veces, la de un filósofo con dos piedras además de su piedra filosofall. Con frecuencia parece un caballero. En fin, es un espíritu que se pasea generalmente bajo todos los aspectos que un hombre puede tomar y dejar entre los dieciséis ochenta años.

EL SERVIDOR DE VARRÓN.-No eres

y los
loco del
todo.

EL LOCO.-Ni tú cuerdo del todo. Te falta tanta cordura como locura poseo yo.

APEMANTO.-Esa respuesta es digna de Apemanto. TODOS LOS SERVIDORES.-¡Paso, paso, que viene el señor Timón!

(Entran Timón y Flavio.)

APEMANTO.-Ven conmigo, loco, ven.

EL LOCO.-No siempre he de seguir a un amante, a un hermano mayor o a una mujer. A veces sigo a un filósofo.

(Salen Apemanto y el loco.)

1. En la época de Shakespeare se buscaba con ahínco la piedra filosofal.

William Shakespeare

FLAVIO.-Quedaos cerca. Tengo que hablaros en seguida.

(Salen los servidores.)

TIMÓN.-¡Me asombráis! ¿Por qué, hasta ahora, no me habéis expuesto la situación francamente, para que yo pudiese amoldar mis gastos a mis recursos?

FLAVIO.-No queríais escucharme cuando os lo proponía.

TIMÓN.-Quizá escogisteis el momento en que yo .estaba mal dispuesto a oídos, y el contratiempo os sirve de excusa.

FLAVIO.-¡Oh, mi buen señor! Cuando os presentaba mis cuentas las rechazabais, diciendo que las fiabais a mi honradez. A cambio de cualquier pequeño obsequio, me ordenabais hacer otro más importante; yo meneaba la cabeza, lloraba, y aun a trueque de faltaros al respeto, os suplicaba que cerraseis la mano. ¡Cuántas veces sufrí reprimendas vuestras porque os había indicado la mengua de vuestra situación y el aumento de vuestras deudas! Mi muy amado señor, puesto que ahora me escucháis (¡aunque demasiado tarde!), ha llegado el momento de que os lo manifieste: la mayor parte de vuestro haber no bastará a pagar la mitad de vuestras deudas.

TIMÓN.-¡Que se vendan todas mis tierras!

TIMÓN. ¡Me asombráis! ¿Por qué, hasta ahora, no me habéis expuesto la situación francamente, para que yo pudiese amoldar mis gastos a mis recursos?

FLAVIO.-Todas están empeñadas, y algunas confiscadas y perdidas. Lo que resta, con dificultad cerraría la boca a los acreedores actuales. Y el

porvenir viene a pasos agigantados. ¿Qué haremos en ese interregno? En definitiva, ¿qué va a ser de nosotros?

TMÓN.-¡Mis tierras se extienden hasta Lacedemonia!

FLAVIO.-¡Oh, mi buen señor! El mundo puede abarcarse con una palabra, y si os perteneciese y pudieseis darlo en un soplo, ¿qué pronto se perdería!

TMÓN.-¡Dices la verdad!

FLAVIO.-Si sospecháis de mi administración o quizás de mi lealtad, demandadme ante severos árbitros y sometedme a una información. ¡Los dioses me bendigan! Mientras vuestras reposterías estaban llenas de parásitos intemperantes, mientras vuestras bodegas estaban anegadas de vino derramado, mientras cada uno de vuestros aposentos ardía en luces y resonaba con música, yo me retiraba a un rincón solitario y sollozaba allí.

Timón.-¡Basta, te lo ruego!

FLAVIO.-¡Cielos, decía yo, qué bueno es este señor! ¡Cuántas prodigalidades se han tragado esta noche esos granujas y esos patanes! ¿Quién no se proclama propiedad de Timón ahora? ¿Qué corazón, qué cabeza, qué ser, qué fuerza, qué medios no se le ofrecen? ¿No es Timón el grande, el noble, el honorable, el real Timón? ¡Cuando se

agoten los recursos que pagan estas adulaciones, también se extinguirá con ellos el soplo que las impulsa! Lo que se gana a la mesa, luego se pierde con el ayuno. Cuando una nube de invierno desata la lluvia, desaparecen las moscas.

TIMÓN.-Escucha, no me sermonees más. Mi corazón no ha tenido todavía generosidades de las que deba ruborizarse. Quizás he podido dar locamente, pero nunca vergonzosamente. ¿Por qué lloras? ¿Te falta conciencia hasta el punto de creer que van a faltarme los amigos?

Tranquilízate. Si quiero beber en los vasos de la amistad y poner a prueba los corazones pidiendo, dispondré de los hombres y de sus fortunas con tanta facilidad como puedo ordenarte que hables.

FLAVIO.-¡Ojalá los acontecimientos no os hagan perder las esperanzas!

TMÓN.-En cierto modo, es tan oportuno el estado apremiante en que me hallo, que lo bendigo. Gracias a él, puedo poner a prueba a mis amigos. Ya veréis cómo tenéis una idea equivocada de mi fortuna. Soy rico por mis amigos. ¡Hola! ¡Que venga alguien! ¡Flaminio, Servilio!

(Entran Flaminio, Servilio y otros servidores.)

LOS SERVIDORES.-Señor, señor.

Timón.-Algunos de vosotros tenéis que hacerme unos recados... Vos iréis a casa del señor

William Shakespeare

Lucio... Vos, a casa del señor Lúculo. Hoy he cazado con su honor... Vos, a casa de Sempronio. Saludadlos en mi nombre y decidles cuánto me alegro

de poder tener ocasión de utilizarlos para un préstamo de dinero. Pedidles cincuenta talentos.

FLAMINIO.-Se hará tal y como habéis dicho, señor.

FLAVIO (aparte).-¿El señor Lucio y el señor Lúculo? ¡Hum!

TIMÓN (a otro servidor).-Vos, a casa de los senadores. En los días de mi opulencia, tenía derecho a hacerme escuchar de ellos... Decidles que al instante me envíen mil talentos. FLAVIO.-Creyéndolo el medio más seguro, me he tomado la libertad de ofrecerles vuestra firma y vuestro nombre. Han meneado la cabeza y no he vuelto más rico.

TIMÓN.-¿Es cierto? ¿Puede ser así? FLAVIO.-Responden a una que sus fondos han disminuido, que necesitan dinero, que no pueden hacer lo que ellos quisieran... que lo sienten mucho... Sois un hombre honrado... Ellos desearían... No saben... Pero vos tenéis la culpa... Una naturaleza noble puede cometer un error... Ellos querrían poder... Es una lástima... ¡Y acto seguido, so pretexto de asuntos graves, con ojos recelosos, terminadas sus malévolas reflexiones, saludando a medias y moviendo la cabeza fríamente, guardan un silencio glacial!

TIMÓN.-¡Oh, dioses, recompensadlos! Tranquilízate, te lo ruego. Esos viejos compañeros son ingratos por herencia. Apenas circula su sangre, coagulada, fría. Si no son buenos, es porque carecen de buen calor. Cuando se inclina hacia la tierra, el hombre se prepara al viaje volviéndose triste y taciturno. (A un servidor.) Ve en busca de Ventidio. (A Flavio.) No te pongas melancólico. Eres un hombre honrado y leal; te lo digo como lo pienso. No mereces la menor censura. (Al servidor.) Ventidio ha enterrado a su padre. Esa muerte le deja en muy buena posición. Cuando era pobre y estaba preso y privado de amigos, le socorrí con cinco talentos. Transmítele mi amistad y dile que su amigo tiene un apuro apremiante y que este apuro le obliga a reclamar urgentemente los cinco talentos. (A Flavio.) Cuando se cobren se les entregarán a esos que reclaman lo suyo. ¡No digas ni creas nunca que la fortuna de Timón va a decaer mientras tenga amigos!

FLAVIO.-Quisiera no poder creerlo. Ese pensamiento repugna a la bondad. El hombre generoso cree que también lo son los demás.

(Se van.)

acto M

ESCENA 1

En casa de Lúculo

FLAMINIO, aguardando. Entra UN SERVIDOR, que se dirige a él; luego LÚCULO

EL SERVIDOR.-He dicho a mi señor que aquí. Bajaré en seguida.

FLAMINIO.-Gracias, señor.

(Entra Lúculo.)

EL SERVIDOR.-Ya viene mi señor.

LÚCULO (aparte).-¡Un criado del señor Timón! Apuesto que trae un regalo. Llega justo a tiempo. Esta noche he soñado con una jofaina y con estabais

William Shakespeare

un jarro de plata. (A Flaminio.) Flaminio, honrado Flaminio, bienvenido seáis muy respetuosamente, señor. (Al servidor) Tráeme vino. (Sale el servidor.) ¿Y cómo está el honorable, el perfecto, el cordial magnate de Atenas, tu excelente señor y amo?

FLAMINIO.-De salud bien, señor. LÚCULO.-Estoy satisfechísimo de que sea buena su salud. ¿Y qué ocultas debajo de tu manto, amable Flaminio?

FLAMINIO.-Por mi fe, nada más que un cofrecillo vacío, señor. A instancias de mi amo, vengo a suplicar a vuestro honor que lo llene. Teniendo mi amo una necesidad tan grande como apremiante de cincuenta talentos, me ha enviado a ver a vuestra señoría para que se los dé, no dudando de que le ayudaréis inmediatamente.

LÚCULO.-¡Ta, ta, ta, ta! ¿No dudando, dice? ¡Ay! Sería un buen señor, un noble caballero, si no desplegara tanto lujo. Muchas veces que he comido con él, he aludido a eso; incluso me he quedado a cenar en su casa, para recomendarle que tuviera economía. Pero no ha querido escuchar ningún consejo, ni darse por enterado a mi llegada. Cada hombre tiene su debilidad, y la suya es la honradez. Se lo he dicho, y jamás pude corregirle de ella.

(Vuelve el servidor con vino.)

120

EL SERVIDOR.-Aquí está el vino que quiere vuestra señoría.

LvcULO.-He observado, Flaminio, que siempre fuiste prudente. A tu salud.

FLAMINIO.-Vuestra señoría quiere divertirse conmigo.

LÚCULO.-Siempre te he tenido por un espíritu dócilmente activo (te doy tu merecido), por un espíritu que sabe lo que conviene a la razón y que sabe servirse de la ocasión cuando la ocasión le sirve. En ti hay excelentes cualidades. (Al servidor) ¡Vete, galopín! (Sale el servidor.) Acércate, honrado Flaminio. Tu amo es un caballero muy bueno; pero tú eres discreto, y aunque vengas a mí, sabes perfectamente que no es éste el momento de prestar dinero, sobre todo sin otra garantía que la de una amistad que no ofrece seguridad ninguna. Toma tres solidarios) para ti. Cierra los ojos, muchacho, y di que no me has encontrado. Adiós.

FLAMINIO.-¿Es posible que cambie el mundo hasta este punto y que vivamos todavía? (Tirando el dinero.) ¡Vuelve con quien te adora, condenada bajeza!

LÚCULO.-¡Ah! ¡Ya veo que eres un loco, cortado por el patrón de tu amo! (Se va.)

1. Son muchos los comentaristas que suponen que el solidario era una moneda inventada por Shakespeare.

EL SERVIDOR.-Aquí está el vino que quiere vuestra señoría. LÚCULO. He observado, Flaminio, que siempre fuiste prudente. A tu salud.

FLAMINIO.-Vuestra señoría quiere divertirse conmigo.

FLAMINIO.-¡Ojalá este dinero se sume al que ha de condenarte, y sea tu tormento el metal en fusión, ya que contribuyes a la desdicha de un amigo y no tienes nada de amigo! ¡Débil es su amistad, y tan lechoso su corazón, que se corrompe en menos de dos noches! ¡Oh, dioses, siento cólera por mi amo! ¡Ese miserable todavía digiere los manjares que ha comido en casa de mi amo! ¿Por qué se digieren y alimentan, cuando el que los come se transforma en veneno? ¡Ojalá le aquejen las enfermedades, y cuando esté enfermo de muerte, la fuerza vital a que ha contribuido mi amo sirva, no para vencer su mal, sino para prolongarlo!

(Se va.)

ESCENA 11

Una plaza pública

Entra Lucio seguido de tres EXTRANJEROS; luego, SERVILIO

LUCIO.-¿Quién, el señor Timón? Es un excelente amigo y un caballero muy honorable. EXTRANJERO 1.º.-Por tal le conocemos, aunque para él no seamos más que extranjeros. Pero puedo deciros una cosa, señor. Según es público rumor, han pasado las horas felices de Timón, y su fortuna cae en ruinas.

Lucio.-No deis crédito a eso, pues no es posible que esté apurado de dinero.

EXTRANJERO 2.º.-¿Creeréis, señor, que aún no hace mucho tiempo ha estado un criado suyo en casa del señor Lúculo a pedirle varios talentos? Por cierto que insistió mucho y advirtió la necesi su señor. Pues bien; se le re

dad que de ellos tenía husaron. Lucio.-¿Cómo? EXTRANJERO 2.º.-Os repito que se le rehusaron, señor.

Lucio.-¡Qué extraño! ¡Por los dioses, que me dejáis muy avergonzado! ¡Rehusar algo a un hombre tan honorable! ¡Eso es dar prueba de tener muy poco honor! Por mi parte, confieso que he recibido de él algunos regalitos, como dinero, vajilla, joyas y otras bagatelas; pero no hay comparación con lo que ha recibido Lúculo. Pues bien; si por error se hubiera dirigido a mí, yo jamás le habría rehusado los talentos que necesitara.

(Entra Servilio.)

SERVILIO.-¡Por fortuna, aquí está el señor! He estado buscando a vuestro honor... Mi honrado señor...

Lucio.-¡ Servilio! Tengo mucho gusto en veros, señor. Que os vaya bien. Transmitid a vuestro honorabilísimo y virtuosísimo amo el testimonio de mi más sincera amistad.

SERVILIO.-Con permiso de vuestro honor, mi amo os envía...

Lucio.-¡Ah! ¿Qué envía? Estoy muy agradecido a ese señor. ¡Siempre envía algo! Dime cómo puedo corresponderle. ¿Y qué envía?

SERVILIO.-Os envía una súplica solamente, señor. Se dirige a vuestra señoría para que le adelante algunos talentos.

Lucio.-Ya comprendo. Su señoría quiere darme una broma. ¿Cómo va a tener necesidad ni de cinco mil talentos?

SERVILIO.-Es menos lo que necesita, señor. Si no fuera urgente el caso, no insistiría yo la mitad de lo que insisto.

Lucio. Pero ¿habláis en serio, servidor? SERVILIO.-Por mi alma, que es de verdad, señor. Lucio.-¡Qué estúpido he sido al quedarme sin dinero, cuando tenía tan buena ocasión de mostrarme honorable! ¡Qué inoportuno he sido!

¡Ayer compré un rinconcillo insignificante de tierra, porque no podía esperar que se me hiciese tal honor! Pongo a los cielos por testigo, Servilio, de que no puedo prestarle ese servicio. ¡Te digo que soy un bruto! Esos caballeros pueden dar fe de que precisamente iba yo a recurrir al señor Timón. ¡Ahora, ni por toda la fortuna de Atenas

quisiera haberlo hecho! Saluda muy afectuosamente a tu amo. Espero que su honor seguirá estimándome, a pesar de mi imposibilidad de prestarle ese servicio. Decidle de mi parte que es una de mis mayores aflicciones la de no poder complacer a un caballero tan honorable. Buen servidor, ¿quieres hacerme la merced de repetirle mis propias palabras?

SERVILIO.-Sí, señor.

LUCIO.-Te lo agradeceré, Servilio. (Sale Servilio.) Es verdad lo que decís; Timón se viene abajo. ¡Jamás llega lejos aquel a quien una vez se le rehúsa algo!

(Se va.)

EXTRANJERO 1.º.-¿Habéis observado esto, Hortilio?

EXTRANJERO 2.º.-Demasiado.

EXTRANJERO 1.º.-Así es el mundo. Todos los aduladores son iguales. ¿Quién puede llamar su amigo al que come en su plato?'. Según tengo entendido, Timón ha sido un padre para este señor, le ha sostenido el crédito con su bolsa y le ha ayudado al mantenimiento de la casa. Hasta los salarios de los criados de Lucio los ha pagado el dinero de Timón. Este hombre no ha bebido nunca, sin que el dinero de Timón le humedeciera los labios. Y sin embargo (ved cuán truíso es el hombre cuando aparece

ma de un ingrato), a pesar de húsalo lo que un

mendigos. EXTRANJERO eso! EXTRANJERO
monsbajo la forlea
fortuna, daría
relos
su
hombre caritativo

3.º.-¡La religión se resiente con

1.º.-Por mi parte, nunca he puesto a prueba a Timón, ni me he aprovechado de ninguna de sus liberalidades para poder llamar me amigo suyo. Sin embargo, al ver la nobleza de su alma, el resplandor de su virtud y su conducta, admiro tanto su corazón, que no vacilo en afirmar que, si la necesidad le obligara a recurrir a mí, haría dos partes de mi fortuna, y la mitad mejor sería para él. Pero ahora advierto que los hombres deben aprender a prescindir de la piedad, porque el interés triunfa de la conciencia.

(Se van.)

ESCENA III

En casa de Sempronio

SEMPRONIO y UN SERVIDOR de Timón

SEMPRONIO.-¿Por qué me importunará antes a mí que a los demás? Podía haberse dirigido a Lucio o a Lúculo. También es rico Ventidio, a quien sacó de la cárcel. ¡Los tres le deben su posición!

EL SERVIDOR.-Señor, los tres han pasado por la piedra de toque; pero han sonado a falso, pues los tres le han negado lo que pedía.

SEMPRONIO.-¡Cómo! ¿Se lo han negado? ¿Ventidio y Lúculo se lo han negado, y se dirige a mí ahora? ¿Los tres? ¡Bah! Eso demuestra, por su parte, muy poca amistad y muy poco juicio. ¿Por qué voy a ser yo su último refugio? ¿Le abandonan, como médicos, sus amigos, y quiere que yo dé con el remedio entonces? ¡Me ha molestado profundamente, y le guardo rencor por ello! ¡Podía saber quién soy! ¡No me explico cómo no ha tenido la delicadeza de solicitarme primero, porque, en conciencia, soy el primer hombre que ha recibido regalos suyos! ¿Y me estima tan poco, que supone que sería yo el último en demostrarle mi agradecimiento? No. ¡Entonces sería yo motivo de befa para los demás y pasaría por un loco entre los señores! Aun cuando fuera triple

Timón de Atenas - Acto III

la suma pedida, hubiera querido que recurriese a mí preferentemente. ¡Aunque sólo fuera por mantener mi reputación, con gusto le habría beneficiado! Ahora puedes marcharte, y a la fría respuesta de los otros puedes añadir también ésta: "¡Quien lastima mi honor, no verá mi dinero!"

(Se va.)

EL SERVIDOR.-¡Perfectamente! ¡Vuestra señoría es un granuja! El diablo se engañaba a sí mismo cuando creó al bribón, pues empiezo a creer que las villanías de los hombres acabarán por hacer que parezca un infeliz. ¡Cómo se ha esforzado este señor por embellecer la negrura de su alma! Para ser malo, fingía apariencias de bondad, como las personas que, simulando una adhesión calurosa, prendieran fuego a un reino. De la misma clase es su amistad. Era la mayor esperanza de mi amo. Ahora le abandonan todos, menos los dioses; ahora han muerto sus amigos. Sus puertas, que en los años prósperos nunca estaban cerradas, en adelante servirán para mantener en seguridad a su dueño. ¡Y éste es el resultado de tantas liberalidades sucesivas! ¡El que no ha sabido guardar su riqueza debe guardar su casa! (Se va.)

ESCENA IV

En casa de Timón

Entran DOS SERVIDORES de Varrón y EL SERVIDOR de Lucio, y se encuentran con TITO, HORTENSIO y otros servidores de los acreedores de Timón, que aguardan a que salga; luego FILOTO, FLAMINIO, FLAVIO, SERVILIO y TIMEN.

SERVIDOR 1.º DE VARRÓN.-¡Feliz encuentro! nos días, Tito y Hortensio.

TITO.-Buenos días, querido Varrón. HORTENSIO.-¡Lucio! ¡Qué casualidad encontrarnos aquí!

Bue

EL SERVIDOR DE Lucio.-Sí, y supongo el motivo que nos reúne a todos. Porque el mío es el dinero. TITO.-También el de ellos y el nuestro. (Entra Filoto.)

EL SERVIDOR DE LUCIO.-¡Filoto también! FILOTO.-Buenos días tengáis todos.

EL SERVIDOR DE Lucio.-Bien venido seas, hermano. ¿Qué hora creéis que será? FILOTO.-El tiempo marcha camino de la nona.

buen

EL SERVIDOR DE LUCIO.-¿Ya? FILOTO.-¿No habéis visto al amo todavía? EL SERVIDOR DE Lucio.-Todavía no.

FILOTO.-Es chocante. Acostumbra brillar a las siete.

EL SERVIDOR DE LUCIO.-Sí; pero los días se han acortado para él. La carrera de un pródigo es como la del sol, con la diferencia de que no vuelve a salir. Temo que para la bolsa del señor Timón haya llegado el invierno más crudo. Quiero decir que, aunque se hurgue hasta el fondo, no se encontrará gran cosa.

FILOTO.-Comparto vuestro temor. TITO.-Os haré observar un detalle. Vuestro amo os envía en busca de dinero. extraño.

HORTENSIO.-Nada más cierto.

TITO.-Pues bien; en este momento lleva las alhajas que le ha dado Timón y cuyo pago vengo a reclamar.

HoRTENSIO.-Yo vengo a disgusto.

EL SERVIDOR DE LUCIO.-De manera que Timón tiene que pagar más de lo que debe. Observad lo extraño de la cosa. Es como si vuestro amo le reclamase el pago de las alhajas que lleva él mismo.

HoRTENSIO.-Los dioses son testigos de que estoy avergonzado de esta comisión. Sé que mi amo ha arañado en la fortuna de Timón. La ingratitud torna esta acción peor que un robo.

SERVIDOR 1.º DE VARRÓN.-Mi crédito es de tres

mil coronas. ¿Y el vuestro?

EL SERVIDOR DE LUCIO.-De cinco mil.

SERVIDOR 1.º DE VARRÓN.-Mucho es. Al comparar las sumas, se diría que vuestro amo tenía más

William Shakespeare

confianza en Timón que el mío. De no ocurrir así, sus créditos serían iguales.

(Entra Flaminio.)

TITO.-Ése es un criado del señor Timón. EL SERVIDOR DE Lucio.-¡Flaminio! Una palabra. ¿Va a venir pronto el señor?

FLAMINIO.-No, por cierto. TITO.-Estamos aguardando a naos

manifestárselo. FLÁMINIO.-No necesito manifestárselo, pues ya sabe que sois demasiado puntuales.

su señoría. Dig

(Se va. Entra Flavio, embozado en su manto.)

EL SERVIDOR DE Lucio.-¡Ah! ¿No es su mayordomo ese que va tan embozado? Parece que está una nube. Llamadle.

TITO.-¿Oís, señor?

SERVIDOR 2.º DE VARRÓN.-Os suplico, señor... FLAVIO.-¿Qué queréis de mí, amigo mío? TITO.-Esperamos aquí cierto dinero, señor. FLAVIO.-

Si el dinero fuera tan cierto como cierta es vuestra espera, sería dinero seguro. ¿Por qué no presentabais vuestras cuentas y vuestros créditos cuando los hipócritas de vuestros amos comían a la mesa del mío?

Entonces sonreían, se envanecían de ser sus acreedores, y de antemano devoraban los intereses con sus mandíbulas glotonas. Perdéis el tiempo en apremiarme. Dejadme pasar tranquilamente y creed que mi amo y yo hemos acabado para vosotros. Yo no tengo ya nada que contar, y él no tiene nada que gastar.

EL SERVIDOR DE Lucio.-Eso no es una respuesta. FLAVIO.-¡Aunque no lo sea, resulta menos vil que vosotros, que servís a unos granujas!

(Se va.)

SERVIDOR 1.º DE VARRÓN.-¡Cómo! ¿Qué murmura su honor, al que han dado con la puerta en las narices?

SERVIDOR 2.º DE VARRÓN.-No os preocupéis. Es pobre, yeso nos sirve de venganza. ¿Quién puede hablar más altivamente que quien no tiene casa donde apoyar la cabeza? Esos pueden despotricar los palacios.
(Entra Servilio.)

TITO.-Aquí viene Servilio. Se nos va a dar contestación.

SERVILIO.-Si consintierais en venir un poco más tarde, señores, os lo agradecería mucho, porque os doy palabra de que mi amo empieza a disgustarse de un modo asombroso. Le ha abandonado su buen humor, está enfermo y guarda cama.

EL SERVIDOR DE Lucio.-Hay muchos que guardan cama sin estar enfermos. Si tiene mala salud, debía apresurarse a pagar sus deudas para allanar el camino que conduce a la mansión de los dioses.

SERVILIO.-¡Dioses buenos!

TITO.-No podemos contentarnos con esa respuesta.

FLAMINIO (entre bastidores).-¡ Servilio, socorro! ¡Señor, señor!

(Entra Timón, furioso, seguido de Flaminio.)

TIMEN.-¡Cómo! ¿Prohibirme que pase? ¿He sido siempre libre, y ahora va a tornarse mi casa en la enemiga que me aprisiona, en una cárcel? ¿Va también a mostrarme un corazón de hierro, como todo el género humano, el lugar donde he dado tantas fiestas?

EL SERVIDOR DE Lucio.-Anda ahora, Tito.

TrTO.-Señor, aquí está mi cuenta.

EL SERVIDOR DE Lucio.-Aquí está la mía. HORTENSIO.-Y la mía, señor.

LOS DOS SERVIDORES DE VARRÓN.-Y las nuestras, señor.

FILOTO.-¡Todas nuestras cuentas! TIMÓN.-¡Rompedme la cabeza con ellas! ¡Divididme hasta la cintura!

134

Timón de Atenas - Acto III

EL SERVIDOR DE Lucio.-¡Ay! Señor... TIMÓN.-¡Haced dinero con mi corazón! TITO.-Mi cuenta importa cincuenta talentos. TIMEN.-¡Tomad mi sangre!

EL SERVIDOR DE Lucio.-¡Cinco mil coronas, señor! TiMÓN.-¡Cinco mil gotas pagarán vuestra? ¿Y la vuestra?

SERVIDOR 1.º DE VARRÓN.-Señor... SERVIDOR 2.º DE VARRÓN.-

Señor... TimÓN.-¡Destrozadme, apoderaos dioses os confundan!

eso!... ¿Y la de mí, y los

(Se va.)

HORTENSIO.-¡A fe mía, empiezo a nuestros amos pueden ir dando las buenas noches a su dinero! ¡Son deudas desesperadas las de un loco!

creer que

(Salen los servidores. Vuelven Timón y Flavio.)

Timón.-¡Me han dejado sin aliento los bribones! ¡Acreedores! ¡Demonios!

FLAVIO.-Mi querido señor... Timón (aparte).-¿Y si lo hiciera?

1. Timón hace aquí un juego de palabras. Le presentan las cuentas o notas (bilis, en inglés), y él finge entender hachas de combate, que se llamaban igual y se usaban en tiempos de Shakespeare.

135

Timón. ¡Destrozadme, apoderaos de mí, y los dioses os confundan!

136

FLAVIO.-Señor...

Timón (aparte).-¡Lo haré!... (En voz alta.) ¡Mayordomo!

FLAVIO.-Aquí estoy, señor. Timón.-¡Perfectamente! ¡Ve a avisar a mis amigos Lucio, Lúculo, Sempronio y a todos! ¡Quiero festejar una vez más a esos tunantes!

FLAVIO.-Señor, habláis así porque se os extravía la razón. ¡No os queda ni para abastecer una mesa modesta!

Timón.-No te importe. Te mando que vayas a invitar a todos. ¡Trae una vez más a esa pandilla de granujas! ¡Mis cocineros y yo nos arreglaremos!

(Se van.)

ESCENA V

Sala del Senado

El Senado está reunido. Entra ALCIBÍADES

SENADOR 1.º.-Señor, tenéis mi aquiescencia. El crimen ha sido sangriento, y tiene que morir. Nada anima tanto a cometer una falta como su perdón.

SENADOR 2.º.-Evidentemente. La ley le aplastará. ALCIBÍADES.-Honor, salud y clemencia al Senado. SENADOR 1.º.-¿Qué hay, capitán?

ALCIBÍADES.-Vengo a solicitar humildemente vuestra benevolencia, porque la piedad es la virtud de la justicia, a la que sólo sirven con crueldad los tiranos. Plugo al tiempo y a la fortuna pesar abrumadoramente sobre uno de mis amigos, quien, cediendo al calor de su sangre, ha contravenido la ley, sin fondo para los que caen de lleno en ella por imprudencia. Esto aparte, es un hombre dotado de virtudes, y no ha manchado su acción con ninguna bajeza, circunstancia que le rescata de su falta. Lleno de noble furia, con una indignación disculpable, al ver mortalmente afectada su reputación, ha hecho frente al enemigo. Antes de desencadenar su cólera, la había reprimido con la moderación del hombre que defiende un argumento.

Timón de Atenas - Acto III

SENADOR 1.º.-Aventuráis una paradoja algo atrevida al esforzaros por hacer buena una mala acción. Vuestras palabras tienden a disculpar el homicidio y a poner por encima del valor un temperamento pendenciero. Y en verdad que el temperamento pendenciero es un temperamento ilegítimo, que viene al mundo con las sectas y facciones. El verdadero valiente es el que sufre con paciencia las peores palabras que se le digan; aquel para quien las injurias son cosas despreciables, de las que no se preocupa uno, como los vestidos; aquel que jamás sacrifica su corazón a sus injurias, hasta el punto de comprometerle. ¡Si la injuria es un mal que puede conducirnos a la muerte, entonces locura es arriesgar la vida por un mal!

ALCIBÍADES.-Señor...

SENADOR 1.º.-No conseguiréis disculpar un crimen. El valor no consiste en vengarse, sino en sufrir.

ALCIBÍADES.-En ese caso, señores míos, hacedme el favor de perdonarme, si hablo como capitán. ¿Por qué se exponen los hombres en los combates, en vez de aguantar las amenazas? ¿Por qué no se duermen allí, para que el enemigo pueda tranquilamente cortarles la cabeza sin hallar resistencia? Si tiene tanto mérito soportar el ultraje, ¿qué hacemos en el campo de batalla? ¿Acaso son más valientes las mujeres por quedarse en casa, ya que la bravura consiste en sufrir? El asno es mejor capi

139

William Shakespeare

tán que el león, y el presidiario cargado de cadenas es más cuerdo que el juez, ya que la cordura consiste en sufrir. ¡Oh, señores míos, sed tan compasivos como grandes sois! ¿Quién no condenaría una violencia cometida a sangre fría? Convengo en que el asesinato es el colmo del pecado; pero cuando se hace en defensa propia, se torna, por el contrario, en una acción muy loable. La cólera es impía; pero ¿dónde está el hombre que no se ha encolerizado nunca? Contrapesad el crimen coti estas consideraciones.

SENADOR 2.º.-Habláis en vano. ALCIBÍADES.-¿En vano? Los servicios prestado en Lacedemonia y en Bizancio bastan a rescatar su vida.

SENADOR 1.º.-¿Qué queréis decir? ALCIBÍADES.-Quiero decir, señores míos, que ha prestado grandes servicios y ha matado, combatiendo, a muchos enemigos vuestros. ¡Con qué valor se batió en el último combate y cuántas heridas hizo!

SENADOR 2.º.-¡Demasiado se ha enriquecido con ello! ¡Es un relajado impenitente! Tiene un vicio que nubla su razón y aprisiona su valor. Si no tuviera otros enemigos, bastaría ése para perderle. Tan bestial es su furia,

que sabidos son los ultrajes que ha inferido y las querellas que ha suscitado. La cosa es indiscutible para nosotros: su vida es infame y su embriaguez un peligro.

SENADOR 1.º.-Morirá.
que ha

ALCIBÍADES.-¡Suerte cruel! ¡Más le valdría haber muerto en la guerra! Señores, ya que nada en él os conmueve (aunque su brazo derecho podría rescatar su vida sin debérselo a nadie), añadid mis servicios a los que él ha prestado. Ya que vuestras edades venerables quieren garantías, os abandono mis victorias y mi honor en prenda de su arrepentimiento. Si por este crimen debe su vida a la ley, dejad a la guerra tomar esa vida y su sangre generosa. ¡Porque si la ley es severa, también lo es la batalla!

SENADOR 1.º.-Nos pronunciamos por la ley. Morirá. No insistáis más, si no queréis incurrir en nuestro desagrado. Amigo o hermano, el que derrama la sangre de otro compromete la suya. ALCIBÍADES.-¿Ha de ser así? Eso no puede ser. Señores, os suplico que me reconozcáis. SENADOR 2.º.-
¿Cómo?

ALCIBÍADES.-Recordad quién soy. SENADOR 3.º.-¿Qué?

ALCIBÍADES.-¡No puedo por menos de suponer que vuestra vejez me ha olvidado! De no ser así, no me vería reducido a humillarme para que se me negara una gracia de tan poca monta. ¡Volvéis a abrir mis heridas!

SENADOR 1.º.-¿Osáis desafiar nuestra cólera? Pocas palabras pueden tener muchas consecuencias. ¡Te desterramos para siempre!

ALCIBÍADES.-¿Me desterráis? ¡Desterrad también vuestra morada y desterrad la usura que deshonra al Senado!

SENADOR 1.º.-¡Si dentro de dos días estáis aún en Atenas, preparaos para una sentencia más severa! ¡En cuanto al otro, para que no aumente nuestra cólera, será ejecutado en seguida!

(Salen los senadores.)

ALCIBÍADES.-¡Los dioses os conserven lo bastante viejos para que no os queden más que los huesos y no se pueda miraros ya a la cara! Yo ahuyentaba a sus enemigos, mientras ellos contaban su dinero y prestaban con elevados intereses. ¡Y sólo me hacía rico en heridas! ¿Para qué todo eso? ¿Es ése el bálsamo que un Senado usurero aplica a las heridas de un capitán? ¡El destierro! No llega en mala hora; no siento que se me destierre. ¡Será un remedio excelente para mi tristeza y mi cólera poder castigar a Atenas! ¡Voy a sublevar a mis tropas descontentas y a ganarme los corazones! ¡Siempre hay honor en combatir a enemigos numerosos! ¡Los soldados no deben soportar más ofensas que los dioses!

(Se va.)

ESCENA VI

Una sala magnífica en casa de Timón

Música. Mesas puestas. Individuos de la servidumbre que van y vienen. Entran LÚCULO, LUCIO y SEMPRONIO por diferentes puertas; luego TIMÓN y su séquito.

LÚCULO.-Os deseo muy buenos días, señor. Lucio.-Correspondo al saludo. Supongo que este honorable señor quiso ponernos a prueba el otro día. LÚCULO.-Eso es precisamente lo que pensaba yo cuando nos hemos encontrado. Espero que no haya caído tacs bajo como parecía cuando puso a prueba a varios amigos suyos.

Lucio.-No es posible, a juzgar por esta nueva fiesta.

LÚCULO.-Así lo creo también. Me ha enviado una invitación apremiante, que debí declinar por muchas razones. Pero ha insistido de tal manera, que me he visto obligado a venir, a pesar de todo. Lucio.-Como vos, yo me debía a un asunto importante; pero no ha querido escuchar nada. Siento mucho no haber tenido dinero a mano cuando envió a mi casa por un préstamo.

LÚCULO.-Me aflige el mismo pesar, ahora que veo cómo van las cosas.

Lucio.-Lo mismo nos ocurre a todos. ¿Cuánto os pedía?

LÚCULO.-Mil monedas. LUCIO.-¿Mil monedas? LÚCULO.-¿Y a vos?

SEMPRONIO.-Envío a mi casa, señor... Aquí viene.

(Entran Timón y su séquito.)

TIMEN.-Mi corazón está con vosotros, señores. ¿Cómo os va?

LÚCULO.-Muy bien, puesto que le va bien a vuestra señoría.

LUCIO.-Las golondrinas no siguen al estío con más gusto que nosotros a vuestra señoría. TIMÓN (aparte).-¡Y tampoco abandonan con más gusto al invierno! Hombres así, son aves de, paso. (En voz alta.) Señores, nuestra comida no compensará tan larga espera. Por el pronto, halague la música vuestros oídos, si el sonido de las trompetas no es para ellos un repiqueteo demasiado grosero. En seguida nos sentaremos a la mesa. LÚCULO.-Espero que vuestra señoría no se habrá ofendido porque dejé irse a vuestro mensajero con las manos vacías.

Timón.-¡No os preocupéis de eso, señor! Lucio.-Noble señor mío...

Timón.-¡Hola, buen amigo!

(Empiezan a servir el banquete.)

LUCIO.-¡ Honorabilísimo señor, padezco de vergüenza! ¡El otro día, cuando vuestra señoría envió a mi casa, estaba yo pobre como un mendigo!

TIMEN.-No penséis en eso, señor.

Lucio.-Si hubieseis enviado dos horas antes... TIMEN.-No os torturéis la memoria. (A los servidores.) Vamos, traedlo todo junto. Lucio.-¡Están tapados todos los platos! LÚCULO.-Os aseguro que será un festín regio.

SEMPRONIO.-No dudéis de que a él han contribuido el dinero y la estación.

LÚCULO.-¿Cómo estáis? ¿Qué noticias corren? SEMPRONIO.-Se ha desterrado a Alcibíades. ¿Habéis oído hablar de ello?

LÚCULO Y Lucio.-¿Se ha desterrado a Alcibíades?

SEMPRONIO.-Podéis estar seguros de ello. LÚCULO.-¿Cómo!

Lucio.-Os suplico me digáis el Timón.-Dignos amigos míos, ¿ros?

SEMPRONIO.-Ya os lo contaré más despacio. ¡Hermoso festín!

Lucio.-¿Es el hombre de siempre!

motivo. ¿queréis

acerca

SEMPRONIO.-¿Durará esto?

Lucio.-Sí; pero con el tiempo... Puede que...

SEMPRONIO.-Entendido.

TIMEN.-Vaya a su sitio cada cual con tanto entusiasmo como si corriera a los labios de su querida. La comida será igual para todos. No ocurrirá en este festín como en los de municipio, en que los platos se enfrían mientras los comensales se ponen de acuerdo respecto al sitio de honor. Sentaos. Los dioses reclaman vuestra acción de gracias: "¡Oh, vosotros, grandes bienhechores, derramad en nuestra sociedad los tesoros del agradecimiento! Haced que vuestros dones redunden en plegarias, pero reservaos algunos, si no queréis que sean despreciadas vuestras divinidades. Prestad a cada hombre lo bastante para que nadie tenga necesidad de prestar a otro, porque, si vuestras deidades hubiesen de pedir prestado a los hombres, los hombres renegarían de los dioses. Haced que esta comida sea más estimada que quien la ofrece. No permitáis que en una reunión de veinte hombres no haya una veintena de granujas. Si se sientan a la mesa doce mujeres, sea una docena de entre ellas lo que ellas son. En cuanto al resto de vuestros enemigos, ¡oh, dioses! que los senadores de Atenas y la hez del pueblo con sus vicios contribuyan a su destrucción. ¡Por lo que concierne a mis amigos aquí presentes, como no son nada para mí, no los bendigáis en nada y en nada sean bien venidos!" ¡Levantad los platos, perros, y lamed!

(Los platos están llenos de agua caliente.)

ALGUNOS CONVIDADOS.-¿Qué quiere decir su señoría con esto?

146

Timón de Atenas - Acto III

OTRO.-No lo sé.

TIMÓN.-¡Ojalá no asistáis nunca a un festín mejor, banda de parásitos! ¡Humo y agua tibia es lo que merecéis! ¡Ésta es la despedida de Timón, enligado y deslumbrado por vuestras lisonjas (arrojándoles agua a la cara), que se lava de ellas y os salpica con vuestra humeante infamia! Vivid odiados mucho tiempo, parásitos sonrientes, melifluos, detestables destructores corteses, lobos afables, osos sumisos, tontos de la Fortuna, lameplatos, moscas pegajosas, criados rastreros, vapores y Jacks de campanario. ¡Así quedéis cubiertos por una corteza de todas las

enfermedades propias del hombre y de los animales! ¡Qué! ¿Te vas ya?
(Tirándoles los platos a la cabeza y echándolos.) Más despacio, toma antes
tu remedio. ¡Tú también! ¡Y tú! ¡Espera, que voy a darte dinero en vez de
pedírtelo! ¡Cómo! ¿Os marcháis todos? ¡No haya en lo sucesivo ni una
fiesta en la que no sea bien acogido el malvado! ¡Arde, casa! ¡Cáete en
ruinas, Atenas! ¡En adelante, Timón odiará al hombre y a la humanidad
entera!

(Se va. Vuelven señores y senadores.)

LÚCULO.-¿Qué os parece, señores? Lucio.-¿Cómo calificar la cólera del
señor Timón?

TIMÓN. ¡Qué! ¿Te vas ya? Más despacio, toma antes tu remedio. ¡Tú
también! ¡Y tú!

SEMPRONIO.-¡Bah! ¿Habéis visto mi toca? VENTIDIO.-He perdido mi
túnica. LúcuLo.-Es un loco que se deja llevar de sus arrebatos. ¡El otro día
me dio una alhaja y hoy la hace saltar de mi sombrero! ¿Habéis visto mi
alhaja? SEMPRONIO.-¿Habéis visto mi toca? LUCIO.-Aquí está.

VENTIDIO.-Y ahí está mi túnica. LÚCULO.-No perdamos tiempo.

LUCIO.-El señor Timón está loco. SEMPRONIO.-Me lo dicen mis huesos.

VENTIDIO.-¡Un día nos envía diamantes, otro, piedras!

y
al

(Se van.)

acto IV

ESCENA 1

Junto a los muros de Atenas

Entra TimÓN

TimÓN,-¡Déjame mirarte todavía, oh, muro que rodeas a esos lobos!
¡Húndete en tierra, y sucumba Atenas! ¡Madres de familia, haceos
impúdicas! ¡Hijos, no obedezcáis más! ¡Esclavos y locos, arrojad de sus
bancos del Senado a los viejos de frentes graves y arrugadas, y administrad
en lugar suyo! ¡Conviértete a la corrupción general, joven virginidad, y
hazlo a la vista de tus padres! ¡Resistíos, banqueros quebrados, y en vez de
pagar vuestras deudas, sacad un cuchillo y herid en la garganta a vuestros
acreedores! ¡Servidores asalariados, vuestros graves amos son ladrones de
manos largas que saquean legal

William Shakespeare

mente! ¡Servidora, ve al lecho de tu amo, que tu ama está en el burdel!

¡Hijo de dieciséis años, empuña la muleta almohadillada de tu anciano
padre cojo, pégale y sáltale los sesos! ¡Piedad y temor, religión para los

dioses, paz, justicia, verdad, respeto doméstico, reposo nocturno, vecindario bueno, instrucción, modales, misterios, profesiones, jerarquías, observancias; costumbres,, leyes, confundíos con lo contrario, y reine la confusión por doquiera! ¡Peste contagiosa para el hombre, amontónense tus fiebres poderosas e infecciosas sobre Atenas, madura ya para la ruina! ¡Fría ciática, deja tullidos a nuestros senadores, y que sus miembros rechinen como sus costumbres! ¡Lujuria y libertinaje, deslizaos por el espíritu y la médula de nuestra juventud para que pueda luchar contra la corriente de la virtud y anegarse en la podredumbre! ¡Sarnas y pústulas, sembrad vuestros gérmenes en los pechos atenienses, para que su conjunto sea una lepra general! ¡Infecte el aliento al aliento, con el fin de que su trato, como su amistad, se haga venenoso! ¡No quiero soportar de ti sino la pobreza, ciudad detestable! ¡Pese ella sobre ti con maldiciones innúmeras! Timón se marcha a los bosques. ¡Allí le parecerá la bestia feroz menos feroz que la humanidad! ¡Confundan los dioses (escuchadme, dioses de bondad) a los atenienses que hay fuera o dentro de este muro! ¡Permitan a Timón que con los años

152

Timón de Atenas - Acto IV

aumente su odio por todos los hombres, grandes y pequeños! ¡Amén!

(Se va.)

ESCENA II

Atenas. En casa de Timón

Entra FLAVIO, con dos o tres servidores

SERVIDOR 1.º.-¿Sabéis, señor mayordomo, dónde está nuestro amo?

¿Estamos perdidos, arruinados? ¿No queda nada ya?

FLAVIO.=¿Ay, amigos míos! ¿Qué voy a deciros? Con los dioses justos atestiguo que estoy tan pobre como vosotros.

SERVIDOR 1.º.-¿Que se haya arruinado una casa así! ¡Que haya caído tan bajo un hombre tan noble! ¡Ha desaparecido todo! ¡Y ni un amigo para compartir su infortunio y marcharse con él!

SERVIDOR 2.º.-¿Como volvemos la espalda al compañero que queda en la tumba, así se alejan todos los familiares de su fortuna enterrada, haciéndole ofertas tan falsas cual bolsas vacías! ¡Y ese desventurado ser, mendigo abandonado al espacio con la desventura de una pobreza que todos rehúyen, vaga completamente solo, como el desprecio! Aquí vienen otros camaradas.

(Entran otros servidores.)

FLAVIO.-¡Aparejo roto de una casa en ruinas! SERVIDOR 3.º.-En vuestros rostros veo que nuestros corazones llevan aún la librea de Timón. Todavía somos compañeros al servicio del dolor. ¡Nuestra barca hace agua,

y nosotros, pobres marineros, de pie sobre el puente que se hunde, oímos las amenazas de las olas! ¡Tendremos que separarnos en este océano de aire! FLAVIO.-Mis buenos amigos, repartiré con vosotros lo que me queda de mi fortuna. En dondequiera que nos encontremos permaneceremos unidos, en consideración a Timón. Sacudamos la cabeza, y como si tocásemos a muerto por la fortuna de nuestro amo, digamos: "Hemos disfrutado de días mejores." (Dándoles dinero.) Tome su parte cada uno. Tended todos las manos. Ni una palabra más. Nos separamos ricos de pena y pobres de dinero. (Salen los servidores.) ¡En qué súbita miseria nos ha precipitado esa prosperidad! ¿Quién no querría estar privado de fortuna, puesto que los ricos se ven miserables y despreciados? ¿Quién querría hallarse expuesto a las burlas de un esplendor en el que la amistad no es más que un sueño, gozar un lujo y todo lo que trae consigo, si ese lujo está pintado con el mis

154

Timón de Atenas - Acto IV

mo barniz que los falsos amigos? ¡Pobre señor honrado, al que empobreció su propio corazón, al que arruinó su bondad! ¡Resulta extraño y antinatural que el mayor pecado de un hombre consista en haber sido demasiado bueno! ¿Quién se atreverá ahora a ser siquiera la mitad de generoso, ya que la bondad que caracteriza a los dioses arruina a los hombres? ¡Carísimo señor, sólo se te ha bendecido para maldecirte, sólo has sido rico para arruinarte! ¡Tu opulencia ha sido origen de tus aflicciones! ¡Ay, buen señor! ¡En su cólera, ha rehuido el infecto trato de los amigos monstruosos! ¡No tiene medio alguno de ganarse la vida ni nada con que poder ayudarse! Voy a preguntar por él y a seguirle. ¡Quiero servirle siempre y lo mejor que pueda! ¡Mientras yo tenga oro, seré su mayordomo!

(Se va.)

ESCENA 111

Una selva

TIMÓN; luego ALCIBÍADES, FRINÉ, TIMANDRA, APEMANTO, LADRONES y FLAVIO

TIMEN.-¡Oh, sol generador y bendito, extrae de la tierra una humedad pútrida! ¡Infecta el aire bajo la redondez de tu hermana! Buscad dos gemelos salidos de la misma matriz, idénticos por la procreación, gestación y nacimiento; dadles dos fortunas diferentes, y el mayor despreciará al menor. La criatura en quien se ceban todos los males no puede soportar la prosperidad más que despreciando a la criatura. Elevad a ese mendigo, arruinad a ese señor, y el patricio llevará consigo un desprecio hereditario y el mendigo una dignidad nativa. El pasto engorda y la escasez enflaquece. ¿Quién osará rebelarse con pureza de alma y decir: este hombre es un adulator? Si lo es, lo son todos, porque cada escalón de la fortuna es adulado por el escalón inferior. La cabezota sabia se inclina ante la faz

cosida de oro. Todo es oblicuo, nada está nivelado en nuestra maldita naturaleza, excepto la infamia. ¡Así pues, sed detestados, festejados, tratados y solicitados por los hombres! Timón desprecia a su semejante como se desprecia a sí mismo. (Cavando la tierra.) Tierra, dame raíces. Si los hombres te exigen más, lleva a sus

TIMÓN. ¡Oh, sol generador y bendito, extrae de la tierra una humedad pútrida!

palacios tus venenos más rápidos. ¿Qué es eso? ¿Oro amarillo, brillante, precioso? No, dioses, no soy un suplicante sin convicción. ¡Dadme raíces, cielos sin nubes! Este oro podría volver blanco lo que es negro, hermoso lo que es feo, justo lo que es injusto, noble lo que es vil, joven lo que es viejo, valiente lo que es cobarde. Dioses, ¿a qué viene esto? ¿Qué es esto, dioses? Esto alejará de vosotros a vuestros sacerdotes y a vuestros servidores, y quitará la almohada en que reposa el enfermo. Este esclavo amarillo consagrará promesas para infringirlas; bendecirá al maldito; hará adorar la podredumbre de la lepra; sentará a ladrones en el banco de los senadores, confiriéndoles títulos, homenajes y alabanzas. Él será quien obligue a casarse en nuevas nupcias a la viuda desolada. A la mujer cubierta de úlceras que sale del hospital, la embalsama, la perfuma y hace de ella un nuevo día de abril. ¡Condenado metal, puta de la humanidad, que llevas el desorden a las naciones, vuelve a la tierra en donde te puso la Naturaleza! (Se oyen los sonos de una marcha lejana.) ¡Ah, un tambor!... Aunque estás con vida, voy a enterrarte. ¡Irás, ladrón, adonde no han de buscarte tus gotosos perseguidores! (Cogiendo un poco de oro.) Pero no, guardémonos un poco de muestra.

(Al son de tambores y de pífanos, entran Alcibíades, Friné y Timandra.)

ALCIBÍADES.-¿Quién eres? Habla.

TIMÓN.-Una bestia, como tú. ¡Ojalá te roa un chancro el corazón por haberme hecho ver aún la cara de un hombre! ' ALCIBÍADES.-¿Cómo te llamas? ¿Hasta ese extremo odias al hombre, siendo un hombre tú mismo?

TIMÓN.-Soy un misántropo y odio al género humano. Por lo que á ti respecta, quisiera que fueses un perro, para poder amar en ti algo.

ALCIBÍADES.-Te conozco; pero ignoro lo que te ha sucedido.

TIMEN.-También yo te conozco, y no quiero saber más de ti. Sigue a tu tambor, riega la tierra con sangre de hombre y conviértela en campo de gules. Los cánones religiosos y las leyes civiles son crueles. ¿Qué será, pues, la guerra? Esa puta atroz que va contigo lleva en sí, con su mirada de querubín, más destrucción que tu espada. FRINÉ.-¡Púdranse tus labios!

TIMÓN.-Para eso tendría que besarte; pero la podredumbre seguirá en tus labios. ALCIBÍADES.-¿Cómo el noble Timón ha llegado a transformarse así?

TIMÓN.-Como la luna, falta de luz que derramar. Pero no me renovaré como la luna, porque no tengo sol que me preste claridades.

1. Alusión a un antiguo prejuicio, según el cual, el individuo que transmitía una enfermedad venérea se libraba de ella.

ALCIBÍADES.-¿Qué prueba de amistad podré darte, noble Timón?

TIMÓN.-Ninguna, más que adoptar mi doctrina.

ALCIBÍADES.-¿Cuál es, Timón? TIMÓN.-Prométeme tu amistad, pero no mantengas tu promesa. ¡Si no quieres prometérmela, envíente la peste los dioses, porque eres un hombre! ¡Y si mantienes tu promesa, confúndante, porque eres un hombre!

ALCIBÍADES.-He oído hablar vagamente de tus desgracias.

TIMEN.-Las viste cuando estaba yo próspero. ALCIBÍADES.-Las veo ahora. ¡Entonces eras dichoso!

TIMEN.-Como tú ahora, con esa pareja de prostitutas.

TIMANDRA.-¿Este es aquel ateniense exquisito de quien hablaba el mundo tan respetuosamente? TIMÉN.-¿Eres tú Timandra?

TIMANDRA.-Sí.

TIMÉN.-¡Sé por siempre una puta! Los que te utilizan no te aman. Dales enfermedades a cambio de sus mancillas, aprovéchate de tus horas de lubricidad; prepara a esos bribones con la tina y el baño, y reduce a la juventud de mejillas sonrosadas a la abstinencia y la dieta.

TIMANDRA.-¡A la potencia, monstruo! ALCIBÍADES.-Perdónale, dulce Timandra. Tiene la razón obnubilada, perdida a causa de sus desventuras. Me queda poco oro, bravo Timón, y esta escasez siembra a diario la rebelión entre mis soldados indiferentes. No sin dolor he oído decir que esa maldita Atenas, sin consideración a tus méritos, olvidando tus brillantes acciones de la época en que, a no ser por tu espada y tu fortuna, los Estados vecinos la habrían aplastado... TIMEN.-¡Te ruego que toques tu tambor y te vayas!

ALCIBÍADES. :Soy amigo tuyo y me das lástima, querido Timón.

TIMÓN.-¿Cómo vas a tener lástima de un hombre al que importunas?

Quiero estar solo. ALCIBÍADES.-Entonces, adiós. Toma un poco de oro para ti.

TIMÉN.-Guárdatelo. Eso no se come. ALCIBÍADES.Cuando haga yo de la orgullosa Atenas un montón de ruinas...

TIMÓN.-¿Estás en guerra con Atenas? ALCIBÍADES. Sí, Timón, y por tu causa. TIMÉN.-¡Exterminen los dioses a todos con tu triunfo! ¡Y también a ti, después de la victoria! ALCIBÍADES.-¿Por qué también a mí, Timón?

TIMÉN.-¡Porque no has nacido para conquistar mi país, matando a unos malvados! Guárdate tu oro, y vete. ¡Aquí tienes oro, y vete! Sé como una peste planetaria, cuando Júpiter envenena el aire viciado que se respira en una ciudad corrompida. No olvide a nadie tu espada. ¡No tengas piedad del

anciano venerable por su barba blanca, porque es un usurero! ¡Hiere a la matrona hipó

William Shakespeare

crita, que no hay honestidad más que en su apariencia, y es una alcahueta! ¡No se detenga tu cortante espada ante la virgen, pues como no están inscritos en la página de la Piedad esos senos de leche que a través de los trenzados de su pechera provocan a los hombres, derríbalos cual a horribles traidores! ¡No perdones al niño cuya sonrisa con hoyuelos obtiene merced de los furiosos, y suponiendo que es un bastardo a quien un oráculo ha designado para que te degüelle, destrózzale sin remordimiento! ¡Extermina sin compasión! ¡Pon una armadura a tus oídos y a tus ojos, armadura que no puedan vulnerar los gritos de las madres, de las jóvenes, de los niños, ni la voz de los sacerdotes sangrando bajo sus vestiduras sagradas! Aquí tienes oro para pagar a los soldados. ¡Siembra una confusión inmensa, y cuando esté satisfecha tu furia, exterminado seas tú mismo! ¡No respondas, y vete! ALCIBÍADES.-t Todavía tienes oro? Tomo que me das, pero no seguiré tus consejos. TIMÓN.-¡Maldígate el cielo, los sigas o no! FRINÉ Y TIMANDRA.-¡Danos oro, buen Timón! ¿Tienes más?

TIMÓN.-¡Lo bastante para que una puta renuncie a su oficio y una alcahueta a adiestrar putas! Extended vuestros mandiles, escorias. No sois dignas de hacer un juramento; pero sé que jura el oro

1. Alusión a la historia de Edipo.

FRINÉ Y TIMANDRA. ¡Danos oro, buen Timón! ¿Tienes más? TIMÓN. ¡Lo bastante para que una puta renuncie a su oficio! ríais, juraríais con imprecaciones espantosas que harían estremecerse y darían temblores celestiales a los dioses que os oyen. Ahorradme los juramentos, porque tengo confianza en vuestras inclinaciones. ¡Seguid siendo putas, y con aquel cuya voz piadosa trate de convertirnos, sed más putas todavía! ¡Seducidle, inflamadle! ¡Triunfe de su humo vuestro fuego secreto, y no os volváis del revés los-vestidosl. ¡Ojalá sufrierais durante seis meses el castigo infligido a las mujeres en los-correccionales! Cubrid vuestras pobres cabezas calvas con despojos de muertos, pues no importa que hayan sido ahorcados². ¡Llevadlos, engañad a los hombres, continuad siendo putas siempre, y pintaos de manera que un caballo pueda bañarse en el cieno de vuestra cara! ¡Malditas sean las arrugas!

FRINÉ y TIMANDRA.-Bueno; pero danos más oro aún. Ten la seguridad de que por oro lo haremos todo.

TIMÓN.-¡Sembrad la consunción en los huesos huecos del hombre! ¡Herid sus tibias ágiles y destruid su energía! ¡Enronqueced al legista,

1. Según un antiguo decreto, las prostitutas estaban obligadas a llevar del revés los vestidos.

2. Hacia el año 1595, cuando se puso de moda en Inglaterra llevar mucho cabello, era peligroso para los niños ir solos por las calles, pues las mujeres los esperaban, y atrayéndolos con engaños a un paraje retirado, les cortaban la cabellera.

164

Timón de Atenas - Acto IV

para que jamás pueda abogar en falso ni pronunciar chillonas sutilezas!
¡Apestad al flamen que despotrica contra las cualidades de la carne y no se cree a sí mismo! ¡Haced que caiga la nariz del hombre, que no huela más y que no olfatee más su comodidad privada a costa del bien público! ¡Volved calvos a los rufianes rizados, y que los fanfarrones de la guerra que no tienen heridas las reciban de vosotras! ¡Apestadlo todo! ¡Agote y seque vuestra actividad la fuente de toda erección! ¡Aquí hay más oro! ¡Condenad a los demás, y' que este oro os condene y las zanjas os sirvan de tumbas!
FRINÉ Y TIMANDRA.-Danos más consejos, pero también más oro, excelente Timón. TIMEN.-¡Sed más putas todavía, haced más daño que antes! Ya os he dado arras. ALCIBIADES.-¡Tocad, tambores, y vamos contra Atenas! Adiós, Timón. Si triunfo, volveré a verte. TIMÓN.-Si no me engañan mis esperanzas, nunca te veré ya.

ALCIBIADES.-Jamás te hice daño. TIMEN.-Sí, porque has hablado bien de mí. ALCIBIADES.-¿A eso le llamas hacer daño? TIMEN.-Prueba de ello tienen los hombres a diario. ¡Vete y llévate contigo a tus galgas!
(Suena el tambor. Salen Alcibíades, Friné y Timandra.) ¿Es posible que sienta hambre todavía el hombre a quien ha puesto enfermo la ingratitud humana? (Vuelve a cavar.) Madre común, cuya matriz inconmensurable lo pare todo, cuya superficie sin límites lo alimenta todo; tú, que con la misma sustancia con que engordas a tu orgulloso hijo, el hombre arrogante, engendras el sapo negro, la culebra azul, el lagarto dorado y la serpiente venenosa que no tiene ojos, y das un nacimiento aborrecible a cuanto se halla bajo la cripta de los cielos que ilumina el vivificante Hiperión, ofrece una pobre raíz de tu seno fecundo al que odia a todos tus hijos humanos. ¡Esteriliza tu matriz prolífica, para que no eche al mundo más hombres ingratos! ¡Sea el tuyo un embarazo de tigres, de dragones, de lobos y de osos! ¡Pare monstruos nuevos, monstruos que jamás presentó tu superficie a la bóveda de mármol del cielo! ¡Ah, una raíz! ¡Gracias, oh, dioses! Seca tus venas, tus viñedos, tus llanuras labradas, de las que el hombre ingrato hace licores espirituosos y platos crasos que embrutecen su inteligencia y le privan de toda reflexión. (Entra Apemanto.) ¿Otro hombre? ¡Maldición, maldición!
APEMANTO.-Me han indicado este sitio. hombres cuentan que has adoptado mis maneras y las pones en práctica.

TIMEN.-Porque no tienes un perro a quien pueda yo imitar. ¡Envenénate la consunción!
APEMANTO.-En este momento tu carácter no es más que una

afectación, el resultado de una pobre melancolía apartada de la naturaleza y nacida en ti a consecuencia de un revés de fortuna.

¿A qué vienen esa azada, esa morada, esos trajes de esclavo y esas miradas llenas de preocupación? Tus aduladores aún llevan seda, beben vino, se acuestan muellemente, acarician a sus queridas enfermas y perfumadas, y no se acuerdan ya de si Timón ha existido nunca. No ultrajes estos bosques, afectando la filosofía de un cínico. Tórnate, a tu vez, adulador y trata de enriquecerte por los medios que te han arruinado. Dobla la rodilla y vuela tu sombrero con el aliento de aquel a quien adules. Alaba su vicio más inveterado y decláralo excelente. Así se te hablaba, y prestabas oído complaciente, como un mozo de taberna, a todos los granujas que se acercaban a ti. Justo es que a tu vez te vuelvas granuja. Si recobras la riqueza, otra vez sería en beneficio de bribones. No intentes parecerte a TIMÉN.-Si me pareciera a ti, me destruiría. APEMANTO.-Para destruirte, te ha bastado con parecerte a ti mismo. Has estado mucho tiempo carente de razón, y hoy estás tonto. ¿Crees que el aire glacial, impetuoso chambelán, va a calentarte la camisa? ¿Crees que estos árboles cubiertos de musgo, que han sobrevivido al águila a quien resguardaban, van a ponerse a la altura de tus talones para seguirte a la menor seña? ¿Crees que este arroyo helado, fijo por el hielo, te va a traer vino caliente mezclado con ingredientes para reparar tus excesos nocturnos? Llama a las criaturas que viven desnudas, expuestas a los ultrajes del cielo, sin ropa, sin abrigo, sufriendo el azote de los elementos y viviendo a merced de la Naturaleza... y diles que te adulen. ¡Oh! Ya encontrarás quien...

TIMÓN.-¡Qué loco estás! ¡Vete! APEMANTO.-En esta hora te quiero he querido nunca.

TIMÉN.-Pues yo te odio más. APEMANTO.-¿Por qué? TIMÉN.-Porque adulas a la miseria. APEMANTO.-No la adulo; pero te digo un miserable.

TIMÉN.-¿Por qué has venido a buscarme? APEMANTO.-Para atormentarte. TIMÓN.-¡Siempre será ése el oficio de

do o de un loco! ¿Y te gusta? APEMANTO.-Sí. TIMÉN.-¡Cómo!

¿También tú eres un granuja? APEMANTO.-Si te sometieras a un régimen riguroso para castigar tu orgullo, harías bien; pero lo sufres por fuerza. De nuevo te harías un cortesano, si no fueses un miserable. El pobre voluntario que desprecia un lujo incierto, llega al colmo de sus aspiraciones antes que el opulento insaciable. ¡El uno jamás está satisfecho y el otro está harto siempre! Al descontento, el mejor estado le parece un estado de aflicción y miseria, más doloroso que otro peor para quien se conforme a él. Como eres un miserable, deberías desear la muerte.

como no te que eres un malva

TIMÉN.-¡No, porque me lo aconseja uno más miserable que yo! Eres un esclavo, a quien jamás estrechó en sus brazos la Fortuna; un perro torpe. Si tú, como nosotros desde el día en que nos envolvieron en las mantillas,

hubieras probado todas las dulzuras que este mundo fugitivo prodiga a los que no tienen más que hablar para comer, estarías sumido en la podredumbre, habrías comprometido tu juventud en todos los lechos de la Lujuria, y nunca habrías aprendido los fríos preceptos de la moderación, sino que habrías ido en pos del mayor placer. En cuanto a mí, el mundo era un conjunto de dulzuras, y las bocas, las lenguas, los ojos y los corazones de los hombres se me habían sometido en mayor número del que yo podía necesitar. Todo eso tan innumerable se adhería a mí como a la encina las hojas; pero la llegada del invierno las hace caer de sus ramas, y me ha dejado desnudo y expuesto a todos los embates de las tempestades.

¡Soportar eso es una carga pesada para mí, que sólo he conocido la dicha, mientras que a ti, nacido en el sufrimiento, ha podido encallecerte en él el tiempo! ¿Por qué odias a los hombres, si jamás te han adulado? ¿Qué has dado? Si quieres maldecir, maldice a tu padre, el pobre diablo que por despecho se aliara con alguna mendiga, y te procrearía, haciéndote heredero de su miseria. ¡Sal de aquí, vete! Si no hubieras nacido el peor de los hombres, serías un esclavo y un adulator.

APEMANTO.-¿Aún tienes orgullo? TIMÓN.-Sí, de no ser tú.

APEMANTO.-Yo lo tengo de no haber sido pródigo.

TIMÓN.-Y yo de serlo ahora mismo. Si toda mi riqueza estuviera encerrada en ti, te daría permiso para irte a ahorcar. ¡Vete! (Comiendo una raíz.) ¿Por qué no será Atenas una raíz, y la devoraría así?

APEMANTO (ofreciéndole algunos alimentos).Aquí tienes-con qué mejorar tu festín. TIMÓN.-Empieza por mejorar mi compañía. ¡Vete!

APEMANTO.-Mejoraré la mía pasándome sin ti. TIMÓN.-No la mejorarás, sino que la empeorarás. Así lo deseo, al menos.

APEMANTO.-¿Qué querrías enviar a Atenas? TIMÓN.-A ti, llevado por el huracán. Si quieres, diles que tengo oro. Mira, lo tengo. APEMANTO.-Aquí no sirve para nada. TIMÓN.-Pero es mejor y más puro. Duerme y no hace daño.

APEMANTO.-¿Dónde te Timón?

TIMÓN.-Debajo de lo que está encima de mí. ¿Dónde te alimentas tú de día, Apemanto? APEMANTO.-Donde encuentra alimento mi estómago, o mejor dicho, donde lo como. TIMÓN.-¿Si los venenos obedecieran y supieran mis intenciones!...

acuestas por la noche,

APEMANTO.-¿Qué harías? TIMÓN.-¿Sazonaría con ellos tus platos!

APEMANTO.-No has conocido el término medio de la humanidad, sino solamente sus dos extremos. Cuando eras rico e ibas tan perfumado, se burlaban de tu delicadeza exagerada; con tus andrajos la has perdido y se te desprecia por el exceso contrario. Toma un níspero, cómetelo. TIMÓN.-No como lo que aborrezco. APEMANTO.-¿Aborreces los nísperos? TIMÓN.-Sí, porque se parecen a ti. APEMANTO.-Si hubieras aborrecido antes a los

intrigantes', los querrías más ahora. ¿Qué hombre conociste que, siendo pródigo, haya sido amado cuando se quedara sin recursos? TIMÉN.-¿Qué hombre lo ha sido alguna

los recursos de que hablas? APEMANTO. YO.

TIMÓN.-Te comprendo. Has tenido medios para alimentar a un perro.

APEMANTO.-¿Qué criatura del mundo crees que es más comparable a un adulator?

TIMEN.-La mujer; pero los hombres son la adulación misma. ¿Qué harías del mundo, Apemanto, si cayera en tu poder?

APEMANTO.-Se lo daría a las fieras, para desembarazarme de él. vez sin

1. Aquí hay un juego de palabras entre los vocablos mediar (níspero) y meddler (intrigante).

TIMÓN.-¿Querrías sucumbir en la destrucción de los hombres y quedar convertido en animal entre los animales?

APEMANTO.-Sí, Timón.

TiMÓN.-¡Ojalá te hagan los dioses la merced de darte una ambición de animal! Si fueras león, el zorro se burlaría de ti. Si fueras zorro, sospecharía de ti el león en cuanto el asno te acusara. Si fueras un asno, tu bestialidad constituiría tu tormento, y no vivirías más que para servir de almuerzo al lobo. Si fueras lobo, te afligiría tu voracidad y con frecuencia arriesgarías la vida por comer. Si fueras unicornio', el orgullo y la cólera te perderían, y serías víctima de tu propia furia. ¡Si fueras un óso, te mataría el caballo! Si fueras un caballo, te cogería el leopardo. Si fueras leopardo, serías primo hermano del león, y tus manchas conspirarían contra tu vida. Tu salvación residiría en la fuga y tu defensa en la ausencia. ¿Qué animal podrías ser que no estuviera sometido a otro? ¡Y qué animal eres para no ver lo que perderías con la transformación!

APEMANTO.-Si tu charla pudiera complacerme alguna vez, lo conseguirías ahora. La república de Atenas se ha convertido en una selva de animales.

1. Cuenta la fábula que cuando el león se halla frente al unicornio, se arrima al tronco de un árbol. Entonces el unicornio, furioso, se arroja a él y el león se retira, clavando el unicornio su cuerno en el árbol. Cuando lo tiene inmovilizado así, el león lo devora.

TimÓN.-¿Ha demolido el asno nuestros recintos, puesto que has salido de allí?

APEMANTO.-Aquí vienen un poeta y un pintor. ¡Caiga sobre ti la peste de su compañía! Tengo miedo a contagiarme de ella, y por eso me pongo en salvo. Cuando no sepa qué hacer, vendré a verte. TIMÓN.-Cuando seas el

único ser viviente, te daré la bienvenida. Mejor querría ser el perro de un mendigo que Apemanto.

APEMANTO.-Eres el rey de los locos. TIMÓN.-¡No estás lo bastante limpio para que se te escupa!

APEMANTO.-¡Estás apeestado y no vales ni para que se te maldiga!

TIMÓN.-¡A tu lado, los granujas parecen personas honradas!

APEMANTO.-No hay lepra mayor que lo que dices. TIMÓN.-¡Cuando te llamo por tu nombre! ¡Te pegaría, si no me infectara las manos!

APEMANTO.-¡Quisiera que las pudriese mi palabra!

TIMÓN.-¡Atrás, engendro de un perro sarnoso! ¡Muero de rabia por verte vivo! ¡Me pongo malo al contemplarte!

APEMANTO.-¡Me alegraría que reventaras! TIMÓN.-¡Atrás, fastidioso granuja! (Le tira una piedra.) Siento haber desperdiciado en ti una piedra.

APEMANTO.-¡Bestia feroz!

TIMÓN.-¡Esclavo! APEMANTO.-¡Sapo!

TIMÓN.-¡Granuja, granuja, granuja! (Apemanto finge marcharse y se esconde.) Me pone malo este mundo hipócrita y no quiero amar más que las cosas de primera necesidad. Ahora, Timón, cava tu tumba. Acuéstate en un sitio donde la ligera espuma del mar cubra a diario tu piedra tumbal.

Escribe un epitafio que escarnezca la vida de los otros. (Contemplando el oro.) ¡Oh, tú, dulce regicida; cara discordia entre el hijo y el padre, brillante corruptor del más puro lecho de Himeneo, valiente Marte, seductor siempre joven y lozano y amado, delicado amante, cuyo aspecto derrite la nieve consagrada que cubre el seno de Diana, dios visible que realiza las imposibilidades secretas y hace que se besen las

incompatibilidades, hablando en todos los lenguajes con todos los propósitos; piedra de toque de los corazones; trata como a un rebelde al hombre, que es tu esclavo, y con tu poder, súmele en un caos de discordia, de manera que los animales feroces logren gobernar al mundo!

APEMANTO.-Querría que ocurriera así, pero no antes de mi muerte. ¡Voy a proclamar por doquiera que tienes oro, y te asaltarán en seguida!

TIMÓN.-¿Me asaltarán?

APEMANTO.-Sí.

TIMÓN.-Te ruego que vuelvas las espaldas. APEMANTO.-¡Vive, y aficiónate a tu miseria! TIMÓN.-¡Vive y muere con la tuya! ¡Al fin estoy libre!

(Entran ladrones.)

APEMANTO.-¡Aún veo cosas que parecen hombres! ¡Come, Timón, y aborrécelos!

(Sale Apemanto.)

LADREN 1.º.-¿Cómo puede ése tener oro? Será alguna porción minúscula, algún residuo de su fortuna. Los apuros de dinero y el abandono de sus amigos le han sumido en esa melancolía. LADRÉN 2.º.-Corren rumores de que posee un verdadero tesoro.

LADREN 3.º.-¿Por qué no hacer la prueba? Si no se preocupa de su oro, nos lo abandonará sin dificultad; pero si lo guarda ávidamente, ¿qué vamos a hacer para obtenerlo?

LADREN 2.º.-Es verdad. No lo lleva consigo y lo debe tener escondido.

LADRÉN 1.º.-¿No es ese Timón? LADREN 3.º.-¿Dónde está? LADREN

2.º.-Tiene sus mismas señas. LADRÓN 3.º.-ES él. Le reconozco. Los

LADRONES.-Salve, Timón. TIMÓN.-¿Ladrones ahora?

LOS LADRONES.-Soldados, no ladrones. TIMÓN.-Da lo mismo. Todos son hijos de jeres.

Los LADRONES.-No somos ladrones, sino hombres acuciados por la necesidad.

mu

sólo

TIMEN.-Vuestra mayor necesidad es tener necesidad de mí. ¿Por qué tenéis necesidad? Mirad: la tierra tiene raíces; en una milla a la redonda, brotan manantiales; las encinas están cargadas de bellotas; los escaramujos, de frutos escarlata; la Naturaleza, esa excelente cocinera, cuelga de cada matorral manjares copiosos. ¿Necesidad? ¿Necesidad de qué?

LADRÓN 1.º.-No podemos alimentarnos de hierba, bayas y agua, como los cuadrúpedos, las aves y los peces.

TimÓN.-Tampoco de cuadrúpedos, aves y peces. ¡Es preciso que comáis hombres! Me parece muy bien que seáis ladrones. No trabajáis con la máscara de la virtud. El robo es más ilimitado en las profesiones legales. Aquí tenéis oro, bribones. ¡Id a chupar la sangre de los racimos, hasta que la fiebre haga hervir la vuestra y os salve de la horca! ¡No creáis a los médicos, pues sus antídotos son venenos y matan más de lo que robáis vosotros! Quitan el oro y la vida a la vez. Robad, tunantes, robad, puesto que vuestra profesión es robar, como la profesión de los trabajadores es trabajar. Voy a deciros ejemplos de robo. El sol es un ladrón que, con su gran poder de atracción, roba al vasto mar. La luna es una ladrona redomada que roba al sol luz pálida. El mar es un ladrón que roba su ola líquida a las lágrimas saladas de la luna. La tierra es una ladrona que sólo se alimenta y pare merced a una composición robada a todos los excrementos.

176

T[MÓN.-Aquí tenéis oro, bribones.

Todo roba. Las leyes, que ponen un freno y castigan, con su brutal poder roban impunemente. No os améis los unos a los otros; robaos mutuamente.

Aquí tenéis más oro. Cortad gargantas. Cuantos encontréis son ladrones. Id a Atenas y entrad a saco en las tiendas, que nunca robaréis sino a ladrones. Por lo que os doy no robéis menos. ¡Y de todos modos, que os confunda este oro! ¡Amén! (Se retira a su caverna.)

LADREN 3.º.-Casi me ha hecho aborrecer mi oficio al animarme a seguirlo.

LADREN 1.º.-Nos aconseja así por odio a la humanidad y no porque prosperemos en nuestro estado. LADRÓN 2.º.-Prefiero creerle un enemigo y renunciar a mi profesión.

LADRÓN 1.º.-Ante todo, esperemos a que Atenas esté pacificada. En estos tiempos tan míseros, no puede el hombre hacerse honrado.

(Salen. Entra Elavio.)

FLAVIO.-¡Oh, dioses! ¿Es mi amo ese hombre despreciado y arruinado, destrozado y derrotado? ¡Oh, curioso monumento de riquezas desperdiciadas! ¡Qué mudanza ha producido la necesidad desesperada! ¿Habrá en esta tierra algo más vil que esos amigos que condenan a las inteligencias más hermosas a un fin tan miserable? ¡Rara excepción en esta época la de un hombre que amase hasta a sus enemigos! Más valdría querer y tratar a quie

178

FLAVIO. ¡Oh, dioses! ¿Es mi amo ese hombre despreciado y arruinado, destrozado y derrotado?

nes nos hacen el daño abiertamente, que a quienes nos lo hacen encubiertos con la amistad. Me ha visto. Voy a manifestarle la pena que me sado y a consagrar mi vida a su servicio dueño y señor. ¡Queridísimo amo mío!

(Sale Timón de su cueva.)

TIMÓN.-¡Atrás! ¿Quién eres? FLAVIO.-¿Ya me habéis olvidado, señor?

TimÓN. ¿Por qué preguntas eso? He olvidado a todos los hombres. Así pues, si te envanece de ser un hombre, te he olvidado.

FLAVIO.-No soy más que uno de vuestros honrados y pobres servidores.

TYmÓN.-Entonces, no té conozco. ¡Jamás tuve a mi lado un hombre honrado! ¡Cuantos alimenté eran bribones que servían de comer a unos granujas! FLAVio.-Sean testigos los dioses de que nunca un pobre

mayordomo ha experimentado pena más verdadera ante la ruina de su amo que yo ante vos. TimÓN.-¡Cómo! ¿Estás llorando? Ahora te amo, porque eres una mujer y nada tienes de común con esa humanidad insensible a

quien sólo hacen llorar la lujuria y la risa. ¡La piedad está adormecida!

¡Extraños tiempos que lloran de risa y no de llanto! FLAVIO.-Os suplico

que me reconozcáis, mi buen señor, que compadezcáis mi pena y que sigáis mirándome como a vuestro mayordomo, ahora que sois pobre.

180

T[MÓN.-¿He tenido alguna vez un mayordomo tan sincero, tan justo y ahora tan consolador? Esto transforma mi naturaleza salvaje. Déjame mirar tu rostro. Seguramente, este hombre ha nacido de una mujer. ¡Olvidad mi naturaleza irreflexiva que generalizaba sin hacer excepción, dioses siempre razonables! ¡Proclamo que existe un hombre honrado (no os engañéis, os lo ruego: uno sólo y no más), y es un mayordomo! Aunque yo querría odiar a todo el género humano, tú te rescatas a ti mismo. Maldigo a todo los hombres, excepto a ti. Ahora' eres más honrado que prudente, porque, denigrándome y traicionándome, hubieras encontrado un empleo, como muchos que sirven a un segundo amo pesando sobre la espalda del primero. Respóndeme francamente, porque debo dudar siempre, aunque nunca- haya estado más convencido. ¿Es tu generosidad astucia o codicia? ¿Es una generosidad usuraria, como la de esos hombres ricos que hacen regalos esperando que se corresponda con algo que valga veinte veces más?

FLAVIO.-¡No, digno amo mío, a cuyo corazón han llegado demasiado tarde la duda y la sospecha! ¡Cuando estabais festejado, debisteis desconfiar de la hipocresía de aquel tiempo! Pero llega la sospecha cuando lo habéis perdido todo. El cielo sabe que lo que yo siento es sencillamente cariño, deber, abnegación hacia vuestra alma incomparable y preocupación por vuestra subsistencia y vuestra vida. ¡Creed, honorabilísimo amo mío, que ninguno de

William Shakespeare

los beneficios que pudiera depararme el porvenir o el presente lo cambiaría por el júbilo de veros poseer poderío y medios bastantes para recompensarme con el espectáculo de vuestra riqueza! TIMÓN.-¡Mira y satisfécete! Toma esto tú, que eres simplemente un hombre honrado.

Gracias a mi miseria, los dioses te envían este tesoro. Vete, sé rico y dichoso; pero con una condición: habitarás alejado de los hombres, los odiarás a todos, los maldecirás a todos. No seas caritativo con ninguno de ellos. Antes de socorrer a un mendigo, deja que su carne hambrienta se le separe de los huesos. Da a los perros lo que niegues a los hombres.

¡Devórenlos las prisiones, séquenlos las deudas! ¡Sean los hombres como selvas destruidas, y ojalá las enfermedades les chupen su sangre páfida! ¡Adiós, y haz fortuna! FLAVIO.-¡Dejadme que me quede y os consuele, amo mío!

TIMÓN.-¡Si temes las maldiciones, vete, escapa cuando todavía eres bendito y libre! ¡Ojalá no vuelvas a ver nunca un hombre, y ojalá no vuelva yo a verte nunca!

(Se van.)

Acto v

ESCENA I

Delante de la caverna de Timón

EL POETA y EL PINTOR. TIMÓN permanece en el fondo, sin ser visto

EL PINTOR.-He reparado en el paraje, y no puedo estar lejos de su morada.

EL POETA.-¿Qué habrá que pensar de él? Si es cierto el rumor, poseerá mucho oro.

EL PINTOR.-Es seguro, según cuenta Alcibíades. Friné y Timandra lo han obtenido de él. Además, ha enriquecido a una porción de pobres soldados errantes. Se dice que ha dado una importante suma a su mayordomo.

EL POETA.-¿Entonces, su ruina no ha sido más que un procedimiento para poner a prueba a sus amigos?

EL PINTOR.-Nada más. Pronto le veremos llevarse en Atenas la palma entre los más grandes. Así pues, nada perderemos con darle pruebas de afecto en su presunta estrechez. En ello verá una muestra de desinterés, y podremos colmar las esperanzas que aquí nos traen, si es exacto y verdadero lo que cuentan de su opulencia.

EL POETA.-¿Qué vamos a ofrecerle?

EL PINTOR.-Actualmente, no tengo más que mi persona; pero le prometeré un excelente cuadro. EL POETA.-Yo le serviré de la-propia manera, hablándole de una obra en proyecto que le concierne.

EL PINTOR.-Perfectamente. Prometer está de moda en nuestra época, y hace abrir los ojos al que espera. Cumplirlo parece una vulgaridad. Sólo el pueblo necio y simple mantiene sus compromisos. Prometer es lo más elegante y de mejor gusto. Cumplirlo es una especie de voto o de testamento, y demuestra un poco de debilidad en el juicio del que lo hace.

TIMÓN (aparte, desde el fondo).-¡Excelente artista! ¡No lograrás pintar un hombre tan malo como tú!

EL POETA.-Me pregunto qué clase de obra diré que le tengo preparada. ¿Una alusión a él mismo? ¿Una sátira contra la dulzura de la prosperidad, en que describiré el infinito número de lisonjas que escoltan a la juventud y a la opulencia?

Timón (aparte).-¿Tendrás que representar el papel de bribón en tu propia obra? ¿Quieres flagelar tus faltas en otros hombres? Hazlo, que tengo oro-para ti.

EL POETA.-Busquemos. Resulta engañarse a sí mismo el perder la ocasión por llegar tarde.

EL PINTOR.-Efectivamente, mientras nos sea favorable el día, antes de que cierre la noche, hay que encontrar bajo la libre claridad del sol al hombre que necesitamos. Vamos.

TIMÓN (aparte).-Voy a salir al encuentro. ¿Qué clase de dios es el oro, para que así se le adore en un templo más vil que una pocilga? Tú eres

quien fletas la barca y surcas la espuma, tú quien hace admirar al esclavo respetuosamente. ¡Sea para' ti el culto de los hombres, y véanse coronados de plagas los santones que te obedecen! (Avanzando.) Voy a hacerme el enconradizo.

EL POETA.-Salve, digno Timón.

EL PINTOR.-¡Antiguo y noble señor nuestro! TIMÓN.-¿Habré vivido lo bastante para ver a dos personas honradas?

EL POETA.-Como con frecuencia hemos experimentado vuestra generosidad, señor, al oír decir que vivíais retirado y abandonado de los amigos ingratos por naturaleza... ¡Oh, caracteres aborrecidos! ¡No bastarían para ellos todos los castigos del cielo!... ¡Nada menos que a vos!... ¡A vos, cuya nobleza, parecida a una estrella, les daba vida e influencia a todo su ser! ¡Ya me veis fuera

William Shakespeare

de mí! ¡No conozco ninguna palabra capaz de cubrir el monstruoso espesor de semejante ingratitud!

TIMÓN.-Dejadla desnuda del todo, para que la vean mejor los hombres. Vosotros, que sois personas honradas, siendo como sois, serviréis de contraste y haréis resaltar más su infamia.

EL PINTOR.- Tanto él como yo, hemos hecho nuestra carrera bajo el diluvio de vuestros dones, y por ello os estamos agradecidos.

TIMÓN.-Sí, vosotros sois personas honradas.

EL PINTOR.-Hemos venido a ofreceros nuestros servicios.

TIMÓN.-¡Las personas más honradas del mundo! ¿Cómo podría corresponder con vosotros? ¿Coméis raíces? ¿Bebéis agua? No.

EL POETA Y EL PINTOR.-Lo que podamos hacer, lo haremos por prestaros un servicio. TIMÓN.-Sois personas honradas. Habéis oído decir que yo tenía oro; estoy seguro de que lo habéis oído. Hablad con franqueza. Sois personas honradas. EL PINTOR.-Eso dicen, mi noble señor, pero no hemos venido por eso mi amigo y yo. TIMÓN.-¡Buenas y honradas personas! Nadie en Atenas haría su retrato mejor que tú. Eres el mejor pintor, en verdad, porque tus lienzos están vivos.

EL PINTOR.-Sí, señor.

TIMÓN.-Como te lo digo. (Al poeta.) En cuanto a tus ficciones, los versos fluyen de ellas con tanta gracia y dulzura, que hallas la manera de ser natural hasta en tu arte. Sin embargo, amigos míos, aunque en el fondo sois tan honrados, debo confesaros que tenéis un pequeño defecto... ¡Afortunadamente, no es monstruoso! No deseo ni siquiera que os toméis el trabajo de corregiros de él...

LOS DOS.-Suplicamos a vuestro honor que nos lo dé a conocer.

Timón.-Lo tomaríais a mal. LOS DOS.-Os lo agradeceríamos, TIMEN.-¿De veras?

LOS Dos.-No lo dudéis, digno señor. TIMÓN.-Pues bien; cada uno de vosotros se confía a un granuja que le engaña miserablemente. Los Dos.- ¿Es posible, señor?

TIMÓN.-Sí. Le escucháis mimaros, le veis hacer hipocresías, conocéis sus groseros manejos, y le queréis, le alimentáis y le cobijáis en vuestro seno. Tened la seguridad, no obstante, de que es un pillo redomado.

EL PINTOR.-No comprendo de quién queréis hablar, señor.

EL POETA.-Yo tampoco.

TIMÓN.-Escuchad. Os quiero bien, y os daré oro; pero alejad de vuestra compañía a ese granuja, ahorcadle o heridle mortalmente, ahogadle en las letrinas, exterminadle por cualquier medio, y volved a verme, que os daré oro.

LOS Dos.-Nombrad a ese granuja, señor, dádnoslo a conocer. señor.

TIMÓN.-Seguid vos ese camino, y vos ese otro, y todavía irán dos juntos por cada camino. ¡Porque, apartado cada cual de vosotros, aún hará compañía a un granuja! (Al pintor.) Si no quieres que donde tú estés haya dos granujas, no te acerques a él. (Al poeta.) Si no quieres residir más que con un granuja, abandónale. ¡Atrás! ¡Tomad oro, esclavos! ¡Habéis trabajado para mí, y éste es vuestro pago! ¡Ya que sois alquimistas, haced oro con esto! ¡Afuera, perros infames!

(Se va, pegándoles y ahuyentándoles. Entran Flavio y dos senadores.)

FLAVIO.-Es en vano que queráis hablar a Timón, porque está reconcentrado en sí mismo. Excepción hecha de la suya, no puede tolerar la presencia de nada que se parezca a un hombre.

SENADOR 1.º.-Nuestra misión es ir a su caverna, pues hemos prometido a los atenienses hablarle. SENADOR 2.º.-Los hombres no siempre son iguales. Le han maltratado las circunstancias y las desdichas. Al devolverle su fortuna de los días felices las manos generosas del Tiempo, puede que vuelva a ser el hombre de otras veces. Llevadnos adonde esté, y suceda lo que suceda.

FLAVIO.-Aquí está su caverna. ¡Habiten en ella la paz y la alegría! ¡Señor Timón! ¡Timón! ¡Responded y hablad a los amigos! Los atenienses, por Timón. ¡Ya que sois alquimistas, haced oro con esto! ¡Afuera, perros infames!

mediación de dos de sus más respetables senadores, te saludan. Háblales, noble Timón.

(Entra Timón.)

TIMÓN.-¡Quema, sol que reconforta!... ¡Hablad y sed ahorcados! ¡Por cada palabra sincera, una ampolla! ¡Que cada afirmación falsa os cauterice la lengua hasta la raíz y la abraza a su paso!

SENADOR 1.º.-Digno Timón... TIMÓN.-No soy digno de nadie, excepto de vuestros semejantes, como vosotros no sois dignos más que de Timón.

SENADOR 1.º.-Los senadores de Atenas te saludan, Timón.

TIMÓN.-Les doy las gracias. ¡Quisiera transmitirles la peste, si pudiera cogerla para ellos!

SENADOR 1.º.-Olvida lo que nosotros mismos deploramos. Los senadores, con la unanimidad de su afecto, te suplican que vuelvas a Atenas. Te reservan dignidades especiales que están vacantes y con las cuales se te revestirá para que de ellas hagas el mejor uso.

SENADOR 2.º.-Confiesan que ha sido general y grosera en exceso la ingratitud para contigo. El pueblo, que rara vez se retracta, comprendiendo hasta qué punto necesita el auxilio de Timón, advirtiéndote también que sería su ruina el negarte su concurso, nos envía para que te manifestemos su arrepentimiento y te ofrezcamos una recompensa

190

Timón de Atenas - Acto V

en desagravio del ultraje, un afecto sumo y riquezas capaces de borrar sus yerros, para expresar el testimonio de su eterno reconocimiento con caracteres indelebles.

TIMÓN. ¡Me hechizáis, me sorprendéis, y por poco no me echo a llorar! ¡Dadme el corazón de un loco y los ojos de una mujer, y me harán llorar de alegría esos consuelos, dignos senadores!

SENADOR 1.º.-Así pues, dignate volver con nosotros, y tomar el mando de nuestra Atenas (tuya y nuestra). Con nuestra gratitud, se te conferirá un poder absoluto y tu excelso nombre gozará de autoridad suprema. No tardaremos en rechazar la furiosa acometida de Alcibíades, que, semejante a un jabalí salvaje, turba la paz de su patria...

SENADOR 2.º.-Y blandiendo su espada, amenaza los muros de Atenas.

SENADOR 1.º.-Conque, Timón...

TIMÓN.-Está bien, señor. Accedo, señor. Si Alcibíades mata a mis compatriotas, sepa Alcibíades por Timón que a Timón eso le tiene sin cuidado; pero si entra a saco en la hermosa Atenas, si cuelga de la barba a nuestros buenos ancianos, si entrega nuestras vírgenes sagradas a los ultrajes de una guerra humillante, bestial, inmoral, sepa entonces (enteradle bien de que es Timón quien le habla) que, movido de piedad hacia nuestros ancianos y nuestras jóvenes, sólo tengo una cosa que decir: ¡que me da lo mismo y que puede hacer más

William Shakespeare

Timón de Atenas - Acto V

todavía! No os preocupéis por los cuchillos mientras tengáis gargantas que ofrecer. En cuanto a mí, no hay en el campamento rebelde ni un cuchillito que no me parezca preferible a las más honorables gargantas de Atenas.

¡Os abandono, pues, a la protección de los dioses dispensadores de prosperidades, como ladrones a sus guardianes! FLAVIO.-Vámonos, porque cuanto digamos será inútil.

TIMÓN.-Escribía mi epitafio, y podréis leerlo mañana. El largo quebrantamiento de mi salud y de mi vida pronto va a tener su desenlace, y la nada me traerá cuanto pueda necesitar yo. Marchaos y vivid aún. ¡Sea Alcibíades vuestra perdición, sed vosotros la suya, y ojalá dure eso mucho tiempo!

SENADOR 1.º.-Hablamos en vano.

TIMÓN.-Y sin embargo, quiero a mi país. ¡No soy de los que se regocijan del naufragio común, como pretende el rumor público!

SENADOR 1.º.-Muy bien dicho. TIMÓN.-Saludad en mi nombre a aquellos compatriotas míos que me quieren...

SENADOR 1.º.-Son ésas unas palabras dignas de los labios que las pronuncian.

SENADOR 2.º.-Penetran en nuestros oídos como grandes triunfadores por las puertas triunfales. TIMÓN.-Saludadlos y decidles que, para librarlos de sus penas, del miedo que tienen a las hostilidades, del sufrimiento, de la ruina, de las an

gustias del amor y otros males que el barco frágil de la humanidad está obligado a soportar en el peligroso viaje de la vida, quiero darles alguna prueba de bondad y enseñarles la manera de precaverse contra la cólera del feroz Alcibíades. SENADOR 1.º.-Así me gusta. Volverá a nosotros.

TIMÓN.-Aquí en mi retiro crece un árbol que mi comodidad me obliga a derribar y que habré de cortar en breve. Decid a mis amigos, decid a los atenienses, siguiendo el orden jerárquico, desde el mayor al más humilde, que quienes quieran poner término a su aflicción se den prisa a venir aquí antes de que el hacha haya talado mi árbol, ¡y que se cuelguen de él! Os ruego que les transmitáis mis recuerdos.

FLAVIO.-No le importunemos más tiempo, porque no variará de modo de pensar.

TIMÓN.-No volváis; pero decid a los atenienses que Timón ha construido una morada eterna en una playa a la que baña la onda salada, morada que una vez al día cubrirán las olas turbulentas con su espuma rabiosa. Venid a verla, y sea vuestro oráculo la losa de mi tumba. ¡Labios, dejad salir esas palabras amargas, y extíngase mi voz! Lo que está mal, enmiéndenlo la peste y el contagio. ¡Las tumbas son los únicos trabajos de los hombres, y la tierra, su único salario! ¡Sol, oculta tus rayos! ¡Timón acabó su reinado! (Se va.)

SENADOR 1.º.-Son incurables sus agravios, pues forman parte de su naturaleza.

SENADOR 2.º.-¡Ha muerto nuestra esperanza en él! Apresurémonos a buscar cualquier otro remedio para el terrible peligro que nos amenaza.

SENADOR 1.º.-Exige un socorro inmediato.

(Se van.)

ESCENA II

Muros de Atenas

DOS SENADORES y UN MENSAJERO

SENADOR 3.º.-Penoso es tu relato. cohortes tan numerosas como dices?

EL MENSAJERO.-Lo que he dicho aún no es casi nada. Además, dada su rapidez, debe de estar cerca.

SENADOR 4.º.-Quedamos a merced del azar si no traen a Timón.

EL MENSAJERO.-He encontrado a un correo, antiguo amigo mío. Aunque pertenecientes a bandos contrarios, se ha sobrepuesto nuestra amistad y hemos hablado como camaradas. Ese jinete iba enviado por Alcibíades a la caverna de Timón, con cartas, para que hiciera causa común

¿Son las

con él en la guerra contra nuestra ciudad, en parte para vengarle.

(Entran los senadores que han dejado a Timón.)

SENADOR 3.º.-Aquí vienen nuestros hermanos. SENADOR 1.º.-No nos habléis de Timón, porque nada hay que esperar de él. Ya se oyen los tambores del enemigo, cuyo ímpetu formidable levanta polvareda por los caminos. Entremos y preparémonos. Tengo miedo de que caigamos en la celada tendida por nuestros enemigos.

(Se van.)

ESCENA III

Bosques. Se ve la caverna y la piedra tumbal de Timón

Entra UN SOLDADO

buscando a TIMÓN

EL SOLDADO.-Según la descripción que me han hecho, éste debe de ser el sitio. ¿Quién va? ¡Hablad! ¡Oh! ¡No contestan! ¿Qué es esto? ¡Timón ha muerto! Ha terminado su carrera. ¿Qué ani

mal salvaje ha erigido este túmulo, puesto que ningún hombre vive aquí?

Seguramente ha muerto, y éste es su sepulcro. ¿Qué dice esta tumba? No

puedo leerlo. Voy a sacar un molde en cera, porque nuestro capitán

entiende todas las escrituras. Aunque joven todavía, es un intérprete

consumado. Ahora debe acampar ante la orgullosa Atenas, cuya caída es el objeto de su ambición.

(Se va.)

ESCENA IV

Ante los muros de Atenas

Toques de trompeta. Entra ALCIBÍADES,

seguido de tropas; luego VARIOS SENADORES y UN SOLDADO

ALCIBIADES.-¡Anunciad a esta ciudad cobarde y lasciva nuestra terrible proximidad! (Tocan a parlamento. En los muros aparecen unos senadores.) Hasta el presente, habéis pasado el tiempo dedicados a la licencia, haciendo de vuestra voluntad una justicia arbitraria. Hasta el presente, yo y todos los que dormitaban a la sombra de vuestro poderío, hemos vagado, cruzados de brazos, exponiendo inútilmente nuestros sufrimientos. Hoy ha llegado la hora de que grite la médula sojuzgada del hombre valeroso: ¡basta! ¡Ahora el sufrimiento, desalentado, va a sentarse jadeante en vuestros grandes sitios muelles, y la insolencia asmática perderá la respiración entre el miedo de una fuga temerosa.

SENADOR 1.º.-Noble y joven Alcibíades, cuando tus agravios sólo eran una idea, antes de que fueses poderoso y tuviésemos motivos para temerte, te enviamos un mensaje para calmar tu cólera y desagraviarte de nuestra ingratitud con numerosos testimonios de afecto.

SENADOR 2.º.-También hemos tratado de reintegrar a Timón al amor de nuestra ciudad, con un humilde mensaje que le garantizaba una existencia apropiada a él. Todos no hemos sido inhumanos, y no merecemos todos que se nos incluya en la ruina general.

SENADOR 1.º.-Estos muros no fueron erigidos por las manos de aquellos contra quienes te querellas, y no son tus agravios como para que estas grandes torres, estos trofeos y estas escuelas paguen las culpas de unos pocos.

SENADOR 2.º.-Muertos están los que fueron los primeros en enviarte al destierro. La vergüenza por haber carecido de sabiduría les ha roto el corazón. ¡Entra a banderas desplegadas en esta

198

Timón de Atenas - Acto V

ciudad, noble señor; diézmala, y que la muerte ávida (si tu venganza está hambrienta de ese alimento que repugna a tu naturaleza) designe el diezmo del destino, y perezca el que deba perecer!

SENADOR 1.º.-No te han ofendido todos. Es injusto ejercer sobre los vivos una venganza que debiera estar reservada para los muertos. No se heredan crímenes como se heredan tierras. Así pues, querido compatriota; haz entrar a tus tropas, pero olvida tu cólera. Perdona a Atenas, que es tu cuna; perdona a tus padres, que en la tempestad de tu cólera, caerían con los que te han ofendido. Cual un pastor, acércate al rebaño y líbrale de las ovejas contagiadas; pero no le sacrifiques por entero.

SENADOR 2.º.-Lo que quieras lo obtendrás con una sonrisa, mejor que cortándolo con tu espada.

SENADOR 1.º.-Golpea con el pie en nuestras puertas fortificadas y se abrirán, si antes envías tu corazón para anunciar que entras como amigo.

SENADOR 2.º.-Arroja tu manopla o cualquier otra prenda de tu honor, como garantía de que no emplearás tus tropas más que para tu

encumbramiento y no para humillación nuestra. Todas tus fuerzas podrán entonces refugiarse en nuestra ciudad hasta que hayamos colmado tus deseos.

ALCIBÍADES.-Bueno. Ahí va mi manopla. Bajad y abrid vuestras puertas que no he atacado. Sólo caerán los enemigos de Timón y los míos, a los cuales designaréis vosotros mismos, y para acallar vuestros temores acerca de nuestras nobles intenciones, si uno solo de mis hombres abandonara su puesto en los muros de vuestra ley una justicia ciudad, hagan en él vuestras severa.

Los DOS SENADORES.-¡No se puede hablar más noblemente!

ALCIBÍADES.-Bajad y mantened vuestra palabra.

(Los senadores bajan y abren la puerta. Entra un soldado.)

EL SOLDADO.-Mi noble general, Timón ha muerto. Su tumba está a la misma orilla del mar, y en su piedra tumbal hay esta inscripción, que he sacado con cera para que su molde impreso supla a mi ignorancia.

ALCIBIADES (leyendo).

Aquí yace un cuerpo desdichado, separado de un alma desdichada. No indaguéis mi nombre. ¡Consuma la peste a los miserables dejados tras de mí!

Aquí yace Timón, que en vida odió a todos los vivos. Pasa y maldice a tu sabor; pero pasa sin acortar el pasos.

Estas palabras expresan tus últimos sentimientos. Detestabas nuestras debilidades humanas, despreciabas las expansiones de nuestro cerebro y las mezquinas lágrimas de nuestra laceria. Pero te inspiró un hermoso pensamiento cuando quisiste que el vasto Neptuno llorase sobre tu humilde tumba faltas perdonadas. Muerto está el noble Timón, cuya memoria ha de sobrevivir. Conducidme a vuestra ciudad, y pondré una rama de olivo en mi espada. ¡Engendre la guerra a la paz, la paz suspenda la guerra, y corrija la una a la otra, siendo cada una el médico de la otra! ¡Tocad los tambores!

1. El epitafio de Timón, según Shakespeare, resume los dos epitafios citados por Plutarco.

ESTE LIBRO HA SIDO DIGITALIZADO POR EL VOLUNTARIO RODOLFO CORICELLI

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

